

BOLETÍN
DE LA
ACADEMIA ARGENTINA
DE LETRAS

TOMO XXX. — N° 117-118

Julio-diciembre de 1965



BUENOS AIRES

1965

BOLETÍN DE LA ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

Director : Académico RAFAEL ALBERTO ARRIETA

SUMARIO

Recepción académica de don Manuel Mujica Lainez :

<i>Discurso de don Leonidas de Vedia</i>	195
<i>Discurso de don Manuel Mujica Lainez</i>	209
SÁENZ-HAYES, RICARDO, <i>Rémy de Gourmont</i>	231
ARRIETA, RAFAEL ALBERTO, <i>Andrés Bello y la Argentina</i>	255
MARASSO, ARTURO, <i>Don Andrés Bello</i>	267
ROSEMBERG, FERNANDO, <i>La mención del indio en la poesía de la revolución</i>	283

Homenaje a Enrique Larreta en Ávila :

<i>Crónica</i>	315
DELL'ORO MAINI, ATILIO, <i>Discurso</i>	318
VACA DE OSMA, JOSÉ ANTONIO, <i>Discurso</i>	330
GAUNA, JUAN OCTAVIO, <i>Discurso</i>	335

Disertaciones académicas :

BATTISTESSA, ÁNGEL J., <i>Universalidad y localismo</i>	339
VEDIA, LEONIDAS DE, <i>Sobre La Cautiva</i>	347
GIUSTI, ROBERTO F., <i>Homenaje a José Ortega y Gasset</i>	348

Textos y Documentos :

<i>El autor de La gloria de Don Ramiro habla de su obra</i>	351
<i>Enmiendas y adiciones a los diccionarios de la Real Academia Española</i>	358
Acuerdos	375
Noticias	393
<i>A advertencia importante</i>	399
<i>Índice del tomo XXX</i>	401

DISCURSO DE DON LEONIDAS DE VEDIA

EN LA RECEPCIÓN DE DON MANUEL MUJICA LAINEZ

Señoras y señores :

Una vez más ocupo esta tribuna, esta altísima tribuna de una corporación que merece el respeto del país en el plano de las más puras exigencias de nuestra vida. De nuestra vida, que tanto necesita de la grandeza de los estímulos, del relieve y la jerarquía de esos designios del alma que dan a la cotidiana imposición del mundo trascendencias y destinos superiores. En ellos nos amparamos muchas veces, con ellos nos defendemos de muy graves avances de la vulgaridad, de lo mediocre, de lo mezquino, de lo que suele empañar por opaco y sombrío la luz a que aspiramos — por lo menos por decoro — en el soñado camino que nos lleva. ¡ Qué alegría, en medio de todo, qué reconfortante en todo afán y toda lucha, la presencia de ciertos centros de selección, que, como nuestra academia, sostienen en el silencio laborioso y en la dignidad suprema del propósito, la autoridad de la inteligencia en el culto de lo mejor !

La Academia Argentina de Letras nos procura siempre estas reuniones que suma a su labor y a la esencial naturaleza de su vida, vinculando su público a las emociones y el sentimiento de sus académicos, a los que incorpora en estas

ceremonias, ya tradicionales, en las que se definen impresiones, se establecen con personal criterio posiciones literarias o idiomáticas o se trasmite con resonancia de profesión de fe la certidumbre del hombre ante la realidad o el misterio de su destino.

Sed bienvenidos, señoras y señores, que traéis vuestra atención y vuestra amistad, con esa colaboración inestimable de los que se asocian sin reservas al corazón de los demás, integrándolo, en verdad, con la fuerte entereza de lo solidario, de lo entrañable. Es magnífico el cuadro de vuestra presencia y yo lo miro desde aquí, sintiendo cuánto vale este apoyo, esta franca manifestación generosa en cuya virtud estáis ahora compartiendo por comprensión y por hidalguía, la recepción que tributamos a un ilustre escritor argentino, hermano ya en la Academia representativa, de los que nos reunimos en la mesa del estudio y del trabajo superior, empeñados en ser útiles a la belleza del idioma, a la pureza de una lengua que sobrepasa el rigor de la palabra misma para ser un instrumento de la inteligencia y del espíritu en la más amplia dimensión de su compromiso.

Esta Academia, a diferencia de otras del mundo, que reúnen representantes de muy variadas actividades o disciplinas, está formada por escritores. Eso le proporciona una cohesión sensible; le crea una naturaleza particular, en la que sus escritores, muchos de ellos poetas, son la vibración de su ser, porque traen a esta casa, asociándose a los deberes de todos, algo así como la prolongación de la obra con que supieron llegar a su público, interesarlo, conmoverlo o entusiasmarlo. Y todo ello porque ser escritor, en su sentido más riguroso, es ser capaz de interesar al mundo circundante por medio del idioma, ya sea éste vehículo de la idea o de la

emoción ; de lo que se trasmite o se narra ; es tener ese don comunicativo que arrebató al lector y lo identifica con el autor en su drama, su genio, su penuria o su regocijo ; es tener en la pluma milagrosa la virtud de agrupar a los demás, junto a la propia pasión y el propio celo.

Hemos visto desarrollarse no hace mucho, en este mismo ámbito, las sesiones del 4º Congreso de la Lengua. El idioma era el tema de todos y la unión de todos, como si el espíritu inmortal de España hubiera tenido también en esa oportunidad la misión de afianzar por el arte y la música de su lenguaje, todos los vínculos que pueden nacer de la raíz auténtica de los seres. Es que el idioma, los idiomas, son la más poderosa representación de los pueblos a través de su civilización en el curso de la historia.

Dice André Thérive, que el conocimiento de los estados porque pasó la lengua de Francia equivale al conocimiento de la cultura de su patria, y a propósito recordaba al viejo Romain Ennius, quien habiendo aprendido el griego, gritaba alborozado : « ¡ Ahora ya tengo dos almas ! ».

Es el culto de la lengua en el prestigio de todos los tiempos. Desde el secreto de los idiomas extinguidos hasta la vigencia de los léxicos actuales, todo es interés permanente del idioma. « Los poemas de los archivos, de los documentos, hacen vivir idiomas desaparecidos en el fervor de los eruditos », es lo que Augusto Comte llamó « la inmortalidad subjetiva ».

Para Paul Valéry, la poesía era esencialmente un arte de lenguaje, y sostenía que Racine, a su juicio, habría preferido cambiar el carácter de Phèdre, antes de escribir un verso defectuoso. Valéry hablaba, en su pasión por el idioma, de « las ideas que nacen de las palabras ». Bien se sabe que

idioma y pensamiento están unidos, con recíproca necesidad, con una compartida urgencia. El idioma es el vínculo ; la expresión, la sensibilidad de la inteligencia, con un destino y un origen tan unidos, que etimología y actualidad resultan inseparables. Por eso la continuidad de la belleza que la palabra trasmite, por encima de modos y ocasionales cambios, como que todo, en suma, es secreto de lo desconocido. De ahí que Shelley pudiera decir, en su célebre « Defensa », que « la poesía salva de la caducidad los instantes en que hombre siente el roce de lo Divino ».

Dámaso Alonso, a quien tuvimos el honor de ver hace unos meses en esta tribuna, ha señalado en España, en uno de los más bellos estudios de su inmensa labor, la significación que por el idioma cabe asignar al « Lazarillo de Tormes », con el cual se inaugura la literatura novelesca de los tiempos modernos, y ha dicho que ese libro de ingenio y de ternura tiene « la perspectiva estética de toda la novela moderna, de Cervantes a Dickens y aún hasta nuestros días ».

Y el mismo escritor eminente, al estudiar la obra literaria como signo de un lenguaje que la ubica y la define en un tiempo dado, ha visto que mientras el « Diálogo de la lengua » de Juan de Valdés fija el castellano, la figura poética de Garcilaso de la Vega destaca con su sensibilidad de voz auténtica la realización del nuevo idioma de su tierra.

Es el arte de la palabra en la literatura y la poesía, contribuyendo con su jerarquía a la interpretación y la fijación de un idioma que así alcanza en virtud de la belleza creadora su más pura y noble representación de la idea y del sentimiento. Idioma, palabra. No hay hombre superior que no haya dado en las letras su condigna expresión al lenguaje, considerando a su idioma como el gran recurso de

sus comunicaciones, no por el mero hecho de ser un vehículo, sino por la calidad que le es necesaria como arte y como milagro del hombre.

Decía el crítico italiano Adriano Tilgher, que los personajes teatrales de Pirandello se diferencian del común de los seres, en que viven y se *miran* vivir. Esos hombres superiores a que aludo, no solamente hablan, sino que se miran hablar, en el mejor sentido de todo ésto, es decir, que no hay solamente una mecánica de la función expresiva, sino una preocupación por la esencia pura del idioma y así, al escribir, dan a la palabra en la armonía de su construcción la más alta dignidad del lenguaje.

Es el respeto por la palabra misma, y el artista, como en la referencia de Garcilaso, cumple con un deber de su empresa literaria al estimar en el uso de sus vocablos y en la creación de su frase, la virtud de su medio expresivo.

Juan Ramón Jiménez, en uno de sus más bellos poemas, « Eternidades », dijo :

« Que mi palabra sea
la cosa misma,
creada por mi alma nuevamente.
Que por mí vayan todos
los que no las conocen, a las cosas ;
que por mí vayan todos
los que ya las olvidan, a las cosas ;
que por mí vayan todos
los mismos que las aman, a las cosas ».

Por medio de la palabra, Juan Ramón Jiménez quería expresar la cosa misma, en una creación propia que significaba para él « inteligencia y razón » :

« Inteligencia, dame
el nombre exacto de las cosas ».

Y fiel al sentido de la idea de la palabra, decía en ese poema :

« Forjadores
de espadas
aquí está
la palabra ! »

Y bien : nuestro Lugones, en célebre conferencia, dijo a su vez :

« Todo acaba en tumba sobre la tierra, menos
la palabra hermosa ».

He querido traer estas referencias porque la Academia Argentina de Letras incorpora hoy públicamente, a su seno, a un artista de la palabra y del idioma, a uno de los escritores más completos y caracterizados. Periodista, poeta, crítico, cuentista y novelista admirable, Manuel Mujica Lainez tiene un estilo, su expresión propia, en la que se desenvuelve con soltura y con gracia, en medio de una imaginación que lo anima siempre, poblando de ingeniosas fórmulas sus páginas comunicativas y amenas.

En « La Nación », que sigue siendo el diario de Mitre, prolongación de su memoria que se extiende sobre la República convertida en pensamiento, en conducta, en denodado esfuerzo por el bien, en amplísima expansión del sentimiento argentino sobre la base de las instituciones capaces de resguardarlo, Mujica Lainez es una voz de la inteligencia a través de un idioma preclaro y bellissimo, demostrando, una vez más, que el periodismo es también un género literario, como lo señalan a diario otras grandes tribunas de nuestra prensa. En la casa de « La Nación », donde no hay alegría de alguien que pase inadvertida ni dolor que se abandone,

he visto invariablemente a Mujica Lainez evocar con sentido de los valores las figuras inolvidables de los grandes periodistas que dejaron allí grabada su memoria por el amor que inspiraron, por el repeto que merecieron, por la jerarquía con que escribieron y actuaron, identificados con el alto signo inspirador del diario y de su historia.

Creo que existe una relación estrecha, en muchos casos, entre el escritor y el periodista. José Enrique Rodó, al inaugurar el Círculo de la Prensa, en Montevideo, dijo, con una convicción que su prosa destaca :

« Ser escritor y no haber sido, ni aún accidentalmente periodista... significaría no haber sentido nunca repercutir dentro del alma esa voz imperiosa con que la conciencia popular llama a los que tienen una pluma en la mano, a la defensa de los intereses comunes y de los comunes derechos, en las horas de conmoción o de zozobra ; significaría haber desdeñado el rudo instrumento de trabajo con que se ayuda a la reconstrucción de las paredes y del techo de esa casa de todos que es la organización civil y política, para retener, por pulcritud aristocrática, el cincel estatuario, que sólo es noble manejar mientras las paredes están firmes y el techo no amenaza derrumbe ».

Manuel Mujica Lainez es un claro y lúcido representante de esa definición del escritor y periodista. Lugones, cuando viajaba, ponía en su pasaporte « Journaliste », y era Lugones. Nuestro académico es también un poeta. Su « Canto a Buenos Aires », escrito hace más de 20 años, fue una de las demostraciones del sentimiento que su linaje y su corazón habrían de revelar por nuestra vida, por las cosas y los temas argentinos, lo que no obstante su gran formación universal, su familiaridad con Francia, con Inglaterra, hizo

que se pudiera decir de él que es un escritor con nacionalidad. « Canto a Buenos Aires » es para mí un signo en la trayectoria de Mujica Lainez. Son versos que registran con rara elegancia un mundo de motivos argentinos, y todo está dicho con natural atractivo. Por ejemplo :

« Marejada anacrónica del europeo cántico,
 cómo, en la pleamar, arrojas tu romántico
 naufragio venerable, sobre la playa nuestra !
 ¡ Qué rápido que enseñas, postergada maestra,
 y qué bien que despeinas, con tu tardío viento,
 a los que en Buenos Aires gozan el sufrimiento
 de ser *enfants du siècle* : rezagados estetas
 encorbatados tristes y nocturnos poetas !
 Al tiempo detendrán con su sonambulismo
 hasta formar el grupo vibrante de lirismo
 que tomaba el tranvía letal en los Corrales
 y, hablando del otoño, de versos y otros males
 llegaba hasta la quinta de los Navarro Viola.
 Allí en un panorama de arpa y de consola,
 de verja y cinacina, se cumplirá la etapa
 de la literatura con dolor y con capa,
 que era menester, ciudad, haber cumplido,
 apurando en la charla todo el tiempo perdido,
 para dar a la urbe que crecía, el decoro
 de su marco de felpa con mariposas de oro ».

Pero el poeta daría después, creador o traductor, otras páginas de finísimo acento o de intención muy profunda : quiero recordar ahora su soneto « A Shakespeare » :

« Cuando más me afligía la amargura
 de mi país burlado y humillado,
 y el no reconocerlo, transformado
 en un niño al que guía la locura,

cuando ya no sabía hacia qué lado
volver los ojos en la noche impura,
porque todo era miedo y espesura
y destrozaban cuanto había amado,
me acerqué a ti, que estás en la alta calma
de lo inmortal, y entonces mi pobre alma
recuperó, escuchándote, el sosiego,
pues tu voz misteriosa me decía
que no hay eternidad sin armonía
y sin amor, y que no fuera ciego ».

El escritor innato, el publicista de abolengo, el inspirado artista, estaba llamado, entretanto, a cumplir con un notable destino creador que sostiene su fe y su comunicativo encanto, y hoy mismo ha llegado hasta sus manos su última novela. Todas las raíces literarias de su talento han surgido en sus páginas con natural facilidad, y toda su obra es un producto de designios a los que el verdadero escritor ha de ser siempre fiel. Ya un ensayo feliz, « Don Galaz de Buenos Aires », había expuesto los rasgos de la ciudad colonial, y « Misteriosa Buenos Aires » con original acento, veía a su vez el pasado « con sentido romántico, pintoresco y vivo ». En todo este período del escritor se afirmó definida su vocación entrañable, y él mismo pudo decir, tras declarar su amor profundo por la ciudad: « La he cantado en su evolución armoniosa; he tratado de reconstruirla en su pasado colonial, he narrado la vida de dos hombres suyos: Miguel Cané, el viejo, e Hilario Ascañubi, « Aniceto el Gallo », dos hombres que si tuvieron que abandonarla y vivir muchos años en la banda vecina, fue sólo para entregarse desde allí, totalmente, con ejemplar entereza, al magnífico empeño de reconquistarla para la libertad ».

Hay un vínculo del idioma en la unión de « Galaz de Buenos Aires » con aquellas « Glosas Castellanas » que ya señalaban en el autor inicial una clara inclinación hacia la España tradicional que enriquecía su idioma y daba brillo a la expresión con que desde el primer capítulo: « La pureza de Don Quijote », anunciaba la personalidad del escritor, tal como lo precisa la definición inolvidable: « Quijotismo: afán desmesurado de cosas inmensas y nobles que, las más de las veces, deshácese en polvo al viento. Al viento de la gloria ».

Pero ya estaba fijado para Manuel Mujica Lainez, su gran período de narrador, el de la cabal realidad de una madurez literaria sorprendente y reveladora. « Aquí vivieron », « Los ídolos », « La Casa », « Los viajeros » e « Invitados en el Paraíso ». Es el período en que se afirman las raíces de su vocación, con ese poder de reconstrucción en el que todo lo imaginado se afianza en una realidad de época, colorida y atrayente para este observador agudo de los seres, los ambientes, las memorias mismas, a las que aporta su caudalosa fantasía tan llena de sugestión, de gracia, de ironía finísima, sobre un fondo que es historia sin dejar de ser leyenda perdurable.

Nuestro querido e inolvidable Álvaro Melián Lafinur, se anticipó con su palabra estimulante a la evolución del escritor, cuando al celebrar la publicación de « Aquí vivieron », con sus relatos evocadores, le dijo en 1949:

« Somos nosotros los que le agradeceamos que nos haya dado motivo para eso — para el homenaje — y ante todo y más que todo, que continúe allegando a nuestra literatura obras tan genuinamente argentinas, tan llenas de aromas, de sabores, de colores y de sonos porteños, como esta que

ahora saludamos, augurándole — ya que según el decir antiguo los « libros tienen su destino » — la más venturosa y duradera de las fortunas ».

Y todo se cumplió. « Los ídolos », con su grupo crepuscular, con esa frontera entre lo que se va y lo que llega, con su atmósfera de tapices y de arte trágico en su símbolo y su dolor, con su reminiscencia y su encanto descriptivo, con ese viaje hacia el interior de unos seres representativos, es un libro esencial, con su brumosa lejanía, con su raro privilegio descriptivo. Y los temas seguirán, como una leyenda y como un recuerdo, como una melancólica resonancia de otros días, de otros años, y bajo el signo de una observación que es al mismo tiempo creadora imagen del novelista en su sueño y en su horizonte. La casa que habla por sí misma, « que evoca la pasión y el desastre sin perder su fino humor », que nos « envuelve en su melancolía », que va « del esplendor a la ruina »; la casa cuyas paredes hablan como testigos, con su atmósfera delicada y poética, o « Los viajeros » — como un capítulo de « La Comedia Humana » — con la sugestión de su misterio, « melancólicamente irónico », con sus extraños héroes; los « Invitados en el Paraíso », con sus desconcertantes destinos, en medio de una dramática resonancia que el estilo del escritor decora y embellece, y todo en fin, en el doble juego de la realidad y de la creación, habrá de llevarnos en la obra eminente de nuestro académico a la maestría de « Bomarzo », a su inmensa riqueza literaria. Croce negó que la historia del arte pudiera concebirse como una historia del estilo. No son, acaso, obras como « Bomarzo », las que pueden desmentirlo? Francisco Luis Bernárdez habló de los métodos europeos de Mujica Lainez, anticipándose a la aparición de

« Bomarzo », pero juzgando este libro a través de los cuadernos en que su autor anotó sus ideas previas, sus anhelos, sus proyectos.

« Bomarzo » en verdad se relaciona con algunas corrientes novelescas que han dado un sentido, a la evolución del género en el mundo. Yo tuve oportunidad de referirme a su mérito, viendo que « su riqueza imaginativa como su interés anecdótico o su caudal creador están entretnejidos sobre un vasto tapiz histórico y poético que es necesario señalar en su dimensión verdadera, porque hacen de esta novela de Manuel Mujica Lainez una admirable descripción cuya época renacentista exhibe en seres y problemas, en leyendas y mágicos cuadros un ambiente que el narrador reconstruye y recrea con poderosa invención. El novelista de « Aquí vivieron » y « Los ídolos » ha ubicado esta vez en días de un período famoso el drama de su protagonista — « que vino al mundo en tiempos de violencia » — y lo ha guiado con lúcida fortuna a través del doble proceso de su ambiente y de su propia naturaleza. Ha penetrado en el secreto de su fatalidad, hija de los laberintos de una enredada trayectoria dinástica y ha señalado prolijo y ameno, con el don y el arte de lo narrativo, su atrayente cuadro, colorido, grave, sonriente o amargo ».

« Sin duda, bajo la capa de ironía y de ingenio con que se descubre la existencia de Pier Francesco Orsini, pasa como un río subterráneo la corriente de una profunda melancolía, porque se va sabiendo, por lo que se dice y se muestra, que el protagonista fue atacado y supo defenderse, que amó y odió, y que ansió « delirantemente hasta las lágrimas », ser amado, hermano, en el tiempo, « en una forma póstuma y extravagante del desquite », del sufrido Toulouse Lautrec ».

« Bomarzo », que ha llegado al poema musical y que será llevado al drama lírico, es una gran creación de nuestro tiempo. Lo es por su universo, por su historia, por su evocación y por su belleza. El final de la cantata « Bomarzo », estrenada en la Biblioteca del Colegio de Wáshington, su autor ha escrito :

« Lo único que tengo es una copa vacía de su orgullo. Y sé que pronto se hará trizas, señor, contra las piedras que alcé para mi gloria vanamente. Arrebatame, Dios, mira que muero de no morir o de morir, pues todo lo que me queda es duda, y te la entrego en mis manos de hombre y de fantasma ».

Señoras y señores : tenemos ya « El Unicornio », la nueva novela de Mujica Lainez. Al celebrar públicamente su ingreso a la Academia, hagamos votos para que su imaginación de artista, siga creando estos mundos de segura, de eterna fascinación.

DISCURSO DEL RECIPIENDARIO

DON MANUEL MUJICA LAINEZ

Señor Presidente, Señores Académicos, Señoras y Señores :

La académica costumbre, hija de la buena educación, y también, en este caso, la bondad del destino, que tan perfectamente se ajusta a mis propios deseos, me obligan a colocar, en el pórtico de las palabras que iré pronunciando, un agradecimiento y dos elogios. Va el primero a Leonidas de Vedia, cuya generosa bienvenida conmueve lo más íntimo de mi alma atribulada ; y los segundos corresponden a Juan Pablo Echagüe, a quien sucedo en esta noble corporación, y a Miguel Cané, patrono del sitial que me asignó la fortuna.

Leonidas de Vedia representa para mi a la casa espiritual de Mitre, a ese diario *La Nación* en el que ingresamos juntos, hace ya largos años, y en el que juntos nos formamos y crecimos. Emparentado él mismo con la familia del fundador ilustre, imbuído de su clara tradición argentina, colaborador constante y agudo de su prédica, los conceptos que me dedicara significan, en una hora tan solemne de mi vida, algo así como un certificado de excelencia que emana de quienes hicieron posible, con su fe y su empeño, el cotidiano prodigio, pronto secular, de nuestro diario. En su tono cariñoso, comprensivo, en su enaltecida exageración,

llégame el eco de voces extinguidas cuyo sumado coro me ayudó a ser lo que soy: la voz rectora, paternal, de Luis Mitre; la sabia voz de Lugones, su provinciano canturreo, su franca risa; la voz de Gerchunoff, campanuda, salmodiante como la de un rabino; la de Melián Lafinur, que me enseñó tantas cosas de historia; la de José León Pagano, con quien discutí tantas cosas de arte (y que tenía la indulgencia de escuchar a mi juventud levantisca); la voz de José André, el músico; la de Alejandro Sirio, una voz vibrante, llena de vocablos laberínticos como sus dibujos; la de Margarita Abella Caprile, suave, como soñada, como entrevista en la niebla y la nieve de sus versos; la de Augusto Mario Delfino, evocador sutil; las de Ángel Bohigas, Miguel Ángel Fulle y Salvador Aguerre, periodistas de la vieja escuela, sagaces, inteligentes; la de Adolfo Mitre, mi amigo desde la adolescencia, incesante motivo de inquietud por las polémicas y discordias que nos separaban y reunían. Ellos fueron, cada uno en su medida diversa, mis maestros. De ellos aprendí el arte antiguo y extraño de encerrar en la jaula de las palabras lo que huye en el viento de la imaginación y, puesto que eran escritores y periodistas, aprendí de ellos la alquimia ardua de condensar en un espacio breve lo que, cuando no se pasa por esa escuela rigurosa, suele exigir la vaguedad de arriesgadas extensiones. Sus cadencias, su modular, se mezclan esta tarde con el timbre de Leonidas de Vedia. Cada una de las frases del colega pródigo que me da el espaldarazo académico, multiplica su volumen, mientras la recogen y transmiten los hombres de *La Nación*, de modo que parecería que Vedia nos ha hablado en la amplitud de un histórico claustro, cuyas galerías, capiteles y bóvedas fueron acentuando su mensaje, que se enriquecía

con su propia repercusión, entre un sordo rumor de máquinas de imprenta, pues si lo que él expuso fue el fruto de su cosecha personal, también fue, como a mí me acontece, la consecuencia de aquellos que nos antecedieron y acompañaron en la vieja casa de la calle San Martín. Por eso, cuando le digo, con la sencillez familiar que impone nuestro trato añejo: « gracias, Leonidas; muchas gracias, Leonidas », lo digo a todos lo que alrededor de él distingo, grandes escritores, grandes periodistas, grandes laboriosos, gente alerta, afirmada en el pasado y lanzada hacia lo porvenir. Mis manos se estiran hacia sus manos de sombra y siento, en la majestad de este palacio, roces furtivos, invisibles, que me estremecen hasta las lágrimas.

Los recuerdos de *La Nación* me conducen insensiblemente, desahogadamente, naturalmente, al elogio de Juan Pablo Echagüe. También a él lo conocí en la redacción del diario, en una época en que no me hubiera atrevido ni siquiera a conjeturar la fantasía de que estaba señalado para sucederlo en la Academia Argentina de Letras, y en la que, con otros mocitos, cronistas y reporters, como Abelardo González, que murió siendo consejero natural en Francia y en Bélgica, lo veíamos pasar, fuerte y acompasado, bajo el aludo sombrero impresionante, como si fuera un personaje de leyenda criolla. Y en verdad lo envolvía e iluminaba una leyenda de guapeza, de arrogancia varonil, que brotaba de tiempos ásperos de Buenos Aires, y que hacía que nosotros, prontos siempre a tomar los asuntos en broma, refrenáramos respetuosamente nuestros impulsos cada vez que volvía a *La Nación*. Jean Paul ya no pertenecía, en efecto, a nuestro diario, en el que había dado peculiar impulso a la crítica teatral que luego realizaron, entre otros, Octavio Ramírez y

Alfredo de la Guardia. Pero, aunque no ocupaba uno de los numerosos escritorios que jalonan el edificio nunca terminado de recorrer, que se extiende de San Martín a Florida, Echagüe seguía siendo uno de la casa y visitándola con asiduidad, pues *La Nación* posee, entre sus evidentes virtudes, la que consiste en hacer inseparables de ella, de su esencia, de su corazón, a lo largo de la vida, a quienes hemos ido gozando el privilegio de ser suyos, y su atmósfera atrae siempre con igual pujanza a los que la han respirado. « *La Nación* es eterna, como la Iglesia Católica », solía decirme Enrique Larreta, y en la *boutade* de esa afirmación se esconde una verdad que justifica el fervor de nuestros intelectuales de mayor prestigio.

Jean Paul regresaba, pues, de tanto en tanto, en busca del calor hogareño, y era corriente que se instalara a conversar durante una hora o más en la habitación que Gerchunoff y Melián compartían, bajo la tallada madera del busto de Rubén Darío. Allí, Gerchunoff pontificaba (o, más adecuadamente, *rabinizaba*), con una estupenda fluidez verbal, tan rica en imágenes de originalidad pasmosa que desde entonces no he sido testigo de nada semejante. Como el vuelo de su ilusionismo pirotécnico sobrepasaba con holgura las exigencias de la veracidad estricta, no era raro que supliera con admirables invenciones el rigor, que acaso consideraba pedestre, de la lealtad a lo cierto, pero era tal el prodigio de aquel caudal de elocuencia ingeniosa, que lo que menos nos importaba, a los fascinados integrantes de su auditorio, por más que captáramos, en el aire, la desaprensión de sus hipérboles, era su tributo a la dogmática exactitud, y la calidad fehaciente de su discurso se diluía frente al mérito triunfal de sus ficciones y metáforas. Por lo demás, de vez

en vez, Gerchunoff giraba hacia la bonhomía paciente y un sí es no es escandalizada de Melián Lafinur — cuyo escritorio es el mismo que yo tengo el honor de utilizar en el diario —, preguntándole, con intensificación del tono y relampagueo de los gruesos anteojos: « ¿no es cierto, Melián? », y antes de que su vacilante colega, tironeado entre la necesidad de ofrecer un testimonio documental escrupuloso y la de ser fiel a su amigo, fabricante de bellos axiomas poéticos, tuviera tiempo de pronunciarse, ya había Gerchunoff remontado el vuelo en la maravilla de su globo multicolor, sin dejar por ello de manuscibir en el papel o, más tarde, de teclear en la máquina, dado que disfrutaba del don notorio de dividir paralelamente su atención, platicando y trabajando con simultánea intensidad. Participaban de la charla: Juan Pablo Echagüe, con alusiones al París remoto; Lugones, que balanceaba una pierna sobre la otra en la vehemencia de las controversias, e invariablemente nos deslumbraba con alguna novedad curiosa, con algún filológico hallazgo, con alguna memoria peregrina; García Velloso y Enrique Loncán, que interrumpían el diálogo con chistes oportunos; Navarro Monzó, denso de teologías contradictorias; Julio Noble y Alfonso de Laferrère, mesurados, políticos, perspicaces, severos en su austeridad sonriente; Rómulo Zabala, desbrozador de antigüedades; el irónico Arturo Canela, que cuando se dirigía a mi insignificancia, me endilgaba un encandilante « maestro », como a todo el mundo; y, si había descendido de su escritorio de la planta superior, donde dirigía lúcidamente nuestras páginas literarias, Eduardo Mallea, que traía con él un hálito fresco, reformador, nutrido por el soplo fecundo de la universal literatura rebelde. Repito que usufructué las prerrogativas, cuando

acababa de salir de la adolescencia, de esas cercanías tiernas y estimulantes. Y así como, en Leonidas de Vedia, expresé mi reconocimiento a los que con su sola presencia me modelaron, en Juan Pablo Echagüe subrayo mi gratitud a los mismos liberales conductores.

Pero en este último caso es fuerza que a la entonación agradecida se añada la del elogio tributado a quien me precedió en el sillón académico ; la alabanza del despejo previsor con que Echagüe nos enseña, por medio de sus libros y de su actitud frente a la vida, a venerar con igual hondura a lo que del exterior procede y a lo que de nuestra raíz nacional brota, al teatro de Francia y al paisaje lírico de San Juan, a Lenormand y a Sarmiento, en una amalgama de valores distintos, inmutablemente claros ; así como nos enseña, a medida que recorremos los volúmenes de sus obras completas, la lección de humildad orgullosa con que se aplicó, estudioso sin fatigas, a escribir cada vez mejor, puliendo y depurando su estilo mientras los años avanzaban. Traté de aprovechar a mi vez esa perdurable lección, y si algo de lo mucho que he volcado en incalculables carillas me sobrevive, ello se deberá al amor al estudio que bebí en fuentes sonoras.

Charles-Marie Bernard, mi anciano profesor de Francia ; Enrique Larreta, muy querido, muy dadivoso de su espíritu, con quien mantuve, en su casa de Belgrano y en su estancia « Acelain », conversaciones de rica influencia ; Jorge Luis Borges, cuyo sino se halla tan mágicamente vinculado con el mío que cuando él fue presidente de la Sociedad Argentina de Escritores, yo fuí vicepresidente ; que cuando él recibió el primer premio nacional, recibí yo el segundo ; que juntos ingresamos en esta corporación, y que su nombramiento de

director de la Biblioteca Nacional coincidió casi con el mío de director general de Relaciones Culturales de la Cancillería, luego de que ambos habíamos sido descartados por el régimen peronista de nuestras funciones; y Victoria Ocampo, amiga resplandeciente; y Silvina Ocampo, la de los delicados cuentos crueles y las estrofas argentinas; y los poetas Paco Bernárdez, Leopoldo Marechal, Ignacio Anzoátegui y Guillermo Whitelow, me espolearon también, en etapas diversas o en el decurso entero de mi vida, con el ejemplo de su fe en el trabajo serio, en lo que descarta los obvios artificios de la improvisación, para reposar sobre las bases del conocimiento adentrado. Con ellos a mi vera, visibles o invisibles, me ubico esta tarde, definitivamente, bajo la cúpula, *sous la coupole* de la Academia, que resulta para mí como una prolongación intelectual del diario de Mitre, mi primera academia, mi primer atisbo de una prometida inmortalidad que hay que ganar con sangre, sudor y lágrimas. Y hacia unos y otros se eleva, en la resonancia de la doble bóveda retumbante, mi acción de gracias.

Dije al comenzar, que dos figuras se levantan en el pórtico de mi disertación, promoviendo el académico panegírico: Juan Pablo Echagüe y Miguel Cané. La ventura me mimó excepcionalmente, al acordarme el sillón que lleva el nombre del autor de « Juvenilia ». Si me hubiera tocado, por ejemplo, el que lleva el nombre del Dr. Dalmacio Vélez Sársfield (que recayó por paradoja, si no me equivoco, en Jorge Luis Borges), ahora estaría yo, a pesar del respeto que merece el legislador cordobés, aleteando, como sobre ascuas, sobre las páginas de nuestro robusto Código, en cuyos misterios jamás conseguí internarme. Pero con Cané me siento muy cómodo, muy cómodo. Era primo hermano de mi abuelo Lainez, y

uno de mis libros iniciales ha sido la biografía de su padre, el « romántico porteño », así que lo entiendo bien, con un bienestar y un placer de entre casa, y en él, en su manera de ser, de encarar la existencia y el oficio literario, reconozco las inflexiones de mi familia. Al enunciar públicamente su ponderación, no me queda más remedio, pues, que precisar la de los míos, tan ligados con las idas y vueltas de la literatura argentina que, con sólo consignar las íntimas amistades que unieron a mi gente con sus personajes señeros, y con recordar su propia contribución al edificio de nuestras letras y de nuestro periodismo, es posible trazar un suscinto panorama de la cultura nacional. Pienso, entonces, en la amistad de mi padre con Juan Agustín García, con Larreta, con Ángel de Estrada, con Carlos Ibarguren; en la de mi madre, autora ella misma de dos libros, con Groussac, con Clemente Onelli, con Gregorio de Laferrère, con Max Daireaux y, por supuesto, con los antes nombrados; en sus actividades como secretaria de la asociación Labardén, antecesora directa de los Amigos del Arte, merced a la cual vino a Buenos Aires Anatole France, con el consiguiente horror de las señoras recatadas; en la devoción afectuosa de mi abuelo Mujica por el general Mitre; en la amistad de mi abuelo Lainez con su primo Cané, con sus primos Varela, con Lucio Mansilla, con Joaquín González, con Eduardo Wilde, que fue su compañero de viaje a Grecia, a Constantinopla y a San Petersburgo; en mi tío abuelo Manuel Lainez, flanqueado, en su escritorio de *El Diario*, por los retratos de Guido y Spano, de Lucio López, de Madame de Noailles y de los descollantes periodistas y políticos de su época; en la amistad de mi bisabuelo con Hilario Ascasubi y con Estanislao del Campo, con Olegario Andrade, con don Vi-

cente Fidel ; en la de mi tatarabuelo Florencio Varela, con su cuñado Luis Domínguez, con el primer Cané, su otro cuñado, con Sarmiento, Mármol, Echeverría, Juan María Gutiérrez, Alberdi, Rivera Indarte, con los proscritos que en Montevideo salvaban a la patria ; en su hermano Juan Cruz, siguiendo las huellas de Racine y de Alfieri, al componer los versos de su trágica *Dido* ; en el hermano de mi tatarabuela Mujica, Fray Julián Perdríel, declamando, en el púlpito de Santo Domingo, el año 1799, el fúnebre encomio de la Beata Sor María de Paz y Figueroa. Mi infancia transcurrió entre bibliotecas, en mi casa, en la de mi abuela, donde mis tías sabían y saben las cosas más insólitas y las derraman a manos llenas, y donde mi abuela se incorporaba en su inmensa cama china, que era un quiosco de quiméricos marfiles y nácares, para narrarme las historias de nuestro pasado y del pasado del mundo. Mis libros surgieron, con lógica certidumbre, de esos ámbitos propicios, en los que todo me hablaba con el lenguaje de las letras que reiteraban los nombres familiares. Y Miguel Cané, mi patrono Miguel Cané, resume, sintetiza, en su porteña gracia, la larga sucesión de nombres aprendidos sin esfuerzo. Excusaréis, en consecuencia, que coloque una palma alegórica junto a su efígie y que, mientras progreso en mi discurso hacia la coronación de la cúpula académica, abrace, turbado, la sombra de mi protector.

¡ Cuántos motivos se enlazan y encadenan esta tarde, en esotérica guirnalda ! El Palacio Errázuriz, en el que advierto la magnanimidad de tantas presencias enternecedoras que crean un sumario de mi compleja vida, me ofrece, con el esplendor de su marco, una razón más para impresionarme, para que mi paso vacile con la alteración que provocan las

emociones profundas. Si la Academia representa para mí algo así como el estiramiento físico del diario que acogió a mi juventud y que sigue alimentando mi alma; si las casas de los míos albergaron a muchos de los hombres que bautizaron estos sillones y a muchos de los que los ocuparon, el Palacio Errázuriz dilata el milagro de facilitar mi deleite entre vosotros, hermanos académicos, porque buena parte de mi existencia se ha deslizado entre estas famosas paredes, y perdonaréis que hoy experimente la sensación escalofriante de que los tres tapices flamencos de la serie de Escipión el Africano, tejidos con hilos de oro y plata, que decoran este vasto salón, el más hermoso de Buenos Aires, y que, según se cuenta, integran la colección de paños elegida por el pintor Velázquez, aposentador real, para armar la tienda en la cual la infanta española casó con Luis XIV, abren su cortinaje para cobijar a mi pequeñez. Entro en su refugio, como si entrara en el seno encantado de la Historia, y me parece que las teatrales figuras que los pueblan de turbantes y de yelmos se convierten en aquellas otras que mencioné, las de los poetas, novelistas y ensayistas que me aguijonean con la soberanía de sus modelos, para que no esté perdido en la pompa cortesana de las urdimbres del africano Escipión, y advierta en torno la adhesión indulgente de quienes, desde las riberas de la muerte y de la vida, me ayudan a ser lo que creo que debo ser.

Mi vinculación con esta casa es antigua. Vine yo al mundo en 1910 y ella lo hizo algunos años después, durante la que todavía apellidamos, por romanticismo, la Gran Guerra, pese a que resultó menuda, cotejada con la que la sucedió, y a que ésta, a la que ahora consideramos pavorosamente « grande », será mínima, sin duda, al compararla con la que la siga,

pues si en algo progresa nuestra grandeza triste es en el dominio apocalíptico. Y, de un modo asaz misterioso, la luz y la penumbra de la columnata del Palacio Errázuriz, el brillo y la armonía de sus salones, me han amparado siempre, ya sea porque desde la infancia — a través de la relación entrañable que medió entre sus dueños, Don Matías Errázuriz y Doña Pepa Alvear, y mis padres — estoy habituado a oír los cuentos que al caserón y a sus moradores conciernen, ya sea porque, más adelante, mi propia vida estuvo ligadísima a la que entre sus muros se desarrolla. Tan ceñida es la trama de conexiones y afinidades que así se ha ido trenzando y espesando, que a esta altura de mi ambular terreno me es imposible separar lo vivido de lo oído, lo visto de lo cosechado por la memoria, y que ahora no podría decir si fueron mis propios ojos o los de mi madre, los que escoltaron el paso leve de Ana Pawlova, cuando iba por el vecino jardín de los cipreses, en la época en que los cisnes surcaban el rectángulo de su estanque, y cuando la gloriosa bailarina remedaba, instintivamente, con un movimiento de los brazos o de los hombros, con un doblar de la cabeza o un entreabrir de los dedos finos, las actitudes de las aves sagradas. Su terraza me sustentó durante muchos desfiles militares, y no olvido que el espectáculo que en ella ofrecían las emplumadas, rumorosas señoras, era tan bello y complicado, que el niño, inconsciente émulo de Proust, no sabía hacia dónde le convenía mirar. Errázuriz guió a menudo a mi adolescencia por sus salas, revelándome el secreto de la adquisición de las obras que las adornan, y cada una de esas visitas significó para mí — como las que efectué al escritorio de Gerchunoff, en *La Nación*, o como mis caminatas con Larreta, entre las arboledas de « Acelain », que olían a violeta

y a pino — un avance en el aprendizaje hechicero del mundo.

Lo recuerdo a Don Matías, descendiendo la espiral de la escalera de caracol que acompasa mi discurso con el ritmo de su curva; descendiénola, envuelto hasta la cintura en una corta capa, afilada la barba sobre el pecho, como si bajara del Cielo de Theotokópuli, de las blanquinegras distancias donde unos caballeros, como él barbados, como él dueños del alabastro de unas delgadas manos transparentes, daban sepultura estética al conde de Orgaz. Luego, al intensificar mi matrimonio los ligamentos de la amistad heredada con los que del parentesco derivan, los recuerdo a él y a Doña Pepa Alvear de Errázuriz, presidiendo los mármoles del comedor que ahora presta su borbónico asilo a nuestras sesiones académicas, y si me detengo en este instante torno a escuchar el tintineo de los cubiertos de plata sobre las porcelanas de heráldica autoridad. La imagen de Wanda Landowska se inclina junto el harpicordio de laca roja y áurea; la de la escritora brasileña Rosalina Coelho Lisboa, que en los bailes lucía el « ruban » púrpura de la Legión de Honor sobre la pronunciada desnudez del escote, como Ana de Noailles en el retrato de Van Dongen, se recorta en el fulgor de los leños de la monumental chimenea; la de Larreta se perfila a un lado y vibra, riendo de las oratorias prestidigitaciones de Federico García Sanchíz; la de Elena Sansinena de Elizalde, presidenta de los Amigos del Arte, a quien soy deudor de cálidas remembranzas de García Lorca y de Ortega y Gasset, se alza, con la de Julia Helena Acevedo de Martínez de Hoz, bajo el retrato fresa y gris de la señora de Errázuriz, por Boldini; la de Pedro Miguel Obligado atraviesa, con la imagen de Mato Errázuriz, arrebuado en pieles como un gran duque ruso, el salón de

baile Regencia, en el chisporrotear de los espejos. Y otras siluetas, numerosas, se entrecruzan sobre las estrelladas maderas del piso, mientras que en la planta alta ondula el violín de Luis, marqués de Salamanca. Las fulguraciones postreras de una edad que empieza a pertenecer a la mitología feliz de lo improbable, y que sin embargo fue sencillamente real, tuvieron a esta casa por guarnición magnífica. Y así como me tocó participar de su etapa soberbia, me tocó intervenir en la de su transformación, cuando el gobierno del general Justo compró el Palacio, para instalar en él a las academias Argentina de Letras y Nacional de Bellas Artes y al Museo Nacional de Arte Decorativo.

Matías Sánchez Sorondo, Presidente de la Comisión Nacional de Cultura y gestor entusiasta de la compra que salvó al Palacio Errázuriz, me incluyó, en 1937, dentro de la nómina de los funcionarios bisoños y dinámicos del Museo, que formaban Ignacio Pirovano, como director; Máximo Etchecopar, como secretario, y, como experto, Luis María Tomás Carreras Saavedra. Diez importantes años de mi existencia transcurrieron aquí, entre esos amigos. Con ellos — y en particular con Tomasito Carreras — los consagré a la lenta y fragosa elaboración del catálogo descriptivo de las colecciones, cuyas setecientas variadísimas piezas, correspondientes a los países, períodos, estilos, autores, manufacturas y materiales más diferentes, nos obligaron a emprender estudios distintos y a improvisarnos investigadores en campos ajenos, para concretarse, por fin, en el fornido volumen del catálogo, con una serie de hallazgos curiosos. Fue aquel un decenio especialmente afortunado para mí; un decenio durante el cual, día a día, evolucioné en el mundo alucinante de los objetos, como otro Alí Babá

en la fosforescencia de la gruta. Organizábamos muestras ; planeábamos decoraciones ; perseguíamos a los coleccionistas para que enriquecieran nuestro acervo ; nos carteábamos con Europa, con los Estados Unidos, en procura de un dato ; y el palacio, cada vez más hermoso, cada vez más perfecto, retribuía nuestra vigilante inquietud con el encanto de su atmósfera. Aquí nacieron algunas de mis novelas. Aquí se gestaron, sin que yo me percatara, las que compuse después. Aquí se insinuaron, acaso, los símbolos del Renacimiento y de la Edad Media que depositaron sus fantásticas semillas en mi corazón y que florecieron luego, hijos de la nostalgia, en las páginas de mis libros *Bomarzo* y *El Unicornio*. Lo mismo que escribí, con un lápiz negro y un lápiz azul, los 1902 alejandrinos pareados del *Canto a Buenos Aires*, caminando de arriba abajo en el patio de *La Nación* y deteniendo el vaivén de su música para prestar oídos a una burla de Gerchunoff o de Cancela, en el Museo forjé novelas y cuentos, suspendiéndolos para enterarme de un nuevo proyecto del incansable Ignacio Pirovano o de un descubrimiento artístico del incansable Tomasito Carreras. Tan ensamblada se halla la historia de mis libros con la de esas dos casas, que no puedo separar hoy sus respectivos límites y evocar los unos sin evocar las otras, de suerte que los personajes de *Aquí Vivieron* y de *La Casa*, como los de Escipión el Africano, como los de José María Sert, como los de los relatos de Melián Lafinur y los de las anécdotas de García Velloso, vagan hoy, desprendidos de mi entraña, entre las *boiseries* de este palacio y entre las oficinas de *La Nación*.

Por lo menos en lo que al palacio atañe, las vueltas de mi aventurado *curriculum* me demostraron, aciagamente, que

todo Paraíso desemboca en la apariencia clásica del ángel exterminador. Representó el taciturno papel de aniquilador de ilusiones un viejo amigo mío, discípulo indócil de Clío, la musa historiadora, y marmolista ácido, en los días por mí no alcanzados de la revista *Martin Fierro*, de epitafios memorables, quien elaboró el suyo propio, al aceptar la presidencia de la Comisión Nacional de Cultura, bajo la égida de un mandatario que en la actualidad, según periódicas referencias, reside amablemente en Madrid. Ese cargo implicaba, con las relativas a la atención oficial de actividades tan opuestas a las preconizadas por dicho sesudo mandatario como son las del puro espíritu, tareas equiparables con las del instrumento ideado por el mañoso Monsieur Guillotin. Dos cabezas cayeron, en las dependencias de la Comisión Nacional de Cultura, dentro de la cesta destinada a recibir los sacrificados despojos de quienes no compartían los sentimientos iconoclastas del madrileño eventual: la mía, como secretario del Museo, y la de Edmundo Guibourg, como director del Instituto Nacional de Estudios de Teatro. Descabezado, me despedí, pues, de la mansión querida, del Edén que debía abandonar, como un exiliado se despide su patria. Recuerdo que anduve largamente, por última vez, en las *foreste imbalsamate* de los paños, de los muebles, de las pinturas; que me demoré buen espacio en este *hall*, donde con Ignacio, con Máximo y con Tomás, habíamos erigido andamios audaces, para exhibir una opulenta exposición de tapices y una exposición de seculares tesoros plásticos de Francia que huían del azote de la guerra; y que me formulé a mí mismo la promesa de no regresar nunca, ni siquiera como visitante casual, a un seno que me había alimentado y que conocía como ninguno. Recuerdo también el nudo de

mi garganta, al cual es fuerza interpretar como el reflejo postrimero de un órgano inexistente, experimentado por el que había sido desposeído de su cabeza.

Empero, el malicioso destino porfió en repetirme, años más tarde, que, como yo había aprendido ya, nada es eterno en este frívolo mundo, y que si las alegrías encuentran su confin, también lo encuentran las amarguras. Para ello le bastó con hacer girar la tuerca y con lanzar, sobre la angustia republicana, el alivio de un aire fresco. Más dichoso que nuestros primeros padres (con más recursos, claro está, que ellos) volví al Paraíso vedado. No lo hice por la enorme puerta de la avenida Alvear — entonces denominada del Libertador General San Martín, como para refrendar, con un paradigma prócer, el machacado concepto de la inconsistencia de todo lo humano —, sino por la pequeña puerta de la calle Sánchez de Bustamante. La Academia Argentina de Letras y la Academia Nacional de Bellas Artes, franquearon la entrada al que tornaba del destierro, y si bien el ángel del Palacio no cuidaba ya, con espada sumisa, el acceso, supuestamente más suntuoso, de las rejas Luis XVI, confieso que preferí volver a lo de Errázuriz por una cancela de hospitalidad segura. Nadie podrá ya arrojarme del Empíreo al que me llamaban con doble afecto. Para lanzarme de nuevo, como a mis antepasados en la tiranía de Rosas, al brumoso camino de la proscripción, será menester que se conmuevan los cimientos de instituciones a las cuales debemos presumir, a justo título, eternas, puesto que nos prometen seriamente las franquicias de la resbaladiza inmortalidad. Aquí, Monsieur Guillotín sólo figura en los diccionarios, como un modelo, dedicado a mayores y niños, de quienes son víctimas de sus propias invenciones indeseables.

¡ Qué responsabilidad, qué doble responsabilidad arriesgada, encerró para mí la ofuscante aceptación de tales honores! En los tiempos del Museo, cuando se realizaba en el *hall* una recepción como ésta, acostumbraba yo asomarme a ella desde la altura de la galería, medio oculto por los balaústres. Al revés de lo que nos enseña la geografía teológica de la Edad Media, el Cielo se situaba entonces abajo, y quienes lo contemplábamos desde el encumbramiento de nuestra burocrática posición, éramos los más humildes, los más próximos a la mísera Tierra. Me acuerdo del hemiciclo de los semidioses. Me acuerdo, sobre todo, del muchacho que yo era y que atestiguaba la ceremonia con anónima fruición. Carlos Ibarguren y Mariano de Vedia y Mitre repartían laureles. La dignidad de los discursos subía hasta mis orejas, hasta mis narices jóvenes, como la melodía templada de una orquesta, como las volutas de un mecido incensario. ¡ Quién me iba a decir que una tarde del futuro, yo me sentaría entre los augustos, convertidos, por un chasco más del tiempo, en seres como yo, que soy uno de ellos, o sea en estrictos seres humanos, vástagos de la pasión, de la melancolía y de la fe!

Colegas académicos: gracias por vuestra protección. Nadie se encuentra tan solo como los que vivimos para imaginar. Nadie tan necesitado de apoyo. Si alguna luz poseo, no es ella más que el reflejo que emana de vuestras luminarias que, proyectados dadivosamente sobre mi oscuridad, me indican la ruta. El haber estado cerca de vosotros, estos últimos nueve años, envuelve para mí trascendentes compromisos, y cada vez que he encarado la construcción de un libro, en esta etapa de mi existencia, he procurado ante todo que fuera digno de la confianza que os adeudo. Comprende-

mi garganta, al cual es fuerza interpretar como el reflejo postrimero de un órgano inexistente, experimentado por el que había sido desposeído de su cabeza.

Empero, el malicioso destino porfió en repetirme, años más tarde, que, como yo había aprendido ya, nada es eterno en este frívolo mundo, y que si las alegrías encuentran su confin, también lo encuentran las amarguras. Para ello le bastó con hacer girar la tuerca y con lanzar, sobre la angustia republicana, el alivio de un aire fresco. Más dichoso que nuestros primeros padres (con más recursos, claro está, que ellos) volví al Paraíso vedado. No lo hice por la enorme puerta de la avenida Alvear — entonces denominada del Libertador General San Martín, como para refrendar, con un paradigma prócer, el machacado concepto de la inconsistencia de todo lo humano —, sino por la pequeña puerta de la calle Sánchez de Bustamante. La Academia Argentina de Letras y la Academia Nacional de Bellas Artes, franquearon la entrada al que tornaba del destierro, y si bien el ángel del Palacio no cuidaba ya, con espada sumisa, el acceso, supuestamente más suntuoso, de las rejas Luis XVI, confieso que preferí volver a lo de Errázuriz por una cancela de hospitalidad segura. Nadie podrá ya arrojarme del Empíreo al que me llamaban con doble afecto. Para lanzarme de nuevo, como a mis antepasados en la tiranía de Rosas, al brumoso camino de la proscripción, será menester que se conmuevan los cimientos de instituciones a las cuales debemos presumir, a justo título, eternas, puesto que nos prometen seriamente las franquicias de la resbaladiza inmortalidad. Aquí, Monsieur Guillotín sólo figura en los diccionarios, como un modelo, dedicado a mayores y niños, de quienes son víctimas de sus propias invenciones indeseables.

Et Inca, un libro de tema americano que tendrá por centro a la personalidad desvelante del Inca Garcilaso de la Vega. Probablemente correrá largo tiempo y deberé colmar de notas innumerables páginas, antes de saborear la alegría de abrir un gran cuaderno flamante y de trazar en él, con pulso ansioso, las líneas de su iniciación. Cuando eso suceda; cuando se empiecen a ordenar, párrafo a párrafo y hoja a hoja, los elementos que constituirán su complicada estructura, sé que, así como me acompañásteis los años en que guiaba a un príncipe jorobado y bello a través de un parque sembrado de monstruos de piedra, y como me acompañásteis los años en que conducía a un caballero que tenía un ojo azul y un ojo dorado, por tierras de Antioquía, de Jerusalén y del Mar Muerto, a mi lado estaréis, con la constancia quieta y fértil de las lámparas hogareñas, mientras batalla por interpretar los mecanismos de la mente de Atahualpa y de Pizarro. Ya se despereza en mí el enamorado tormento de la invención, que se irá aguzando luego. Los tapices de Bruselas, los paños de *la belle tapisserie du Roy* que me abrigan y circundan, se metamorfosean entonces en aquel célebre aposento de Cajamarca donde se acumulaba el oro del Inca y donde caían con estrépito los ídolos y los cántaros burilados con el fulgurante metal. ¡Qué difícil es no cegarse, no sucumbir ante la tentación que detiene paso a paso y que podría convertir al indagador psicológico en mero y prolijo orfebre! Venturosamente, estáis vosotros a mi lado, y con vosotros la responsabilidad que me fija la circunstancia de ser uno de los vuestros.

Antes de cerrar estas rituales palabras, que no son más que una espontánea letanía de agradecimientos, considero imprescindible manifestar mi gratitud al destino, al cual

debo tanto, porque me hizo escritor. En sus manos caprichosas, titubearon probabilidades infinitas. Pudo determinarme para el ajeteo de las finanzas ; pudo reservarme para el viaje a la Luna. Al gratificarme con el privilegio de concebir imágenes y de aprisionarlas en el estuche de los vocablos, me otorgó el don proteico de las transmutaciones inconmensurables, puesto que ningún banquero logrará nunca la perfección exaltada con que Honoré de Balzac encarnó a sus economistas, regalándoles una eteruidad que desdeña a los cementerios, y puesto que Cyrano de Bergerac y Julio Verne inauguraron el turismo interplanetario mucho antes de que osaran emprenderlo las máquinas del hombre de ciencia. La mesa, atestada de volúmenes y de apuntes, del bienaventuradamente sentenciado a escribir, se dilata en proporciones que comprenden a la amplitud terrible del mundo y a aquello, más terrible aún, que fuera del mundo está. Por mi mesa han desfilado el pasado y el presente de Buenos Aires ; los poetas gauchescos cuyas biografías recopilé ; el triunfo amargo del Renacimiento ; la Edad Media arcana, cuyo palio de siete colores es sostenido por hadas y por ángeles ; y pronto, si Dios me secunda, desfilarán los cortejos del Inca y de los conquistadores, las hamacas, los caballos, bajo el sol, padre de América, hacia su fatalidad de gloria o de sangre. ¿Qué envidiaré, que envidiará el escritor, si bien se mira, a sus congéneres de las otras actividades del espíritu y de la materia ? Es feliz, feliz, como si lo arrebatara en el aire la tenue brisa de los violines de Pergolese. En su diestra, la pluma cumple las funciones fabulosas de la vara mágica. A veces, a menudo, la vara quema sus dedos, que no todo es júbilo y complacencia para el escogido. Yo he sentido en mis dedos, por antojo,

fantasía o extravagancia del destino, y a través de ellos en mi alma, el alborozo y la tortura del que, mañana a mañana, reconstruye, a su imagen y semejanza, la pluralidad conmovedora de los mundos. Ojalá — y éste es el deseo apasionado que inscribo al ingresar en el ámbito solemne dentro de cual me tendéis, señores académicos, los fraternos brazos —, ojalá siga sintiendo hasta mi muerte ese alborozo y esa tortura, porque, sin ellos, muerto estaría antes de morir.

RÉMY DE GOURMONT *

I

La iniciativa de esta lectura se debe a la siempre despierta memoria de nuestro Presidente don Rafael Alberto Arrieta. El tema podría prestarse para un ulterior ensayo sobre más de un caso de olvido en la literatura. Si el olvido, en la vida ordinaria, es signo de ingratitud, el olvido histórico o el silencio en torno de la obra de Rémy de Gourmont obedece a otras causas presentidas por su espíritu avizor : al proceso implacable de las generaciones que al sucederse destruyen y sepultan valores tenidos como positivos. Cuando esto acontece con un escritor enjundioso cuyo nombre ultrapasó lejanas fronteras allende las nativas y cuyas obras son de difícil hallazgo en su propia tierra vernácula, entonces, para dar con el camino perdido de la gloria engañosa y fugaz, es necesario acudir a esos solemnes panteones o necrópolis que son las historias de la literatura y las bibliotecas públicas que también luchan contra las sentencias del tiempo, devorador de ideas, de papiros y de papel impreso. Y cuando entramos en ese gélido ámbito de la justicia póstuma, más

* Lectura en acto público de la Academia, el 3o de septiembre con motivo del cincuentenario de su muerte.

de una vez solemos interrogarnos asombrados : ¿ por qué se le recuerda a éste, merecedor de sombras, y se olvida a este otro despojado de luz inextinguible ? ¿ Serán caprichos de la justicia póstuma, por no decir que hasta la justicia es injusta ?

En cuanto al llamado gran público de cualquier edad ¿ qué noticias tiene de los que fueron eminencias de la mente humana ? A lo sumo, y arriesgo muchísimo, frases hechas, aforismos resabidos o versos sueltos de poemas inmortales, todo ello captado de oídas o en los diccionarios de citas auxiliares económicos de la ilustración superficial.

Contra el olvido que se dilata y espesa con el andar de los siglos se congregan los cultores de algo : los orientalistas y helenistas o los amigos de alguien, simbolizado en un genio : los tomistas, los dantescos, los rabelesianos, los montañistas, los shakespereanos, los cervantistas, los goetheanos ...

A poco de morir Gourmont, el 27 de septiembre de 1915, se constituyó un grupo de colaboradores del *Mercure de France*, fortaleza del simbolismo, para defender la memoria de quien fue adalid de aquel movimiento renovador, y en particular de Mallarmé. A dicho grupo, animado por Jean de Gourmont, devoto hermano de Rémy, se incorporaron Jules de Gaultier, Paul Fort, Rachilde, Alfred Vallete, Paul Escoube, Octave Uzanne, André Rouveyre, y dieron a la publicidad un boletín trimestral denominado *Imprimerie Gourmontienne*, con cartas íntimas, páginas inéditas, semblanzas, anécdotas, poesías del amigo y maestro. Todo cuanto hicieron fue en vano, No hallaron eco de resonancia. Cuatro años de guerra habían bastado para que Francia dejara de ser la de Rémy de Gourmont. Todo pasa ... Pero no han pasado ni palidecido mis recuerdos. Me adherí al grupo

sellando amistad epistolar con Jean de Gourmont quien, al publicar mi libro *De Stendhal a Gourmont* en 1923, me escribió desde Coutance, en la Mancha, donde murió Rémy : ¡ Qué título ! ¡ Cómo lo habría halagado a mi pobre hermano que tanto admiró a Stendhal ! ».

II

Hoy me parece temerario ese breve ensayo mío, fruto de un espíritu todavía ingenuo y juvenil, con más libros leídos que experiencia hondamente vivida y sufrida. ¡ Cómo abarcar en una treintena de páginas la obra múltiple y densa de un crítico excepcional y universal en su tiempo, a la vez novelista, poeta, filólogo, místico de raíces medievales, filósofo sin limitaciones de sistema, fisiólogo atento a los dictados del instinto que se oculta en el fondo de la conciencia y se transparenta en los sueños ; polemista en batallas de pluma contra los críticos convencionales individualizados en los Brunetière, los Lemaitre, los Faguet ; desmenuzador de prejuicios ; creador de valores en Villiers de l'Isle Adam, Mallarmé y Laforgue ; amante de la tradición, de la buena, y adversario de la mala, porque en la tradición hay todo lo bueno y lo malo que el hombre deja a su paso. Todo esto y mucho más le acentúan un perfil de enciclopedista, con una ventaja sobre los del siglo XVIII : que no se embandera en ninguna secta ni tendencia como no sea la libertad para disociar ideas a fin de establecer lo que hay de verídico o de falso en ellas. En consecuencia, es enemigo mortal de quien llama *Monsieur-qui-ne-comprend-pas*, el señor que habla de todo sin comprender nada. Concepto del que se apropia Darío en las « Palabras Liminares » de *Prosas Profanas*, con-

virtiendo la diatriba en colectiva : « *Celui-qui-ne-comprend-pas*, dice Dario, es, entre nosotros, profesor, académico correspondiente de la Real Academia Española, periodista, abogado, poeta, *rastaquouer* ». Pudo agregar para ser más exacto : es, entre nosotros, legislador, ministro, dictador o presidente de cualquier República que no sea la de Platón ...

Esta mi lectura no será más amplia que mi lejano ensayo. Diré, como entonces, que la compleja obra de Gourmont le sugiere al lector la impresión de hallarse en una selva por donde pasa a ratos sonriendo la sombra de Epicuro y casi desvanecida la sombra del cristianismo-kantiano. Y otras sombras, más animadas, hasta ser vivientes : las de Schopenhauer y Nietzsche. No revela una sobreestimación de su personalidad ni de su originalidad. De ello lo salvó el aguzado sentido crítico que salva también de la vanidad. Porque todo ha sido dicho, es ya un lugar común el que para juzgar a un pensador no se debe hacer el balance de las ideas ajenas que asimila, sino la forma de asimilarlas o de retocarlas expresándolas después en un estilo propio. Gourmont es epicúreo por el deseo de darse una vida serena y armoniosa en la que no falte el placer como arma que destruya o atenúe el dolor en lo que el cristianismo dio en llamar valle de lágrimas. Pero deja de ser epicúreo cuando rechaza los postulados de esa doctrina pasiva que pregona la contemplación en el aislamiento. No. Él quiere la acción y que en la acción el hombre perfeccione su ser. A la inversa de Cándido que aconseja cultivar sólo nuestro jardín, Gourmont aconseja cultivar la personalidad en todos los sentidos que no sean antisociales.

Sin comulgar con el sombrío pesimismo de Schopenhauer, le acompaña en la intuición y en el instinto contra la razón.

Instinto e intuición nunca se engañan. Creer que se engañan « es una de las pretensiones de la razón, poco razonable ». Está con Schopenhauer y su fórmula: el mundo es mi representación. El mundo es tal como se me aparece; si tiene una existencia real en sí, me es inaccesible. El mundo es como yo lo veo y lo siento. Un hombre es un mundo. Cien hombres son cien mundos. Mal pueden estar de acuerdo en la manera de ver, sentir y juzgar. La diferenciación de fenómeno y de cosa en sí es anterior a Schopenhauer ¹. Es la distinción platónica entre el mundo de los sentidos y el de las ideas. Y yendo más lejos, porque siempre más lejos, encontramos más o menos lo mismo, es la teoría del Vedanta, la filosofía india de la maya, o sea la vana ilusión de la existencia individual. Por último, el parentesco filosófico de Gourmont con Nietzsche sería el immoralismo, con algunas desemejanzas. Para Gourmont el immoralismo es una individualización de la moral. Cada hombre debe forjarse para sí una regla de vida en armonía con su sensibilidad y su imperativo fisiológico.

Este imperativo entra en conflicto con el de la ética kantiana, para Gourmont más teológica que filosófica. ¿Qué es Kant? — pregunta. Un apriorista, y lo a priori es lo esencialmente teológico, desde Platón a Buffon, tan desusado y desprestigiado como la teología dogmática, escatológica o mística. La « razón pura » no existe, es iluminismo: « la razón es una palabra, nada más que la expresión más cómoda para comprender las múltiples relaciones que unen los va-

¹ Todo lo que constituye parte del mundo tiene forzosamente por condición un sujeto y no existe más que por el sujeto. El mundo es representación. Esta verdad es muy antigua... El menosprecio de esta verdad es la primera falta de Kant. (SCHOPENHAUER, *El Mundo como Voluntad y Representación*.)

riados elementos de la Naturaleza ». De lo que fue « Divina Razón » sólo ha quedado una unidad de medida necesaria para la convivencia porque sin ella habría tales diferencias de juicios entre los hombres que sería imposible la vida en sociedad. Y aun así los juicios contradictorios poco caso hacen de la disciplinaria unidad de medida ... ¹.

El solitario Gourmont no atina a comprender que el solitario Kant haya tenido la audacia de disertar sobre el mundo y el hombre en la *Metafísica de las Costumbres*. Raro será el latino que admita la posibilidad de conocer el mundo sin haberlo vivido experimentalmente. El subjetivista esta vez se traiciona al olvidar que la intuición puede crear sin mayor y directo contacto con lo exterior. Para un alemán no es prodigio sacrificarlo todo a la teoría para darle fundamento a lo que desea fundamentar. Lo que más le molesta a Gourmont en Kant son las afirmaciones rotundas sobre la conducta individual: « Lo que debemos hacer es la única cosa de la cual estamos seguros ». « ¿Cómo podremos estar seguros de lo que debemos hacer a priori? » — interroga el crítico, También le huele a teología el famoso concepto: « Obra de manera que en todo tiempo puedas querer que la máxima de tu conducta se convierta en ley general »; principio, según Kant, que no procede de la experiencia sino que es anterior a toda experiencia. Apriorismo absoluto desprovisto de sentido apreciable ². Le ha sido fácil a Gourmont su crítica de la ética kantiana. Sigue a Schopenhauer como el buen alumno al preceptor que venera ³.

¹ GOURMONT, *Promenades Philosophiques*, 1 págs. 129-130. Mercure de France. Paris, 1906.

² GOURMONT, *op. cit.*

³ SCHOPENHAUER, *El Fundamento de la Moral*. 6. *Del fundamento de la moral de Kant*.

Para alcanzar la cima del superhombre, Nietzsche acepta el sufrimiento como estímulo, el mañana y el « eterno retorno ». Para Gourmont lo pasado y lo porvenir no existen. Lo único seguro es la hora presente : « Hay que tomar el minuto tal como lo brinda el azar ; el de hoy no volverá jamás. Hay que coleccionar recuerdos mas no pesares » — dice en su novela « El Sueño de una Mujer ». « La sabiduría humana consiste en vivir como si jamás tuviéramos que morir, aceptando el minuto presente como si debiera ser eterno ».

El afán de vivir con la mayor inteligencia la hora presente es un precepto epicúreo aceptado por algunos estoicos. Marco Aurelio, buscando la tranquilidad de su alma, desdeña lo pasado y lo porvenir y se aconseja : « Piensa que sólo dispones de un tiempo limitado, y que si no lo aprovechas para buscar la tranquilidad de tu alma, desaparecerá para siempre contigo ... No olvides que la vida se limita para cada uno de nosotros al tiempo presente, que sólo es fugaz intervalo ; el resto de la existencia no existe, es incierto. Apresúrate a ir derecho al fin que te propones ; desecha las esperanzas frívolas y procura ayudarte a ti mismo antes de que se haga tarde ».

III

Porque Gourmont sabe ir derecho al fin que se propone es que logra llevar a término la obra copiosa que no me es dable apreciar en todos sus géneros ; obra que se difunde en Europa y en las Américas y de particular manera en la Argentina, país que conoce por lecturas y el copioso fichero de bibliotecario que exhibe en su biografía de Alberdi en la *Grande Encyclopédie*. Que Gourmont nos conoce como

Voltaire, geográficamente, nos lo revela en su cuento crítico *La République Aventurine*, donde relata el viaje de un buscador de cosas nunca vistas, desde el Brasil al Paraguay y Buenos Aires por el río Paraná. Después, parte de Rosario de Santa Fe en ferrocarril; pasa por San Luis, Tucumán, Mendoza, y llega a San Juan, región fronteriza con la República ideal. Pero no tiene éxito. Luego de tanto andar con montoneros federales, con facinerosos y contrabandistas, no le permiten entrar. Los aventurinos, para vivir en santa paz no desean mantener relaciones con sus vecinos chilenos, argentinos, peruanos y bolivianos, gentes según ellos de costumbres peligrosas y de religión extraña, inculcada por un libro de cuentos populares en los que se encuentra lo que se quiere y que se llama la Biblia. El interés del relato reside en los sarcasmos contra la civilización moderna. Los aventurinos pretendían descender de unos bascos y bearneses que huyeron en tiempos de Enrique IV de Navarra, trayendo como único manual de lectura « Los Cinco Libros » de Rabelais que se transformaron en Biblia; Pantahruel en dios venerado: en máxima suprema: « Haz lo que quieras » y en oráculo la « Divina Botella ». Razón tenían los aventurinos de prohibirnos el acceso a su magnífico país porque todavía no sabemos vivir en paz ni hemos aprendido, y tampoco nos lo permitirían, el hacer lo que más nos plazca ...

Evoco aquellos felices días de mi mocedad — felices e ingenuos. Esperábamos la llegada de un lentísimo transatlántico con ejemplares del *Mercure de France* para deleitarnos con las *Reflexiones sobre la Vida* y los *Diálogos sobre las cosas del pasado*. Mal mirado habría sido entre nosotros el que no buscara en *La Nación* el artículo quincenal de Gourmont y peor mirado el que nada supiera de la *Estética de la*

Lengua Francesa, El Problema del Estilo, La Cultura de las Ideas, El Camino de Terciopelo, la Física del Amor, los Paseos Literarios y Filosóficos, las Cartúlas, Dánte, Beatriz y la Poesía Amorosa, o sus novelas Sixtina, Una noche en el Luxemburgo, Un Corazón Virginal.

De las obras que sólo puedo mencionar en conjunto y por los títulos, la que tuvo para mí y para muchos el valor de guía segura por los caminos de la libertad de expresión y de creación, fue *El Problema del Estilo*. Vivíamos agobiados con las lecciones profesoras que pretendían enseñarlo todo como una ciencia exacta e inmodificable: el arte de escribir, el arte de leer, el arte de pensar, el arte de vivir, sin excluir, por sus esquemas similares, los que aún circulan sobre el arte de tener amigos o de ganar dinero.

Gourmont le salió al encuentro a uno de esos teóricos de la estilística, M. Antoine Albalat, que había descubierto el método infalible de conquistar un estilo perdurable mediante dos libros: *El Arte de escribir enseñado en veinte lecciones* y *la Formación del estilo por la asimilación de los autores*. Esto era como franquearnos las puertas de la gloria porque habría bastado seguir sin vacilar los consejos de M. Albalat, que de poco le sirvieron a él, para ser lo que deseábamos ser: un gran escritor, crítico o ensayista, un gran poeta o pergeñador de novelas magistrales... Siempre ha existido este linaje de preceptores, desde Horacio a Du Bellay y Boileau. Lo que revelaron fue cómo escribieron ellos, lo cual no es desdeñable. Lo desdeñable es la presunción de creer que hay una sola manera de escribir, la de ellos, buena para todos los tiempos.

Gourmont echa por tierra esas teorías y desvanece las

ilusiones de llegar a ser algo si nos ponemos a la sombra de los que algo fueron. « El verdadero problema del estilo — dice Gourmont — es una cuestión de fisiología. Si es imposible establecer la relación exacta, necesaria, de tal estilo con tal sensibilidad, se puede sin embargo afirmar una estrecha dependencia. Escribimos como sentimos, como pensamos, con todo nuestro cuerpo. La inteligencia es una de las maneras de ser de la sensibilidad, no la más estable y mucho menos la más voluntaria ... El estilo es sentir, ver, pensar y nada más ». Coincide con la clásica definición de Buffon : el estilo es el hombre mismo. Según eso, aprenderemos a escribir, bien o mal, como aprendemos a vivir, mal o bien, sintiendo, viendo y pensando a nuestra manera. Huelgan los manuales para que seamos nosotros mismos. La repetida frase : serás lo que debes ser o no serás nada, carece de sentido, porque desde que nacemos hallamos trazada la senda de lo que somos e ineluctablemente seremos.

IV

Tuvo Gourmont en la Argentina lectores más calificados que la muchachada libresca. Con el *Latín Místico* se acompañaba ese otro místico sutil que fue Joaquín V. González. En aquella suerte de tétrica antología de los poetas del antifonario y del medievalismo simbólico que es *El Latín Místico*. Poco amor humano expresan esos místicos en una lengua que se parece « al latín clásico como Notre Dame al Partenón : como un poema de piedras y de lágrimas a una oda de Píndaro ; lo que el Calvario a los juegos pyticos : lo que María es a Diana » ¹. Tan atroz e incorregible se les

¹ GOURMONT, *Le Latin Mystique*, pág. 8. Georges Crés. Paris, 1913.

presenta a tales poetas, precursores de Dante, la perversidad del hombre, con entrañas de lobo para su semejante, que han perdido toda esperanza de infundirle misericordia con palabras de amor y recurren a las amenazas, a los anuncios de mundo en trance de desaparecer en un infierno cuyo fuego devorador jamás ha de extinguirse en la eternidad de castigos que se merecen los culpables. Me refiero en este caso al himno *Dies irae*, de Fray Tomás de Celano, compañero de San Francisco de Asís, que Gourmont traduce al francés y González al español. Con una diferencia, honradamente señalada por González: que la versión de Gourmont es directa del latín, calcada sobre el original en ritmo y rima, y la de González es traslado del inglés de Macaulay, muy libre, sin el ritmo ni la rima del original. Citaré sólo el primer terceto del himno:

Fray Tomás:

Dies irae, dies illa
Solvat saeculum in favilla
Teste David cum Sibylla.

De Gourmont:

Jour de colère en ce jour-la
Comme David le prophétisa,
Le monde en cendre s'en ira.

De González:

Vendrá el día de la cólera, día del futuro incierto
que David y la Sibila vaticinan de concierto,
y el mundo caerá al abismo convertido en polvo yerto.

V

La influencia de Gourmont se generaliza en el ambiente intelectual argentino. Eugenio Díaz Romero funda *El Mer-*

curio de América y traduce el *Vieux Roi*, shakespereano para Darío. En Emilio Recher (Stylo) es visible la huella gourmoniana. Emilio Berisso, citado por Arrieta, traslada en verso, de los *Paisajes Espirituales*, *La Tarde en un Museo*. Juan Más y Pi publica en La Plata: *Un disociador de Ideas*, y Mariano Antonio Barrenechea en Buenos Aires: *Rémy de Gourmont novelista* y *Un Pensador Francés: Rémy de Gourmont*. Prologa Gourmont la traducción francesa de *Las Sombras de Hellas* de Leopoldo Díaz, poeta parnasiano que hace pensar en Leconte de Lisle y en Heredia.

Es demasiado, demasiado, dijeron en España alarmados con el predominio de la literatura francesa en Hispanoamérica. Primero protesta Ramiro de Maeztu, y Unamuno después con su vehemencia habitual. Gourmont, que solía perder la serenidad como cualquier hombre de suyo tranquilo, le contestó en uno de sus *Epilogos* diciendo que una civilización nueva como la nuestra, no se desarrollaba con la influencia de España sino con la de Europa. El hecho averiguado de que cuanto se escribe en Buenos Aires « es castellano por el sonido de las palabras pero francés por la sintaxis y la construcción de la frase, ha molestado al rector de la Universidad fantasma donde se graduó el Bachiller de Salamanca y le ha llenado de invectivas su cabeza clásica ». Agregaba Gourmont: « M. de Unamuno detesta a Paris por las ideas de libertad que esparce por el mundo ». Sin desdeñar la literatura francesa ». .. — dice Unamuno. Gourmont extrema la réplica: « Puede desdeñarla. M. de Unamuno es célebre en Salamanca y desconocido en Paris. Eso explica su acidez y su actitud reaccionaria. Tenemos en Francia decenas de Unamunos. Si el señor Miguel de Unamuno representa a España, compadecemos a España ».

VI

También Rubén Darío dirá « es demasiado », pero en muy otro sentido » ... una grave preocupación me inquieta — escribe Darío : M. Rémy de Gourmont, autor para pocos, escritor de una *élite*, de una aristocracia mental internacional, está amenazado de la atención de todas las gentes ... Dentro de poco me temo que el nombre suyo sea, si no popular, vulgar, como el de Nietzsche ... Vulgar en las citas, en las afirmaciones de la mediocracia escribiente ... ; y eso es terrible ... Fuera de que, como según parece, mi especialidad es la de lo « raro », mi admiración y mi afección por el autor de tanta obra excelente se basan en la intangibilidad de su vida, en su aislamiento severo, en su monasticismo intelectual. Hace como unos diez años que, con Lugones, saboreábamos sus obras extrañas y admirables, las de su campaña del idealismo, sus prosas del *Mercure*, sus *plaquettes* exquisitas, su sabio *Latin Mystique*; y nos complacíamos el poeta y yo en lo enigmático y arcaico de cada edición ... »¹.

Darío describe la visita que le hace a Gourmont en su « silenciosa y triste » morada de la calle de Saint-Pères. Dos tímidos frente a frente. ¿Cuál de los dos habla más y cuál menos? Dice : « Yo, al estar sentado frente a él en su gabinete de estudio, al verle con su ropa monacal de labor entre libros y libros, junto a un soberbio Clésinger dorado de penumbra, apoyado en su mesa cargada de manuscritos y volúmenes, y al hundir mi mirada en la suya, y al oírle hablar poco y difícil, hondo y seguro, pasé a otra época y

¹ RUBÉN DARÍO, *Opiniones*, págs. 182 y siguientes, Fernando Fe, Madrid, 1906.

a otro momento. Me creí en casa de un Erasmo que fuese un Pascal, que fuese un Lulio... Así, pues, llegué tímido y salí encantado porque encontré bajo su indumentaria de fraile a un descendiente de la familia de los pintores, grabadores, tipógrafos, de los siglos xv y xvi a que perteneció aquel Gilles de Gourmont a quien se deben las primeras impresiones hechas en París». Descendiente también de Malherbe, y según la fantasía de Darío, de Hernán Cortés.

La poderosa influencia del *Latín Místico* de Gourmont en Darío ha sido señalada por nuestro eminente exegeta y colega don Arturo Marasso; pero la impresión personal, admirativa y afectiva es indeleble en la epístola lírica que le envía en *El Canto Errante*:

A Rémy de Gourmont

Desde Palma de Mallorca,
en donde Lulio nació,
te dirijo este romance,
¡ oh, Remigio de Gourmont !
Va lleno de sal marina
y va caliente de sol,
del sol que gozó Cartago
y que a Anibal dio calor.
Llevan las gymnesias brisas
algo de azahar. Y son
para ti gratas, ilustre
nieto de conquistador.
Por tu sangre de Cortés
puedes ornar tu blasón
con signos que aquí en España
mejorara sólo Dios.
Y pues de Cortés blasonas,
vaya esta salutación

llena de frases corteses
a tu hogar de sabidor.
Yo te recordé por Lulio,
a quien amas con razón,
pues no hay para seres tales
más que razonado amor.
De las plantas de Raimundo
tu herbario bien sabe el don,
si él tuvo antes don de lenguas,
don de lenguas tienes hoy.
Raimundo fue combativo ;
tú lo eres en lo interior
y si lapidado fue,
tú mereces el honor
de ser quemado en la hoguera
de la Santa Inquisición.
Aquí hay luz, vida. Hay un mar
de cobalto aquí, y un sol
que estimula entre las venas
sangre de pagano amor.
Aquí estaría Simón
bajo un toronjero en flor,
viendo las velas latinas
en la azulada visión.
Y tú tendrías la mente
en un eco, en una voz,
en un cangrejo, en la arena,
o en una constelación.

VII

El que sabe algo de Gourmont, rara vez resiste a la tentación de violar la fortaleza de su soledad. Y si es más tímido que Rubén, se conforma pasando por la calle des Saint-Pères con la esperanza de verle salir según su costumbre con las primeras ténues luces del crepúculo. Recuerdo haber sido uno de

esos... Pero otros, más afortunados y con mayor autoridad, pasaban el umbral y se perdían en el largo y penumbroso zaguán de la casa centenaria que todavía existe con la placa de rigor. Algunos entraban con un libro, así Enrique Larreta, recién llegado de Avila de los Caballeros, y nada hecho a la idea de que los franceses, por su tosudez de hablar en francés y no en español, fueran incapaces de leer su relato sobre una vida en tiempos de Felipe segundo...

Larreta cuenta a su manera, en su amena manera he querido decir, cómo le sacó de apuros Rémy de Gourmont. Frecuentaba Larreta la librería de Champion en el quai Malaquais, a la vera del Sena y a la sombra del Instituto. Allí intimó con el propietario, que físicamente se parecía a Renan, y con sus dos hijos, Pierre y Eduardo. « Fue Eduardo, dice Larreta, quien me dijo un día que Rémy de Gourmont acababa de manifestarle el deseo de hacer conocer al público francés *La Gloria de don Ramiro*, y su propósito de traducirla, él mismo, si yo se lo permitía. ¡Una traducción de tan grande célebre escritor! Parecía cosa de sueños ».

Prosigue Larreta :

« Sufría (Gourmont) de un mal terrible que le había comido parte del rostro. Lo que quedaba intacto bastaba para mostrar, como en algunos mármoles desenterrados, la antigua nobleza. Me recibía siempre al anochecer, a fin de que la penumbra le sirviera de velo. Me ofrecía con ademán señoril un viejo sillón de tapicería todo roído, como si aquellas labores de lana hubiesen contraído su misma enfermedad. Muchas veces al tirar de la borla roja de la campanilla sentí, a través de la puerta, el olor y el ruido del frito que él mismo se preparaba. Se decía que por una abertura, practicada en el rincón más sombrío de su despacho se pa-

saba al cuarto de las artes ocultas, de las artes de magia. Hacían más verosímil aquella invención su negra hopalanda y su birrete de astrólogo. Gourmont conocía el castellano a fuerza de erudición, como el griego y el latín. Sabía decir apenas algunas palabras. La traducción apareció en una edición del *Mercur de France*. Los críticos de París me brindaron una generosidad que sólo se le ofrece al extranjero. Como nunca ha de faltar el sorbo de amargura, uno de ellos llegó a decir, en uno de sus diarios más importantes, que Gourmont acababa de descubrir una novela de asunto español, la cual, una vez transformada ingeniosamente por él y adobada con las finas especias de su talento, se había convertido en un espléndido libro. En una palabra, acababa diciendo mi crítico: « *La glorie de don Ramire est un des plus beaux livres de monsieur de Gourmont* ». Yo, que todavía era novicio en esta clase de achaques, sufrí muchísimo con la impostura. Pensé rectificar públicamente; redacté una larga carta; pero opté al fin por el silencio. Hice bien¹.

« ¿Qué pudo ser esa terrible enfermedad que lo enclaustró definitivamente y le hizo elegir los amigos, los únicos pocos amigos que sabrían mirarlo sin espanto? Los peores estigmas le atribuyeron. El más horrible debió de ser un epiteleoma.

Entre aquellos escasos visitantes se acreditaba Rachilde, la novelista de los entonces temas escandalosos, hoy inocentes en ciertas plumas femeninas...

« Un día — escribe Rachilde — un mal singular se apoderó del rostro de este gran orfebre paciente de la literatura, monje, rey y mártir. Eso le tenía muy preocupado.

¹ ENRIQUE LARRETA, *Tiempos Iluminados*, págs. 112-115. Espasa-Calpe. Buenos Aires, 1939.

— ¿Por qué — le dije yo — va a preocuparse de un mal físico que es prueba de su propia vocación ?

« Se puso a reir dulcemente, y vacilando en cada sílaba como en un juego en el que la habilidad consiste sólo en mover las principales piezas, dijo :

« — Yo sé bien que no soy hermoso. Pero tampoco quiero causar horror...

— ¿Y qué le importa eso a usted, que está dotado del *signo* ?

« Me miró con una franca mirada de niño alegre : « — ¿ Un signo ? ¿ Qué signo ? Rachilde, tengo un gran horror a las complicaciones de amor en boga en el mundo de las literatas... Yo amo, yo amaré la voluptuosidad pura, puesto que el amor debe ser despojado de su grosera violencia. Pero sepa usted bien que *ellas* no osan besarme siquiera ; que ellas temen no sé qué contagio.

« Los hermosos ojos de Gourmont se velaron como de una niebla matinal sobre las aguas. Yo me puse de puntillas, tomé su cabeza con las dos manos y besé piadosamente el signo fatal de la gloria.

« — Oh !, exclamó malhumorado —, usted ha hecho eso porque hay gente delante ! » ⁴.

¿ Es posible que no haya habido en la existencia de Gourmont una mujer a la que amara apasionadamente ? Hombre sin amor es tal vez afortunado porque ignora los tormentos inseparables de las delicias del amor. Las *Cartas a la Amazona* de Gourmont avivaron la sospecha a pesar de lo frías y dialécticas que son. La verdad es que después de las

⁴ RACHILDE, *Le Signe*. En Imprimerie Gourmontienne. Nov. Dec. 1920. Jan. 1921. Paris.

« *Cartas de la Religiosa Portuguesa* » resultan frívolas las de la *Nueva Heloisa*, y artificiales, profesoras, las de Gourmont. Sí, hubo una mujer que trastornó al solitario que se había pasado la vida « mirando las pasiones a través de los vidrios, como se miran los eclipses con vidrios ahumados ». Pero los cristales del amor tampoco son de óptica diáfana, perfecta, porque aumentan los valores como con lupas y acaban disminuyéndolos con el uso fatigoso del instrumento...

La hechicera, su Amazona, fue una norteamericana esbelta, adinerada; rumbosa, noctámbula. Miss Natalia Clifford-Barney que llegó a ser un motivo de curiosa atracción en las esferas literarias y mundanas de París. Pretendía ser poetisa y anunciaba libros que se limitaron a dos, *Aventuras del Espiritu* y *Pensamientos*, muy superficiales, que Gourmont, según creo, no tuvo noticias de ellos. Arrogante, superficial, lo que revelaba con éxito era cierto cinismo modelado en el de Oscar Wilde. Decía en sus pensamientos:

« Al entrar en el teatro veo escrito 'Salida', y salgo inmediatamente ». « Las novelas son mucho más largas que la vida ». « Se había perfumado de tal modo, que hasta su marido le sintió el perfume ». « ¡ Si el pecado original hubiera sido un pecado original ! ». Por último: « se ama con amor a los que no se puede amar de otra manera ».

Este fue el amor del pobre Gourmont. No vio en su Natalis lo que ella era en realidad, lo que no falta en ningún país, la mujer « snob » que vuela a vincularse con el hombre que triunfa. No pudo ver Gourmont, o no quiso saber, que su adorada Natalis también lo era de Pierre Louys, de Anatole France, de D'Annunzio, de Rainer Maria Rilke, de Paul Valéry, de Marcel Proust...

VIII

Si le hubieran dicho a Gourmont : « a los cincuenta años de su muerte apenas será usted leído y recordado », habría podido contestar con palabras de su propio cuño :

« Siempre lo presentí. Cuando defendía el simbolismo les advertí a los que creían en la supervivencia de ese movimiento renovador : No soy de los que se forjan grandes ilusiones en el valor de las palabras ni en el valor de las obras. Con más rapidez que otras veces, el tiempo envolverá en cenizas los trabajos de una generación que, como todas las otras, creyó un instante que ella representaba el porvenir del mundo. Esos engaños sobre nosotros mismos son útiles. Nada se haría si no nos creyéramos capaces de hacerlo todo ». « La mentira es una condicion vital », ha dicho Nietzsche. « La mentira es lo que la filosofía tradicional llama ilusión ». Los jóvenes que hoy confían demolerlo todo, sabrán un día que no se demuele nada y que el mayor esfuerzo de un hombre consiste en aportar una piedrita del camino a la pirámide elevada por las generaciones precedentes. Siempre debemos imaginar que poseemos una gran fuerza. Debemos soñar que la flecha ha franqueado la selva, los ríos, las montañas. Tendremos tiempo de encontrarla a nuestros pies, en las malezas, cuando busquemos en la tierra los rastros de lo pasado » ¹. El sembrador de dudas de sí mismo duda porque desde su juventud se ha convencido de que todo es relativo y fugaz. Lo que hoy alumbra mañana se apaga. No acepta dogmas ni admite que las ideas sean invulnerables al examen y a la

¹ GOURMONT, En Imprimerie Gourmontienne. Fev-Avril 1921. *Souvenirs* de Octave Uzanne.

disociación. No hay dos vidas iguales, y en literatura la vida es estrictamente personal. « La vida que yo he vivido, agrega, me ha dado todas las íntimas embriagueces y satisfacciones psíquicas que he podido esperar. Cada uno limita su bienestar a la extensión de su alfombra, dice un proverbio árabe de una sintética y pintoresca sabiduría oriental. Gracias al tamaño de mi alfombra, por corta que haya sido, he hallado el modo de vivir agradablemente mi vida ».

« ¿ Conoce usted, le pregunta a Uzanne, la definición que hace Epicuro del *Sage*, del sabio en prudencia? Nunca tiene grandes descorazonamientos porque nunca ha tenido desmesuradas esperanzas. Acomoda sus pensamientos a la tonalidad de la luz del instante. Sólo desea la flor que podrá respirar y el fruto que podrá recoger ... Hay en nosotros todas las posibilidades y voluntades de metamorfosis. Hay que sentirlo *todo a la vez*, con igual intensidad, el valor intrínseco de los hombres, de las cosas y del mundo en general y también sus apariencias fugaces e inciertas ».

Le teme a la popularidad porque altera el valor de quien la conquista si es que tiene valor. De aumentar el ruido en torno de su nombre, ya demasiado vulgarizado, se interroga : « No perdería la inviolada quietud de mi *studio*, y la calidad de mis relaciones de *élite*? Echarían agua en el vino. Y sentiría sobre mí el rozamiento de las alas de la imbecilidad que tanto asustaba a Baudelaire ». Le teme a la vanidad y a los honores que buscan los hombres comunes :

« Y después, ¿ por dónde pasearía mi vanidad si me dejara caer en la fosa común de las distinciones, de las cintas, de los galones, de las medallas, todo el oropel de los concursos agrícolas de la tontería humana expuesta en feria? No soy mundano, ni sociable, y no me cuido del devenir. A lo más

salgo con el lucero de la tarde, y mi camino de ronda no se aleja de mi celda : el Café de Flore y el *Mercurio*. A lo sumo hasta los malecones del Sena cuando tengo las piernas flexibles y ágiles. Una cinta roja sólo podría florecer en mi *robe de chambre*, y si me designaran miembro de la Academia Goncourt, no sé si sería asiduo concurrente con excepción de los días de elección *post prandium* en el cabaret ». « Imagino con espanto un banquete en mi honor. ; Ah !, que festín de suplicios soportaría en la cabecera de la mesa ! El desfile de los conocidos o desconocidos admiradores de mis páginas ; el discurso a decir, y lo que es peor, a leer, con esta voz que desfallece lastimosamente más allá de la intimidad ! » ⁴.

Nobilísima confianza que no les va dirigida a los vanidosos ni a los vanilócuos ni a los que nunca están satisfechos con el ancho ni el largo de la alfombra del proverbio. Hay tristeza en esa expansión. ¿Será la tristeza de los sentimientos que asaltan a los que empiezan a sentir el peso de la vida, en Gourmont el peso de su soledad ? Cambiar es vivir, ha dicho. ; Pobre del que no cambia, del que hoy quiere ser lo que fue ayer ! Por fortuna cambiamos hasta el instante postrero. « Se verá que mi espíritu ha disminuído en gravedad según los años se iban sucediendo — escribe en el último prefacio-póstumo de sus *Paseos Literarios*. Es una comprobación que no me desplace. Yo les dí a las personas serias esperanzas que no he cumplido. O había dos hombres en mí, de los cuales uno ha muerto, así lo espero : el que se jactaba de no ser él mismo, y el que, después de tan ridículo aprendizaje, ha osado ser lo que es. El viaje a través de la vida es un viaje al descubrimiento de lo que somos : yo lo he realizado con toda sinceridad. »

⁴ GOURMONT, *op. cit.*

IX

La guerra del 14 vino a exacerbar aquella en él innata melancolía normanda, luz de crepúsculo en el espíritu de los escritores representativos nacidos en esa comarca, desde Fontenelle hasta Flaubert y Maupassant. El disparo de los primeros obuses modificaron su optimismo filosófico. « Yo hablaba gustoso de la civilización en mis escritos. ¿Dónde está ahora? — pregunta. Para mí es el fin, no del mundo, sin duda, pero sí de un mundo. Y después, sea lo que fuere ¡ qué reacción ! » Temor profético. La reacción nos ha tocado presenciarla a nosotros. Reacción del Estado contra el hombre, de las masas contra el hombre, del hombre, enloquecido de pánico, contra el hombre.

« Lo que me causa más pena en este instante — escribe en agosto de 1914 — son los diarios, las invocaciones al derecho, a la justicia inmanente. ¡ Ah !, eso no le impedirá al cañón que dicte la última palabra y las condiciones que le plazcan. » La salud moral se debilita a seguido de la física : « la compañía de los imbéciles me será agradable. La vieja soledad que me fuera tan querida, ahora me agobia. » En junio de 1915 vuelve a escribir en el *Mercurio* : « Tengo muchas ideas y una necesidad de ironía que saldrá a pesar de la vigilante censura ... Las estupideces que el pensador vulgar dice con la guerra no son comparables con las que dijera antes. La « unión sagrada » como tantos otros necios. Mientras los alemanes estén aquí, hay que dejarlos alardear. » De pronto siente que la muerte, la gran pacificadora, está próxima : « Hay advertencias que no engañan en el subconsciente funcionamiento de nuestros órganos. Yo llego al

último ritmo de mi vida y no lamento nada. » En la fecha ya recordada, sin el menor sufrimiento, moría de una hemorragia cerebral.

Por esos mismos días vivía yo en Francia. Se me agolpan las reminiscencias. Más de una vez acudí a la puerta de los cuarteles para ver salir los regimientos aclamados por la multitud. Los infantes, con veinte años como los míos, de kepis y pantalones rojos, infalible blanco de la metralla, sonreían o gritaban, henchido el pecho de Marsellesa : « ¡ A Berlin ! ¡ A Berlin ! ». Los seguí hasta las estaciones ferroviarias, jubiloso a la par de todos : ellos por la confianza en sus armas, y yo por la fe inquebrantable — hoy quebrantadísima — en la justicia inmanente, en los derechos del hombre, en la perpetua paz kantiana, en la esperanza del mundo mejor que surgiría después de esa guerra contra la guerra, la última guerra ...

Nada supe de la muerte de Gourmont. Poco era el espacio para destinarlo a lo que no fuera la destrucción. Ni una línea para el gran liberador. Silencio plúmbeo. Cuando me enteré por Jean de Gourmont y el nuevo *Mercur*, para *La Prensa* y los que aquí siempre esperaban la palabra clarividente, escribí el ensayo en el cual aconsejaba — aconsejándome — : « No tengamos en cuenta el silencio que hoy se hace en torno de su nombre y de su obra profusa. Contra el desencanto que producen estas misteriosas sanciones, preguntemos con Marco Aurelio : « Por ventura pierde algo de su belleza la esmeralda por no ser elogiada ? ».

La Academia Argentina de Letras ha querido memorar hoy a tan gran olvidado y con él públicamente alabar la belleza de la esmeralda ...

ANDRÉS BELLO Y LA ARGENTINA

Precursor de la independencia de su país, vigía americano en Londres durante casi dos décadas, y después, hasta el final de su larga existencia (1781-1865) educador enciclopédico en Chile, don Andrés Bello es, sin duda, entre los maestros continentales del pensamiento de nuestra América, el que por la vastedad del saber y la índole de su enseñanza pertenece por igual a todas las repúblicas hermanas, aparte los vínculos del suelo nativo y la patria adoptiva. Al mismo tiempo, nadie le aventaja en sus días para ser mostrado al mundo como ejemplo de la multiplicidad armónica de las potencias del intelecto, producto que parecería exclusivo, y nunca frecuente, de la lenta sedimentación de las civilizaciones en los países de más honda cultura.

En el ilustre venezolano las severas disciplinas no trabaron el vuelo lírico; el humanista rigió la Universidad y simultáneamente actuó con señorío en la asamblea legislativa; el tratadista adelantó la primera obra hispanoamericana de derecho internacional, reimpresa en varias de nuestras repúblicas y traducida en Europa, y se abrió camino propio entre los filósofos de la escuela de Edimburgo al escribir sobre la teoría del conocimiento; la misma pluma desentrañó las leyes de la métrica y analizó las conjugaciones de nuestra lengua, adocrinó en literatura teatral y dio a Chile

su Código Civil; autor magistral de la *Gramática*, fue traductor de Horacio y de Víctor Hugo. Y en todo, a través de la desventura, la calumnia, la indigencia o la incomprensión, cuando joven, en la plenitud, en la tarde y hasta el anochecer de su vida laboriosa y fecunda, mantuvo una serenidad sin pompa que parecía sobreponer los dictados de una misión al revuelto oleaje de las pasiones, las vicisitudes y los tiempos.

¡Qué sabiamente anudó los hilos la mano oculta que juega y dispone, rectora invisible! Bello y Chile se correspondieron en la hora decisiva. De 1829 a 1852 fue oficial, primero auxiliar, luego mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores; en 1834 inició su labor legislativa, coronada con la promulgación del Código a fines de 1855; de 1843 hasta su muerte estuvo al frente de la Universidad, cuyo proyecto de fundación había formulado. ¿Qué país de nuestra agitada América le hubiera asegurado una continuidad tan favorable? No precisamente la Argentina; y sin embargo, dos veces, una en 1815, la otra de 1828 a 1829, estuvo a punto de incorporarse a nuestra vida social.

Había llegado a Londres; al mediar el año 1810, junto con el coronel Simón Bolívar y don Luis López Méndez, componentes los tres de la misión diplomática enviada por el gobierno revolucionario de Caracas para gestionar ante el británico el apoyo a la obra emancipadora. Las dificultades negociaciones se interrumpieron al producirse la reconquista española de Venezuela. Bello quedó en la capital británica como agente de sus compatriotas, aunque desvalido y proscrito. Los triunfos de la campaña de Bolívar en 1813 lo alentaron; los fracasos del año siguiente y el sometimiento del suelo patrio al régimen español abatieron sus

esperanzas. Pensó entonces trasladarse a Buenos Aires, donde la revolución triunfante había cumplido su primer lustro.

El general Manuel Belgrano y don Bernardino Rivadavia se encontraban en Londres, comisionados por el director Posadas para obtener la independencia política o la libertad civil de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Con anterioridad había llegado Manuel de Sarratea, encargado de estudiar las medidas preparatorias; no habiendo podido éste entablar relaciones con el gabinete británico, las había establecido con un personaje vinculado a Carlos IV de España, entonces residente en Roma, o sea el conde de Cabarrús, quien resultó un caballero de industria. El triunfo de Waterloo, ocurrido el 18 de junio de 1815, desbarató ese proyecto lateral. Bello, casado el año anterior, hacía algo más de dos semanas que era padre de un niño. Sarratea le facilitó ayuda temporaria y probablemente le sugirió la idea de dirigirse por nota al director de las Provincias Unidas, coronel Alvarez Thomas, exponiéndole su situación y sus deseos ... Así lo hizo, en los siguientes términos :

Excmo. Señor :

La Junta establecida en la ciudad de Caracas a consecuencia de la revolución en aquella capital el 19 de abril de 1810, resolvió a poco de haberse instalado, enviar una Diputación cerca del Gobierno de su Majestad Británica y yo tuve el honor de ser una de las personas sobre que recayó su elección. Trasladado a Inglaterra permanecí ocupado en este encargo hasta la ocupación de Caracas por las tropas del Gobierno español, en 1812, y la consecuente subyugación de casi todo el territorio de Venezuela. Separado entonces de mi patria y familia por una distancia inmensa, sin esperanza de recibir el menor socorro de aquel desgraciado país, y en la necesidad de

aguardar a que otro orden de cosas me proporcionase los medios de regresar a él, recurrí al único arbitrio que me quedaba para subsistir, que era emplear mi industria personal. Cerca de tres años ha que he vivido de esta manera, lisonjeándome de que una mutación que no parecía distante, me hiciese posible el volver a América, o el recibir a lo menos los medios de prolongar mi residencia. Pero aunque en efecto se logró recobrar por los patriotas la posesión de Caracas y de una parte considerable de Venezuela, la atención del Gobierno, rodeado de gravísimas e incesantes urgencias, la naturaleza misma del Gobierno, su vaga e incierta residencia, y la absoluta destrucción de la agricultura y comercio en Venezuela, de que ha dimanado la ruina de innumerables familias, ha frustrado hasta el día mis esperanzas de recibir auxilios del Gobierno o de mi casa, y condenándome a vivir entre incomodidades y privaciones, que sólo la perspectiva de poder algún día terminarlas, me hubiera hecho en alguna manera soportables.

Mucho a la verdad ha contribuido por algún tiempo a su alivio, el Diputado de esas Provincias don Manuel de Sarratea, quien instruido de la situación en que me hallaba, me manifestó (lo que habíamos sabido ya por otros conductos) que las intenciones del Gobierno de Buenos Aires, luego que llegó a su noticia la ocupación de Caracas, habían sido enviar algunos socorros a don Luis López Méndez y a mí: y que creía corresponder a sus deseos anticipándose a favorecerme, y haciéndome a nombre del expresado Gobierno la asignación de 150 libras esterlinas al año, la cual empezó a correr en 1° de junio de 1814.

Pero no habiéndole sido posible continuarla, según me ha manifestado a la expiración del año de ella, me he visto otra vez amenazado de sufrir una absoluta indigencia, y en la necesidad de hacer frente a mis empeños con el producto de mis tareas, siempre precario, y en las actuales circunstancias escasísimo.

Con aquel auxilio, y con lo que produjese mi diaria aplicación, contaba permanecer en Inglaterra el limitado tiempo que me parecía necesario para saber de mi familia y concertar los medios de mi reunión a ella : pero las noticias que poco después se recibieron en Londres de la nueva ocupación de Caracas por las tropas del Rey, dieron otra vez a los negocios de aquellas Provincias un aspecto que me obligaba a renunciar toda esperanza de comunicar con ellas durante algún tiempo ; al paso que la suspensión de la anualidad que tan generosamente me había asignado don Manuel de Sarratea no me dejaba medio alguno ni de permanecer aquí, ni de trasladarme a otra parte.

Creo pues que los embarazos que me rodean, el estado presente de mi país nativo, la identidad de la causa que se defendía en él y en la parte de América que V. E. manda, los vínculos de fraternidad que unen a los habitantes de ambas regiones y el hallarme ya aquí en consecuencia de un encargo importante, relativo a aquella misma causa, me autorizan de alguna manera a volver los ojos a las Provincias que se mantienen todavía libres, y a suplicar a V. E. que en consideración a lo expuesto, tenga la bondad de disponer se me proporcionen los socorros necesarios para mi embarque y traslación a ese país, en inteligencia de que si, para cuando espero recibir contestación de V. E. ha variado el estado de cosas en Caracas, lo manifestaré así a la persona de quien haya de recibir los fondos (caso que V. S. se sirva conceder una acogida favorable a esta súplica) ; a fin de que si me fuere necesario dirigirme a otro punto que Buenos Aires, se dé a los expresados fondos el destino más conforme a las intenciones de ese Gobierno.

De V. E. depende la terminación de un destierro, doblemente penoso para mis sentimientos, por impedirme contribuir con mis débiles fuerzas al servicio de la Patria. Díguese V. E. poner fin a las angustias y estrecheces en

que he vivido durante tres años, y concederme la satisfacción de certificarle en persona mi gratitud y profundo respeto.

Dios guarde a V. E. muchos años.

Londres, 3 de agosto de 1815 ¹.

Tres meses después, el 15 de noviembre, día en que Belgrano, de regreso a Buenos Aires, y Rivadavia, que perma-

¹ Esta nota y la que le sigue fueron publicadas por primera vez en la *Revista del Río de la Plata* (tomo XII, n° 48, pp. 462-468, Buenos Aires, 1876), precedidas por esta explicación :

« El señor don Félix Frías ha encontrado en el archivo de la Provincia de Buenos Aires los documentos que damos a continuación, y que ciertamente serán leídos con placer por los aficionados a reunir datos biográficos de los hombres que fueron notables en la famosa época de la Revolución Sud-Americana. Los que ahora suministramos referentes al señor don Andrés Bello, habían permanecido ignorados hasta el presente, y debemos creer que los hubiera también olvidado este mismo personaje beneficiado entonces por el gobierno argentino como ilustre compañero y mártir de la causa de la Independencia. Nos induce a pensarlo así la circunstancia de que los señores Amunátegui y algunos otros discípulos en Chile del señor Bello, hayan pasado en silencio este episodio, siendo así que formaron y publicaron la biografía del ilustre venezolano tomándola en extensas y prolifas conversaciones que al efecto tuvieron con él, sin haber conocido (no es de suponer que lo hubiese callado) el hecho de haber cabido a un diplomático argentino la fortuna de sacar al señor Bello, durante un año al menos, de las aflicciones a que se se veía reducido en Londres por la aciaga suerte que en aquellos momentos pesaba sobre su gloriosa patria. Hoy, según la carta que publicamos, podrá asociarse el nombre de don Miguel Sarratea, a los de los señores Pintos, Yrisarri y Hamilton, favorecedores de aquél según los biógrafos mencionados más arriba.

A la fecha de la comunicación oficial era Director interino el señor Álvarez Thomas, y era su ministro de gobierno el doctor don Gregorio Tagle ; pero podemos sospechar que cuando el señor Bello se dirigía al gobierno argentino, debía suponer que lo estuviera ejerciendo el general Alvear, cuya política y propósitos representaba en Europa la Comisión de los señores Belgrano, Rivadavia y Sarratea ».

necería en Europa, se separaban para no verse más, el ministro de Gobierno del Directorio, doctor Gregorio García de Tagle, dio respuesta a la nota del proscrito venezolano, en esta forma :

Ayer recibió el Supremo Director de estas Provincias del Río de la Plata una comunicación de V. fecha 3 de agosto próximo pasado, en que manifestado la triste situación a que ha quedado reducido por las desgracias que ha sufrido el país de su origen, concluye implorando a S. E. los auxilios necesarios para transportarse a estas Provincias donde le será satisfactorio poner en ejercicio sus luces y sentimientos patrióticos. En su consecuencia me ha ordenado contestar a V. como lo verifico, que con esta misma fecha previene al señor don Manuel de Sarra-tea, Diputado de esta Corte en ese Reino, que le proporcione a V. dichos auxilios para su transporte a estos Países donde hallará V. la hospitalidad digna de los distinguidos servicios que ha prestado V. a la más justas de las causas, y que hacen más recomendables los padecimientos de nuestros desgraciados hermanos de Caracas. Con esta ocasión aprovecho la de ofrecer a V. las consideraciones de aprecio y sincera estimación que tendría el placer de acreditar a V. en persona, verificado el caso de trasladarse a estas regiones.

Dios guarde a V.

Buenos Aires, noviembre 15 de 1815.

Señor Don Andrés Bello, Diputado de Caracas.

Bello no era conocido en aquellos días, fuera de su país, sino por los servicios prestados a la causa revolucionaria, y son éstos los que menciona con tan noble solidaridad americana la respuesta argentina. El ofrecimiento de oportunos medios de subsistencia y el hogar constituido lo retuvieron ; luego

la secretaría de la legación de Chile y más tarde el mismo cargo en la de Colombia, prolongaron su residencia londinense hasta 1829.

De haberse trasladado a Buenos Aires en 1816, ¿qué cambios hubieran podido acontecer en el destino intelectual del emigrado y del país hospitalario? Aunque ociosa, la interrogación tiene firme apoyo conjetural. El humanista y el poeta, ya revelados en Caracas, habrían hallado en la ciudad del Plata un ambiente propicio que no pudo ofrecerle Santiago trece años después. Los ex alumnos del colegio de San Carlos o de Montserrat que cultivaban entonces las letras, tenían una formación clasicista y constituían una especie de magistratura poética, reconocida por el Estado. La poesía, ausente de la vida espiritual chilena cuando Bello inició su siembra en ella, ya era entre nosotros un instrumento al servicio de los ideales de Mayo. No puede dudarse que el poeta venezolano hubiera unido su voz a la de nuestra pléyade oficialmente encargada de exaltar las instituciones nacientes y los triunfos guerreros: Vicente López, Cayetano Rodríguez, Juan Ramón Rojas, Esteban de Luca, Juan Crisóstomo Lafinur, Juan Cruz Varela, José Agustín Molina... ¡El profesor juvenil de Bolívar cantando la epopeya sanmartiniana desde suelo argentino! Y durante el ministerio y la presidencia de Rivadavia, ¿cómo no imaginarlo mentor en el periodismo culto, maestro en la cátedra universitaria? Pero su mente poderosa necesitaba aún la proximidad de las fuentes que Londres ofrecía a sus ansias de saber, así como convenía a la difusión americana de su obra aquel centro entonces privilegiado. Las ricas bibliotecas, el Museo Británico, al que concurría asiduamente, y el trato de doctos y eruditos como James Mill, lord Holland y los emigrados españo-

les Bartolomé J. Gallardo y José María Blanco White — ninguno más generoso que éste en su amistad —, compensaron efectivamente las estrecheces materiales que debió afrontar; y aun de los trabajos forzados que le ayudaban a vivir — descifrar los garrapateados manuscritos del filósofo Jeremías Bentham o corregir una traducción española de la Vulgata — obtuvo su cultura beneficios incalculables.

Que hubiera podido publicar en Buenos Aires una revista como *La Abeja Argentina* e insertar en sus páginas la « Alocución a la poesía » o la « Silva a la agricultura de la zona tórrida », y estudios lingüísticos, o de crítica literaria, o sobre educación, que vieron la luz en Londres, tampoco es dudable. Pero sus dos revistas londinenses, empresas desinteresadas que fundó con el colombiano Juan García del Río, la *Biblioteca Americana* (1823) y el *Repertorio Americano* (1826), en cuyas entregas hizo conocer aquellas composiciones poéticas, las « Indicaciones sobre la conveniencia de simplificar i uniformar la ortografía en América » (en colaboración con García del Río) y el notable y revelador artículo titulado « Uso antiguo de la rima asonante en la poesía latina de la Edad Media i en la francesa, i observaciones sobre su uso moderno », sin contar los juicios y traducciones de artículos científicos, dieron a su nombre resonancia americana, y también europea, y ampliaron los vínculos del autor con eminentes letrados e investigadores. En Londres inició, asimismo, el análisis restaurativo del *Poema del Cid* sobre el texto imperfecto de Sánchez (1779), obra paciente y sagaz que continuó en Chile, durante años, sin llegar a verla publicada, y penetró en el estudio de la literatura caballescaca, iluminando cuestiones atinentes a la Crónica de Turpin y traduciendo en verso catorce cantos del *Orlando inna-*

morato. Ya estaba formado el sabio humanista cuando los premios económicos volvieron a presionar su ánimo. Decepcionado en sus gestiones para volver al suelo patrio, recordó su antiguo propósito de trasladarse a Buenos Aires...

Corría el año 1827. A fines de junio renunció Rivadavia la presidencia de la República, y aunque le sucedió provisoriamente don Vicente López, la presuntuosa Atenas del Plata entró en las sombras crepusculares mientras la guerra civil estallaba en las provincias del interior. Los hombres de ciencia y de letras se encontraban desamparados. Uno de ellos, el escritor andaluz José Joaquín de Mora, desterrado en Londres antes de venir a Buenos Aires, había recibido el elogio de Bello en una gacetilla del *Repertorio Americano*. El presidente de Chile, general Francisco Antonio Pinto, que, como diría aquél, « pretendía seguir los pasos de don Bernardino » en la educación del país, invitó a Mora y a don Pedro de Ángelis, su compañero en el periodismo y en la dirección de un colegio porteños, a trasladarse a Santiago « con el mismo sueldo de dos mil pesos anuales que, según noticias, disfrutaban en Buenos Aires en tiempo de Rivadavia ». Mora cruzó la cordillera en diciembre; Ángelis se quedó en la ciudad para convertirse, años después, en el foliculario de Rosas.

Mientras el cónsul de Chile en Buenos Aires, don Miguel Riesco y Puente, trataba con los dos nombrados en representación del presidente Pinto, el plenipotenciario chileno don Miguel de Egaña se había dirigido por nota, desde París, al ministro de Relaciones Exteriores del gabinete santiaguino, proponiendo para el cargo vacante de oficial mayor de su ministerio a don Andrés Bello. « Educación escogida — aducía el proponente —, profundos conocimientos en

literatura, posesión completa de las lenguas principales, antiguas y modernas, práctica en la diplomacia, y un buen carácter, a que da bastante realce la modestia, le constituyen, no sólo capaz de desempeñar muy satisfactoriamente el cargo de oficial mayor, sino que su mérito justificaría la preferencia que le diese el gobierno respecto de otros que solicitasen igual destino ». El cónsul chileno en Londres comunicó al humanista venezolano la respuesta favorable de su gobierno, el 6 de mayo de 1828. Sin embargo, el interesado no se decidió inmediatamente. ¿Tuvo, durante un año de vacilaciones, conocimientos de los hechos que ocurrían en nuestro país: la revolución del 1º de diciembre, el fusilamiento de Dorrego, la convulsión de las provincias?

Don Andrés Bello desembarcó en Valparaíso a fines de junio de 1829. De haberse decidido por nuestro suelo, no habría prolongado, de seguro, la permanencia. Chile hubiera sido igualmente su tierra prometida. Y allí lo encontraron, en la década del 40, los ilustres emigrados argentinos que amparó Chile durante la tiranía.

RAFAEL ALBERTO ARRIETA.



DON ANDRÉS BELLO

« No hay semilla más fecunda de errores que la costumbre de pagarnos de palabras y definiciones que no entendemos », afirma Bello (III, 530). Al niño « debe acostumbrársele desde temprano a luchar con las dificultades ». « La claridad, prenda la más esencial del lenguaje, y, por una fatalidad del castellano, la más descuidada de todas las épocas de su literatura (IX, 204) ». El hábito de pensar, escribe, unido a la necesidad de hacer uso de lo que se piensa, conducen a perfeccionar el arte y dar fuerza a la palabra » (IX, 218). En cualquier página de Bello, está la actividad mental de su obra reflexiva; como una preparación de esa obra, de una *Filosofía del Entendimiento*, Bello tratará de abarcar en su actualidad todas las ciencias, someterá a su análisis la afirmación de sus maestros, sin ninguna parcialidad de juicio en el método y el razonamiento; está en el largo período de la filosofía moderna y él interviene para difundirla y ensancharla con la reflexión y un saber de continua actualidad, saber pensado y experimentado. Ya formado en Caracas, en su permanencia en Inglaterra, de intenso estudio, la escuela escocesa lo alentará probablemente, a mantenerse en la independencia mental, en el conocimiento empírico de las sensaciones y las cosas. No sé hasta dónde ahondó las matemáticas, instru-

mento indispensable de su razonamiento; admirador de la física de Newton, extenderá continuamente sus lecturas científicas, en Londres o en Chile en una universalidad relacionada e indispensable, que se combate en la diversidad y sus fluctuaciones y se compensa en su dominio. Nada plenamente inteligible hubiera escrito si no hubiese examinado y perfeccionado el indispensable instrumento idiomático, un lenguaje de significación confrontada; corrector de impropiedades de la lengua en los autores de su época, aunque esté « muy lejos de mirar como modelos de perfección », los autores españoles clásicos, les reconoce superioridad sobre los contemporáneos y los recomienda, junto con los mejores modernos, como lectura diaria e indispensable; transforma el consejo de Horacio a los Pisones, *Vos exemplaria graeca*, escribiendo *Patraie exemplaria linguae* (VI, 225).

Bello, estaba en la historia y la actualidad del conocimiento, y por tanto en su expresión en nuestra lengua, opuesto al vulgarismo regional que lo entorpece y desfigura. No es dogmático; cree justamente que han sido fructuosos « hasta los extravíos de aventuradas conjeturas y débiles analogías, abriendo nuevos campos a la exploración del entendimiento ». Podemos « remontarnos a la historia de los animales y a la historia del globo »; podemos « leer en el gran libro de la naturaleza los atributos de la inteligencia creadora y asociarnos en cierto modo a sus planes » (III, 504). Ya había citado a Cuvier seguramente desde el *Discurso sobre las revoluciones del globo* (1812) a las *Lecciones de anatomía comparada* (1832). La ciencia viva, en los descubrimientos sucesivos de su época no se niega a Bello; el filósofo debe mantenerse estudioso y despierto, no en una, en todas las

ciencias: « La vocación exclusiva de una ciencia, escribe, suele también hacernos menos aptos para raciocinar acertadamente sobre los objetos no comprendidos en ella (III, 528).

La modernidad activa de don Andrés Bello y de su época, le exige una revisión del idioma castellano, una ciencia comparativa de la lengua en general y de nuestro idioma. La filosofía de Bello empezó con la necesidad de la preparación y revisión de los elementos expresivos, ingente labor preliminar en cada uno de sus trayectos. La indagación de Belló en el idioma, para crear, a americanos y españoles, una común base lingüística, no lo aparta de la ley del uso de las personas cultas, que aunque sustentado en el siglo XVI en España, y por la Academia Francesa en su fundación, requería un examen según el medio y los hablantes. Un historiador de la Academia Francesa, Hanoüaux, escribió recientemente: « Mejorar el lenguaje no es un fin, es un medio; si se debe aprender a hablar bien y a escribir bien, es para estar en mejores condiciones de pensar bien y expresar bien su pensamiento », Bello no es purista, según confiesa, no podía serlo, está en la universalidad del conocimiento, no es purista, no estima tampoco los arcaísmos que empezaban a ser una moda y un recurso estilístico; quiere la expresión clara y precisa; insigne latinista, conoce en toda su extensión nuestro idioma que va a ser estudiado por él con criterio de sabio, y como filólogo en la comparación de las significaciones en las lenguas europeas trabajadas por el pensamiento filosófico. Los grandes filósofos griegos, creadores de este vocabulario de significaciones, precisas y científicas, no tuvieron lenguas comparativas, pero sí a los presocráticos, cuya próxima expre-

sión filosófica, mitológica, simbólica o aproximativa, había que discutir y fijar en una significación, al entenderse, definitiva. La gramática aparece como una disciplina indispensable; colaboró con los períodos ilustres desde Renacimiento; don Andrés Bello está en el humanismo y en la modernidad de los métodos, en su reflexivo trabajo pensante. Su gramática, es una obra filosófica en donde se introduce el análisis técnico, el entendimiento. La llama *Gramática de la lengua castellana*; no la reduce al agregarle: *destinada al uso de los americanos*; esta advertencia es la miel de los bordes del vaso, puesto que dice en el admirable prólogo: « Juzgo importante la conservación de la lengua de nuestros padres en su posible pureza, como un medio providencial de comunicación y un vínculo de fraternidad entre las varias naciones de origen español derramadas sobre los dos continentes. Pero no es un purismo supersticioso el que me atrevo a recomendarles ». Y agrega: « El adelantamiento prodigioso de todas las ciencias y las artes, la difusión de la cultura intelectual y las revoluciones políticas piden cada día nuevos signos para expresar ideas nuevas, y la introducción de vocablos flamantes, tomados de las lenguas antiguas y extranjeras ha dejado ya de ofendernos, cuando no es manifiestamente innecesaria » (IV, 11).

El artículo de Bello, de 1841, que transcribe Miguel Luis Amunátegui en las *Obras Completas* (ed. de Chile, XI, VI) es un perdurable manifiesto, un valeroso prolegómeno a la indispensable obra educativa de América: « La independencia que hemos adquirido, nos ha puesto en contacto inmediato con las naciones más adelantadas y cultas; naciones ricas en conocimientos, de que podemos participar con sólo quererlo. Todos los pueblos que han figurado antes que

nosotros en la escena del mundo, han trabajado para nosotros ». Trabajaron para nosotros ; por tanto la investigación del sabio y del filósofo, debe entenderlos, abarcarlos y continuarlos. No debe ser necesariamente una costumbre vacía la que rige el lenguaje ; « el hábito de pensar, unido a la necesidad de hacer uso de lo que se piensa, conducen a perfeccionar el arte de dar fuerza a la palabra » (IX, 218). La obra filosófica de Bello, empieza por sus fundamentos, el rigor expresivo de lo que clara y distintamente se piensa ; es la introducción, en sus obras gramaticales, de la *Filosofía del Entendimiento*. Casi no habrá filósofo y sabio moderno que no estén analizados, discutidos y apreciados en esta obra magna, de inmensa lectura necesaria, y ya sea de la polémica de Clarke y Leibniz, que habría que seguirla en la mente de Bello en sus diversas ramificaciones que implica la física de Newton y el juicio de partidarios y adversarios ; los ensayos de Locke y Berkeley hasta Cousin y la investigación contemporánea de filosofía y de ciencia. Bello, tendría ya el plan o el proyecto de esta obra filosófica desde sus primeros años de Inglaterra (III, 578) : la observación de sí mismo entra ampliamente en su juicio empírico, en donde la percepción del mundo interior y exterior se traducen con una intuición poética propia de la naturaleza de las cosas ; su filosofía del entendimiento de riguroso análisis, trae también la simpatía poética : « El entendimiento comprende todas las facultades que sirven al alma para la investigación de la verdad ; y en este significado, la sensibilidad misma pertenece a la inteligencia » (III, 635).

En la meditación de Bello se analiza su pensamiento, se abarca la identidad del alma humana y por analogía la de los animales, que tienen, como el hombre, alma (III, 220).

« El que se alucine como Descartes hasta el punto de sostener que los animales son máquinas destituidas de sensibilidad, debería borrar la analogía del catálogo de los medios que sirven al hombre en la exploración de la verdad » (III, 486). La *Filosofía del entendimiento*, obra de cierto parecido con los ensayos de Séneca y de Montaigne, guarda algún hermetismo, trasluce los sentimientos y a veces los oculta, en que como en los autores antiguos, según escribe, « las afecciones del alma se enlazan de un modo tan íntimo con los accidentes del lenguaje » (VIII, 477). « Con el renacimiento de las letras griegas y latinas se vio rayar otra era. La filosofía sacudió las cadenas que habían agobiado hasta entonces a la razón humana ; y desapareció de las ciencias la mugre del escolasticismo. Cundió con aquella literatura resucitada el amor de la libertad, cuyas inspiraciones son tan enérgicas en las producciones de la elocuencia antigua ». Por eso trata de alejar de nosotros, americanos, con los estudios clásicos « ese espíritu de vandalismo literario que corta el vuelo a las más nobles aspiraciones del ingenio ; que, halagando a la pereza, quiere perpetuar la barbarie » (VIII, 491).

La filosofía de Bello abarca la totalidad de su obra ; en cada una de sus palabras está su noble inteligencia depurada que no depende de un lugar o de otro, de un tiempo o de otro tiempo, testimonio de la perduración y acrecentamiento de la inteligencia en quienes no la niegan o la falsean. Bello dedicó su vida a estudiar y a escribir, a analizar, a entender, a dotarnos de un delicado instrumento idiomático para hacer posible la expresión del difícil saber que para entender buscamos desde las relaciones del alma con el universo sensible y elevarla sobre ese universo « hasta la esfera de las verdades eternas, a que la experiencia no alcanza » (III, 160).

En su delicada labor de sabio a la que consagra su existencia de responsabilidad austera, don Andrés Bello, en la diversidad de dos siglos anteriores de combatidos cambios filosóficos y de descubrimientos científicos, abarca, analiza y relaciona por necesidad del entendimiento, al que investiga en la busca de la verdad juntamente con los maestros que le precedieron o fueron sus contemporáneos. Sería necesario para dar una más cabal imagen de su inteligencia, leerlo comparativamente y explicarlo, estar con él en la investigación y el raciocinio, en las dificultades de época, de significación, de circunstancia y del examinado idioma; mi intuición de lector, aunque mínima, debe interpretarlo en las alternativas de la diversidad de pensadores y psicólogos anteriores a los que trae a su análisis; « la sensación, escribe, es un fenómeno de que tenemos conciencia, un fenómeno espiritual, y no podemos atribuirlo a la materia, sin derribar la valla que la separa del espíritu »; habrá que estudiarlo desde aun antes de Berkeley; Bello también había citado la opinión de Cuvier en esta controversia que con inagotables indagaciones de materia y espíritu estamos dilucidando continuamente y que el siglo xviii había manifestado con muchos pensadores y biólogos la sensibilidad de la materia y quizá su identificación con el espíritu. Hay una simultaneidad de cuerpo y espíritu en la expresión de las emociones; « aun las emociones etéreas, digámoslo así, escribe, en que el espíritu desprendido de la materia, se eleva a las más altas regiones a que le es permitido remontarse en su mansión terrena, producen modificaciones orgánicas que se manifiestan en el semblante. ¿Quién pronunció jamás el *eureka* sin una bulliciosa conmoción de todo su ser espiritual y orgánico? (III, 679). Es la expresión de emociones y sentimientos

ampliamente estudiada hasta su época. Bello elige la emoción de *eureka*; la había sentido muchas veces en su investigadora existencia. El empirismo señalaba su predilección por las ciencias experimentales; entra con libertad de opinión, en la tradición empírica de filósofos escoceses e ingleses.

En su labor cíclica don Andres Bello está en la convicción de que el saber de todas las ciencias es indispensable; relaciona « las conexiones naturales de los fenómenos ». No siguió como adepto la certidumbre indisciplinada y genial de la renovación científica; discutió el dogmatismo filosófico de escuelas vigentes en sus largos años de reflexión responsable; en la busca de la verdad metafísica investiga y acepta, vacila o rechaza, como él, poliglota, se esforzaba en entender los textos; será conveniente anotarlos y explicarlos, acercarse a su mente, ver cómo él miraba, como él vio « entre la mente de Copérnico », con el copréterito « giraba », « el giro eterno de la tierra » (IV, 181); reunir los documentos de que se servía, por ejemplo, en la experiencia de Arago: « M. Arago observó que colgada una aguja magnética » (III, 518), en lo que este sabio representa con su *Astronomía popular* en la *Cosmografía* de Bello, relacionar esta *Cosmografía* con los últimos capítulos de la *Filosofía del entendimiento* y también la cadena de tratados del entendimiento en la formación del texto de nuestro autor, la paradoja sobre el movimiento de Zenón de Elea y los antecedentes del análisis y refutación de Bello, las citas de Aristóteles, sus lecturas de Cuvier: « ¿ No es singular que Cuvier, el hombre que más ha conversado con la materia dudase de la existencia de ella ? (III, 374).

El lenguaje empezaba a ser objeto de un estudio de rigor documentado y aunque Bello agregue a su Gramática de la lengua castellana un objeto: « para uso de los americanos »,

no le quita su universalidad y ha de entenderse « para buen uso » ; se inicia su profunda obra filológica con el *Análisis ideológico de la conjugación castellana*. Bello, en el Museo Británico, agregó a su saber, la tradición literaria aun inaccesible de Europa, su intuición idiomática y métrica ; en cualquier apunte de sus investigaciones de literatura comparada descubre y orienta. Era Bello en la filología un renovador y un fundador. Por su inteligencia de escritor, preceptista, traductor, ve el trabajo de la forma escrita que aspira a ser demostración rigurosa, en una minuciosa y heroica aproximación al fundamento científico.

En la *Filosofía del entendimiento*, Bello sigue continuamente el método aristotélico, el de refutar para establecer su propia doctrina. Afirmar es fácil, comprobar la afirmación es difícil, obra incesante de la analogía y la experiencia, hasta llegar a una seguridad relativa o confirmada. « Se han condenado con demasiada severidad las hipótesis en una edad en que ellas han conducido a tan portentosos descubrimientos », escribe. En este valor de las hipótesis aun erradas, estaría con la opinión de Claudio Bernard, si es que Bello hubiera llegado a conocer la *Introducción al estudio de la medicina experimental*, 1865 ; « no es extraño que hayan caído también en descrédito las causas finales sobre las cuales había ya pronunciado Bacon su famoso anatema : *Causarum finalium inquisitio steriles est* » . . . En sus últimos años le tocó vivir la polémica darwiniana que él parece ignorar, la época candente del transformismo. « ¿A quién ha podido ocurrírsele que la visión produjo la estructura del ojo ? », escribe (III, 502), por tanto Bello está en el concepto creacionista, no evolucionista, y piensa con Cuvier, que afirma que las especies habían sido creadas tal como las veíamos ;

Bello sigue a Cuvier y con este paleontólogo se opone a Lamarck, a quien no cita, pero la pregunta: « a quién ha podido ocurrírsele », apuntó, a mi ver, al transformismo lamarckiano que el mismo Cuvier ridiculiza; hay una conformidad pensante en Bello con el sabio francés, en la « inteligencia ordenadora », « en la bondad paternal del Autor de la Naturaleza », en la Primera Causa.

Bello aspiró, en su madurez intelectual de Londres, a escribir, y en parte lo hizo, las *Geórgicas* de América; en la *Alocución a la Poesía* (1823), exclama, con intencionadas reminiscencias:

Tiempo vendrá cuando de ti inspirado
algún Marón americano, ¡ oh diosa!,
también las mieses, los rebaños cante,
el rico suelo al hombre avasallado.

En *La agricultura de la Zona Tórrida*, Bello describe la naturaleza tropical y sus frutos, con el elogio de la agricultura a cuyo trabajo regenerador invita; se complace como artífice del verso un tanto emparentado a Góngora, aunque combata a sus imitadores; reprocha Bello a Herosilla en su tradición de la *Iliada* de ser a veces perifrástico sin necesidad (IX, 423), Bello en la *Silva* lo es por necesidad de su arte, en que quizá tiene presente a Pedro Soto de Rojas y no olvida en la vida del campo y sus ventajas morales a Bernardo de Balbuena en la Egloga III del *Siglo de oro de las selvas de Erifile*; su maestro es Virgilio en: *O fortunatus nimium* de la segunda de las *Geórgicas* (458-489); Bello trae aquí una vibración virgiliaua.

Aficionado a la botánica, discípulo de Linneo y traductor de su maestro Humboldt y entregado en esa época del des-

cubrimiento de flora exótica y la bella pintura de las frutas, a las maravillas vegetales, en esta noble Silva, no elude la costumbre generalmente de tradición americana de la quema de los bosques para avasallar la tierra al trabajo agrícola; « el rico suelo al hombre avasallado ». En verdad Bello pinta, los acostumbrados preliminares del trabajo agrícola, la destrucción del bosque; quizá como poeta no debió hacerlo; el poeta está con el árbol, él escribirá después en su *Cosmografía* (XX, 167): « Poco fruto habrá sacado de la contemplación y estudio del cielo, el que se figure que el hombre es el único objeto de que cuida el Creador, y el que no vea en el vasto y prodigioso aparato de que estamos rodeados medios de existencia y conservación para otras muchas razas de vivientes », afirmación que tiene algún paralelismo con los versos de Nerval: *Homme libre, penseur!* » Enemigo de la servidumbre en la valiente *Alocución a la Poesía*, avasalló duramente en la Silva la tierra al hombre:

el hierro suena,
los golpes el lejano
eco redobla; gime el ceibo anciano,
que a numerosa tropa
largo tiempo fatiga;
batido de cien hachas, se estremece,
estalla al fin y rinde el ancha copa.

Y luego el fuego: « Alto torrente — de sonora llama — corre, y sobre las áridas ruinas — de la postrada selva se derrama. — El raudo incendio a gran distancia brama...; — « mas al vulgo bravío — de las tupidas plantas montaraces, — sucede ya el fructífero plantío ».

El poeta describe la realidad, la quema de la selva, costumbre común a toda América y que aún hoy, a pesar de que

la quizá ya irremediable erosión continúa. En los llanos de Venezuela, escribe en 1957, Raymond Fiasson (*L'homme contre l'animal*), « los raros bosquecillos que rompen la monotonía de esas inmensas llanuras, son reducidas, poco a poco, todos los años por los criadores que los queman para plantar allí algunos pies de bananeros o mandioca. La vegetación originaria no podría jamás reconstituirse », agrega. Don Andrés Bello, de tan fina sensibilidad poética y amante de la naturaleza, entró en los episodios de agricultura americana con la quema de las selvas: en nombre de esa misma sensibilidad, lamento no identificarme con él, como lo hago con el arte exquisito del resto de la silva y el conjunto de su obra poética. Y también lo sigo fielmente cuando afirma, en 1848: « La misma libertad que tiene un escritor para dar a luz cuanto le dictan su inteligencia y su conciencia, tiene otro escritor para examinarle y criticarle, según su leal saber y entender ».

La descripción de la tala y la quema de las selvas del nuevo mundo, para iniciar los sembrados, quedó como un tema decorativo de la poesía agrícola, por ejemplo, en Gutiérrez González, en su versificada y pintoresca *Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia* y en José Joaquín Ortiz en su poema *Los colonos*. Lo que interesaba a la filosofía era solamente el hombre y lo es ahora; no las selvas de América, « tan viejas como el mundo », que Chateaubriand evoca. Bello no perdona en la poesía de su tiempo los nombres mitológicos: « Ni aun a fines del siglo XVIII, ha podido escribirse una égloga, sin forzar a los lectores, no a que se trasladen a la edad del paganismo (como es necesario hacerlo, cuando leemos las obras de la antigüedad pagana), sino a que trasladen el paganismo a la suya. Pastores de nuestros

días hablando de las Hamadriades y de la alma Citeres ; »
Reprocha : « La Parca, las ninfas, Dione, el Aqueronte, Clío y las aves de Venus ». « ¿ Qué hace el Olimpo en el bello cuadro de la gloria celestial cristiana ? » se pregunta. Y responde : « la inoportunidad de la perdurable mitología ». Creemos que Bello es aquí más duro que Chateaubriand, reforzado por Boileau, en oposición a la vulgaridad pseudo-clásica, y se advierte la sugestión injusta del *Genio del Cristianismo*.

Latinista y romanista insigne en las letras, la legislación y el derecho ; helenista, sabio en inglés que le correspondió como un segundo idioma, en francés, en italiano, maestro en filología castellana, irradia su erudición en el libro, en la revista y el periódico, en la conversación y en la cátedra, en su obra de legislador, de codificador, de traductor incansable, en la indagación filosófica y en tarea de educador americano que enseña el saber universal, que no nos incomunica ni nos halaga falsamente. « Al oír hablar de la infancia de nuestros pueblos, escribe en 1841, parece que se tratase de una generación que hubiese brotado espontáneamente de la tierra en una isla desierta, rodeada de mares intransitables »... Codificador, entre otras obras de derecho, fue autor del *Proyecto de Código Civil* de Chile ; « don Andrés Bello, escribe Amunátegui Reyes, tendrá siempre la gloria de haber sido el legislador de una república ».

En la extrema pobreza de Bello en Londres, James Mill, dice su biógrafo ; « le empleó para describir los manuscritos de Bentham », al que llamará en 1846, en sus *Apuntes sobre la teoría de los sentimientos morales* de Jouffroy, intérprete de la filosofía escocesa en Francia, « el corifeo de los utilitarios, Jeremías Bentham » ; Bello no dejó la tradición clásica

de utilidad por un ascetismo exagerado ni aceptó la utilidad « envilecida en la acepción vulgar ». « *Útil*, escribe, como nosotros lo entendemos, es todo aquello que sin ser en sí mismo un bien, es un medio de procurarnos bienes, placeres, en el sentido extenso y general que damos a esta palabra. Los que resuelven la bondad moral en la utilidad y sólo llaman útiles las cosas que nos proporcionan goces materiales, establecen un principio funesto a los más altos intereses de la sociedad, y degradan la naturaleza humana » (III, 549). No se apartó nunca de los estudios filosóficos propios y comparados que reconcentran la reflexión de su existencia de continua actividad moral y pensante, ceñida a una necesaria prudencia que en nada le quita la entereza intelectual y afirmativa.

Con el empirismo inglés, « las verdades, dice Bello, de que sólo nos consta por observación y la experiencia (III, 624), puede confrontar el sistema ecléctico de Cousin, al que discute, pero también llama » « el primero de los filósofos de nuestros días » (III, 592). De escuela escocesa, Bello pertenece al entendimiento humano; no sorprende que en alguno de sus artículos diga que en el siglo XVIII francés: « el espíritu filosófico hizo progresos tan rápidos, tan asombrosos, tan decisivos, que quizá no habrá otra época que pueda comparársele » (IX, 746).

El saber de don Andrés Bello, en toda la extensión del conocimiento, un saber indagado, meditado, asegurado, defendido, su precisión expresiva nacen de la valentía mental con que penetra en las dificultades para dominarlas y resolverlas; vuelve a lo escrito, agrega, corrige, depura por obra de la inteligencia enemiga del error y de las pasiones obcecadas. Bello se mantiene en el espíritu liberal de la

revolución emancipadora de América. Su Filosofía del Entendimiento que es un continuo examen filosófico, mantiene su fe en la libertad, odia la tiranía; al déspota incapaz de entender, « embrutecido, nos dice, por la sumisión servil de los que lo rodean » (III, 334). « El fundador del imperio del Cuzco, lisonjeándose de poder forzar los hombres a ser felices, los redujo a la condición de meras máquinas » (XX, 287), dice su traducción de Humboldt como presintiendo un futuro que deseamos que no sea el nuestro. Bello consagró a la formación de este futuro americano de libertad, de ley, de bienestar colectivo, de investigación científica, de noble formación literaria, de perfecta enseñanza, esa soberana comprensión de la continuidad unitiva de la humanidad que él afirma con augustas palabras.

Entre sus innumerables obras publicadas en Chile, escribe las *Advertencias sobre el uso de la lengua castellana dirigidas a los padres de familia, profesores de los colegios y maestros de escuela*. Las naciones de lengua hispana que no han seguido del todo estos consejos de Bello, deben reparar su indisciplina, arrogantemente vinculada a la tradición popular y local, que por ignorancia los desconoce o arbitrariamente los aparta para no someterse, por el estudio, a la unidad culta del idioma que Bello considera como un modo providencial de comunicación de España y América.

ARTURO MARASSO



LA MENCIÓN DEL INDIO

EN LA POESÍA DE LA REVOLUCIÓN

En los poemas narrativos españoles e hispanoamericanos de la época colonial donde se nombra al indio o se lo convierte en personaje, el aborigen americano es denominado, sencillamente, así: *indio*. Muchas veces, es verdad, la alusión se hace algo más cálida o adquiere al menos un tono neutro, con el uso de la expresión *natural* o *gente natural*, exenta del matiz hostil o despectivo implícito con frecuencia en el primero de los términos mencionados. Esto ocurre cuando se describen serena y objetivamente, con curiosidad etnográfica, las costumbres y modos de vida de los indígenas, y también al nombrarse a los *indios amigos* o *gente de paz*, que colaboran en la empresa de la conquista. Otras veces, con vocablos como *caribe*, *bárbaro*, *pagano*, la cita se vuelve adversa y denigrativa, y señala enérgicamente la diferencia entre los dos pueblos enfrentados. Lo advertimos en momentos en que la descripción de los sangrientos combates enardece el espíritu del poeta, o cuando éste trata de justificar las violencias y excesos de aquella empresa.

INDIO

En la poesía argentina del período de la Revolución y de la Independencia el término es menos frecuente, en tanto

que sus connotaciones afectivas resultan más ostensibles.

« El triunfo argentino », el largo poema de Vicente López y Planes que exalta el heroísmo de los porteños en la lucha contra los ingleses, compuesto en 1808, al año siguiente de los hechos que refiere, aunque fue depositado a los pies del rey puede ser incorporado, según autorizadas opiniones, ¹ a la historia de nuestra poesía de la Independencia. En esa composición los indios son llamados *naturales* y las indias *matronas Indas* o *dueñas Indas* ².

¹ Véanse Marcelino Menéndez y Pelayo, *Historia de la poesía hispano-americana*, Madrid, 1913, t. II, pág. 406; y Roberto F. Giusti, « Las letras durante la Revolución y el período de la Independencia », en *Historia de la literatura argentina* dirigida por Rafael Alberto Arrieta, Buenos Aires, 1958, t. I, pág. 287.

² Vicente López y Planes, « El triunfo argentino, poema heroico, en memoria de la gloriosa defensa de la capital de Buenos-Ayres, contra el ejército de 12.000 ingleses, que la atacaron los días 2 a 6 de julio de 1807 », en *La lira argentina*, Buenos Aires, 1824, págs. 483, 484, 485 y 490.

Un año antes había sido publicado el romance « La gloriosa defensa de la ciudad de Buenos-Ayres », de Pantaleón Rivarola. Aunque entre los defensores pertenecientes a castas subalternas, esa composición pondera, sobre todo, la participación de los negros, los indios no fueron olvidados: « No es posible aquí omitir/ para honor de nuestro suelo/ y de nuestro Soberano/ las maravillas que hicieron/ de religión y valor,/ los indios, pardos y negros :/ todos, todos a porfia/ pelean con increíble esfuerzo,/ ya en el cañón, ya en guerrillas,/ y siempre con lucimiento ». (Cf. José Toribio Medina, *Historia y bibliografía de la imprenta en la América Española*, La Plata, 1892, págs. 245-246). Sin embargo, en un pasaje anterior del mismo romance la mención de los miembros de aquellos grupos étnicos tenía un sentido peyorativo: « Si los bárbaros del Norte,/ o los más feroces negros ;/ si los turcos o los moros,/ si los indios más sangrientos ;/ al fin, si los hotentotes/ más salvajes y más fieros/ así cometido hubiesen/ atentados tan horrendos,/ delitos tan execrables,/ y tan criminales hechos,/ nada habría que admirar/ de naciones tan incultas,/ de tan ignorantes pueblos ». (Cf. José Toribio Medina, *obra citada*, pág. 238).

Ya en el período de la Independencia, encontramos por primera vez la voz en un canto titulado, precisamente, « El juramento de la Independencia », aparecido en setiembre de 1816 en *El Censor* :

Aquella Iberia que con cetro de oro
 El orbe todo sujetó algún día,
 Hollando con bravura y osadía
 Al Indio, al Franco, al Moro :
 Aquella que la Historia representa
 Denodada y sangrienta,
 Su orgullo ha visto y su blasón domado,
 Por haber sus virtudes enervado ¹.

Recordemos, también, que pocos años atrás había aparecido, con la firma de Fray N. Zambrana, una composición titulada « La Cruz de Corrientes », de contenido religioso, españolista y antiindígena; en ella los españoles son exaltados como « nuestros padres valientes »; los indios forman el « Ejército infiel » y se los menciona así: « La leña ardió presurosa/ y cuanto más la aumentaban/ a la Santa Cruz miraban/ más reluciente y hermosa :/ pero el Indio irracional/ ni así aplacó su rencor ». (Cf. *El Telégrafo Mercantil*, N° 11, 14 de marzo de 1802). El dato, visto en perspectiva, tal vez no aparezca desprovisto de alguna significación. A través de las diversas citas efectuadas nos parece advertir, a medida que nos vamos acercando a 1810, un cambio gradual y favorable en la actitud hacia el indio.

¹ *El Censor*, N° 56, 19 de setiembre de 1816. La composición, que lleva al pie la firma *Canté*, pertenece al escritor de origen cubano Antonio José Valdés, redactor de aquel periódico desde el 15 de agosto de 1815 — fecha en que apareció — hasta el 7 de octubre de 1817 (Véase Pedro Henríquez Ureña, Dora Guimpel y María Muñoz Guilmart, « La literatura en los periódicos argentinos », *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, año III, N° 2, 1945, págs. 239 y 243). Estanislao S. Zeballos, en su *Cancionero popular*, Buenos Aires, 1905, págs. 187-188, la atribuye equivocadamente al poeta uruguayo Francisco Araucho.

En femenino y como denominación geográfica surgida de una variante del nombre *las Indias*, la encontramos en una silva de Juan Ramón Rojas « A las provincias del interior oprimidas, para que no desmayen

Como puede advertirse, la mención tiene un sentido impersonal, genérico, y no lleva implícita, pese a la intención anti-española de la pieza, ninguna connotación afectiva.

En otro número de *El Censor* de octubre de 1816 apareció, sin nombre de autor, una « Marcha » en la cual la referencia se repite tres veces :

Ha tres siglos que pisó la arena
 Del Indiano el Hispano feroz,
 Pretextando su hipócrita celo
 Por la gloria y el culto de Dios ;
 Pero ingrato a la dulce acogida
 Que del Indio recibió Colón
 Le aprisiona con negra perfidia,
 Y la muerte le da con traición ¹.

en sus esfuerzos, con la marcha del ejército de Buenos Aires a la Banda Oriental, en cuyos triunfos se cifra su absoluta libertad » : « Buscad esos colosos altaneros, / Que vomitando saña / La India domeñan por trescientos años » (Cf. *El Grito del Sud*, N° 3, 28 de julio de 1812) ; y en una composición titulada : « Canción Nacional Guaraní. Marcha » : « A los Incas y nobles inmola / Y de la India su cetro empuñó ». (Cf. *El Censor*, N° 61, 24 de octubre de 1816).

¹ « Canción Nacional Guaraní. Marcha », *El Censor*, N° 61, 24 de octubre de 1816. Apareció por primera vez un mes antes, con el título de « Marcha », en *La Prensa Argentina*, N° 51, 3 de setiembre de 1816. Antonio José Valdés, también editor o redactor de ese periódico, aclara que es la marcha nacional de los independientes de México, « extraída de un testimonio con que el virrey Callejas daba cuenta a su vez en sentencias pronunciadas contra un insurgente », y que fue encontrado entre los papeles de la goleta *Leona*, que tras de zarpar de Veracruz fue apresada al llegar a Cádiz (Véase Pedro Henríquez Ureña, Dora Guimpel y María Muñoz Guilmart, « La literatura en los periódicos argentinos », *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, año III, n° 2, 1945, págs. 253-254). La versión que hemos citado acusa ligeras variantes con respecto a la primera. Así, en ésta, los versos transcritos aparecen de este modo : « Ha tres siglos que pisó la arena / de Amachuac (sic. Es, sin

Algunas estrofas más adelante:

¿ No escucháis en la cárcel inmunda
A los Indios gemir? ¹

En la siguiente se llama a la unión contra los españoles:

¿ Quién ha visto que un tigre a sus hijos
Ni una leona a los suyos mató?
¿ Pero el Indio a sus propios hermanos
Muerte cruel ha de dar? ²

Asimismo, en una composición que en setiembre de 1816, durante los festejos realizados en Buenos Aires con motivo de la declaración de la Independencia, se había escrito en una tarjeta pegada en la puerta de la casa de don Esteban Romero, regidor del Cabildo en 1808 y 1815 y a la sazón alcalde de segundo voto, figuraban estos versos:

¿ No veis en los semblantes la alegría,
Gustoso al indio, y al patricio ufano? ³

duda, un error tipográfico: por *Anahuac*) el hispano feroz, / pretextando su hipócrita zelo / por la gloria y el culto de Dios; / pero ingrato a la dulce acogida / que del gran Motezuma logró / le aprisiona con negra perfidia, / y la muerte le da con traición ». Con el nombre de « Marcha mexicana », y muy modificada, fue recogida en *La lira argentina*, pág. 127.

Señalemos, finalmente, que en los versos primeramente transcritos, y que han originado estas notas, las palabras *Indiano* e *Indio* parecen haber sido utilizadas como sinónimos.

¹ *Ibidem*.

² *Ibidem*.

³ « Acrósticos ». Figuran en un folleto que lleva por título *Día de Buenos-Ayres en la proclamación de la Independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata*. Siguen las iniciales B. M., que corresponderían, según una acotación escrita con lápiz, al nombre del presbítero Bartolomé Muñoz. El folleto, de veinte páginas, incluye otras composi-

En un curioso « Romance Hispano-latino » de autor desconocido, en el cual alternan versos castellanos con otros en latín y en que se describen algunos episodios de la conquista, los indios son nombrados varias veces. Se recuerda primero el asombro que les causaron las vestiduras y armas de los conquistadores :

Triunfaron esos *enviados*
causando en el indio asombro,
cuando ellos *invadunt martem*
clypeis atque aere sonoro ¹.

Luego el terror supersticioso que los estremece :

Viendo el indio al español
como el Chiron fabuloso,
sigue el *corda pavor pulsans*,
hic instat verbere torto ².

ciones poéticas sin nombre de autor, entre ellas el « Cielito de la Independencia », de Bartolomé Hidalgo. Fue impreso por la Imprenta del Sol y está incluido en el volumen *Opúsculos. Literatura Argentina. 1807-1862*, que se encuentra en el archivo de Juan María Gutiérrez, en la Biblioteca del Congreso.

¹ « Romance Hispano-latino. Con motivo de la expedición de más de veintiún mil hombres, que disponía contra los habitantes del Río de la Plata, Fernando, Rey de España, séptimo de este nombre » ; en Ángel Justiniano Carranza, *Composiciones poéticas de la epopeya argentina*, Buenos Aires, 1910, pág. 185. Refiriéndose a esta compilación, Martiniano Leguizamón expresa : « *La Epopeya Americana. 1810-1825*. Coordinada y anotada por A. J. C. Buenos Aires, MDCCCXCV. Sólo se publicaron 320 páginas de gran formato. En 1910, con motivo del centenario de la revolución, un editor poco escrupuloso puso en circulación la obra trunca del doctor Carranza, substituyendo la portada que él ideó por la siguiente : « *Composiciones poéticas de la epopeya argentina* », Buenos Aires, 1910. El autor había muerto en 1899, y los editores no tuvieron reparo en despojarlo del fruto de su benedictina y meritoria labor ». (*El primer poeta criollo del Río de la Plata*, Buenos Aires, 1917, pág. 13).

² *Ibidem*.

Finalmente, son comparados con las aves que en bandadas se refugian en la selva :

Eran indios en los bosques
refugiados de estos lobos,
de tarde *quam multa in sylvis*
avium se millia condunt ¹.

En Bartolomé Hidalgo, el más personal y popular entre los poetas de la época, la mención del indio tiene un relieve, una emoción y un significado peculiarísimos. Quizás ello obedezca, en gran parte, a la humilde cuna del cantor, que tan definitivamente selló el estilo y el contenido de su obra. Quizás haya, también, razones más profundas y vitales todavía, como podrían ser las vinculadas con lo que entonces se llamaba « pureza de sangre » ².

¹ *Ibidem*, pág. 186.

² No se conoce ningún retrato del poeta. Hay, sin embargo, ciertas referencias que parecen descubrir algunos de sus rasgos físicos. Fray Francisco Castañeda, en su periódico *La matrona comentadora*, n° 7, febrero de 1821, replica acremente a varios pasajes del « Diálogo patriótico interesante, entre Jacinto Chano, capataz de una estancia en las islas del Tordillo, y el gaucho de la Guardia del Monte », y ataca con violencia a su autor : « Ud. se empeña en buscar las causas de nuestros males, pero la que nos manifiesta está tan lejos de ser la verdadera, como lo está ud. de *ser igual conmigo* (*sic*, incluso el subrayado). Y más adelante, luego de citar estos versos del *Diálogo* : « La ley es una no más, / Y ella da su protección / A todo el que la respeta », agrega : « Tenemos largas noticias de que el *obsuro montevideano* es bastante tentado de eso que se llama la *igualdad* ; y también las poseemos sobre el *motivo* que tiene para desear que todos seamos iguales : pero el *motivo* queda entre nosotros. Lo que sí diremos es que como hay algunos impedimentos físicos, y también morales que le prohíben insistir en que seamos como él *en clase* y figura, ocurre a la igualdad con que la ley debe mirarnos a todos : y pardiez que en esta parte tiene tanta razón como la han tenido Tito Libio, Aristóteles, Turgot, y los demás que han repe-

En uno de los *cielitos* que se le atribuyen, aparecido en abril de 1818, el dedicado al triunfo de Maipú, hallamos estos versos que revelan hasta qué punto la mención es en él fraternal y afectuosa :

Pero ! bien *ayga* los indios !
 Ni por el diablo aflojaron,
 Mueran todos los gallegos,
 Viva la Patria, gritaron ¹.

Porque aquí los « indios » no son otros que los soldados patriotas : la palabra ha perdido su significación étnica primigenia para convertirse en una expresión cálida y ponderativa, de modo semejante a lo que ocurriría, por ejemplo, con el término *gaucho*.

Casi dos años después, en los últimos días de 1819, Hidalgo escribe otro *cielito* : aquel que satiriza la misión diplomática enviada a Buenos Aires por Fernando VII para negociar la paz con las provincias del antiguo virreinato. En él se burla de las proposiciones y promesas del rey y refirma la resolución de seguir luchando por la independencia :

Cielito, cielo que sí,
 Guárdense su chocolate,

tido lo mismo : pero contrayéndonos a nuestro caso, el *obscuro montevideano* debe aprender lo que enseña un republicano perfecto, que no puede ser durable la libertad y la igualdad, si las leyes no son estables, ó también si estas leyes dejan de observarse ».

¹ Bartolomé Hidalgo, « Cielito patriótico que compuso un gaucho para cantar la acción de Maipú », en Martiniano Leguizamón, *El primer poeta criollo del Río de la Plata*, Buenos Aires, 1917, pág. 53 (separata de la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, T. XXXV, 1917).

Aquí somos puros Indios
Y sólo tomamos mate ¹.

El vocablo, que surge otra vez henchido de una fuerte sobrecarga valorativa, expresa un cálido sentimiento de solidaridad e identificación con el indígena. La actitud se prolonga en versos irónicos e intencionados en los cuales el indio, aun sin ser mencionado, deja sentir su presencia :

Cielito, digo que no,
Cielito, digo que sí,
Reciba, mi D. Fernando,
Memorias de Potosí ².

E inmediatamente, en tono severo de acusación :

Ya se acabaron los tiempos
En que seres racionales
Adentro de aquellas minas
Morían como animales ³.

En seguida, reaparece la identificación afectiva, pues el poeta vuelve a hablar como si él mismo fuera un indio :

Cielo, los reyes de España
La puta que eran traviesos !
Nos cristianaban al grito
Y nos robaban los pesos ⁴.

¹ Bartolomé Hidalgo, « Un gaucho de la Guardia del Monte contesta al manifiesto de Fernando VII, y saluda al conde de Casa-Flores con el siguiente cielito, escrito en su idioma », en *La lira argentina*, pág. 253.

² *Ibidem*, pág. 254.

³ *Ibidem*.

⁴ *Ibidem*.

En otro *cielito* en que festeja el triunfo de San Martín sobre las fuerzas de O'Reilly, en el Perú, Hidalgo reitera la cita con el mismo acento afectuoso, aludiendo de nuevo, como en el *Cielito de Maipú*, a los soldados patriotas :

En Pasco, O'Reilly y los suyos
Las avenidas cubrieron,
Pero los indios *amargos*
Bajo el humo se metieron ¹.

Posteriormente, en 1822, hallamos el vocablo en la composición de Juan Cruz Varela « Profecía a la grandeza de Buenos Aires ». La actitud es diametralmente opuesta a la de Hidalgo. En la mención hay ahora hostilidad y desprecio :

El Indio rudo, que rencor eterno
Heredó de sus padres, su venganza
Entonces depondrá ²

Se habían librado ya las principales batallas por la independencia, en las que intervinieron, aquí a favor, allá en contra, algunos contingentes indígenas. No se dudaba entonces de que San Martín y Bolívar, en el Alto Perú, darían feliz término a la contienda. En la provincia de Buenos Aires los malones atacaban estancias y poblados y a veces llegaban, en sus incursiones, hasta las cercanías de la ciudad porteña.

En la composición nombrada en último término, sin

¹ « Cielito patriótico del gaucho Ramón Contreras, compuesto en honor del ejército libertador del Alto Perú », en Martiniano Leguizamón, *obra citada*, pág. 70.

² Juan Cruz Varela, « Profecía de la grandeza de Buenos Aires », *El Centinela*, N° 22, 22 de diciembre de 1822.

embargo, el odio hacia el indio no hace sino asomar. Donde estalla con verdadero furor es en el canto compuesto por el mismo poeta en honor del coronel Federico Rauch, en 1827, tres años después de haber terminado la lucha por la independencia¹. A partir del título mismo del canto, el vocablo se repite en epítetos denigrativos:

El indio rudo, habitador del yermo²

El brutal indio, rudamente armado
Del fuego, de la flecha, y de la lanza³

Agil muy más que el indio, y atrevido
Como feroz aquél, pisa el soldado
El terreno hasta entonces oprimido
Sólo de planta bárbara, y surcado
Por la reja jamás⁴.

Tales expresiones alternan con otras como éstas: « El bárbaro indomable », « el salvaje feroz », « los salvajes », « la caterva fiera », « salvaje inmundo », « bárbaro atroz », « feroz salvaje », « la turba impía », « bárbaro », « salvajes inhumanos », « raza carnífera », « tigres feroces »⁵.

INDIANO

Un término emparentado con *indio*, *indiano*, está siempre presente en la poesía de la Revolución. Su uso constante y

¹ El período que estudiamos se cierra también en 1827, fecha en que aparece la segunda recopilación de los cantos inspirados por la gesta emancipadora: la *Colección de poesías patrióticas*.

² Juan Cruz Varela: « En el regreso de la expedición contra los indios bárbaros, mandada por el coronel D. Federico Rauch », en *Poesías*, Buenos Aires, 1879, pág. 244.

³ *Ibidem*.

⁴ *Ibidem*, pág. 246.

⁵ *Ibidem*, *passim*.

repetido lo convierten en la palabra de orden en las composiciones poéticas de la época.

Indiano designaba, en España, en su acepción más general y popular, a la persona que, tras permanecer en las Indias, había regresado de allí enriquecida ¹. Como entre los que partieron hacia América hubo muchos facinerosos y gente de baja ralea, y como la riqueza de los indianos había sido obtenida casi siempre en actividades comerciales, consideradas entonces innobles, el término llevaba una sobrecarga desfavorable y despectiva ². En la poesía argentina del período de la Revolución y de la Independencia tiene un sentido y una resonancia distintos: significa ya *indio*, ya *americano* en general, y siempre conlleva un tono laudatorio.

En la primera acepción la encontramos pocas veces:

Alza la erguida frente
Sobre un trono con sangre salpicado
Mil y mil veces de la indiana gente ³

Las tribus Indianas
acuden todas, que el alarma oyeron,
y el yugo sacudiendo, que inhumanas
las leyes de conquista le impusieron,
siguen al hijo fuerte de Oropesa ⁴

¹ Véase Marcos Morínigo, *América en el teatro de Lope de Vega*, Buenos Aires, 1945, pág. 153. Morínigo demuestra que « Indianos son también los nacidos en Indias, los criollos », y, asimismo, « los hijos de los indianos aunque nacieran en España » (pág. 152), por más que no fueran éstas las acepciones más corrientes.

² *Ibidem*, pág. 155.

³ Esteban de Luca, « A la victoria de Chacabuco, por las armas de las Provincias Unidas, al mando del excelentísimo señor brigadier general don José de San Martín. Oda », *La lira argentina*, pág. 132.

⁴ Esteban de Luca, « Oda a los valientes cochabambinos », *La Gaceta*, N° 5, 8 de mayo de 1812.

El tirano Pizarro introduce
 Su perfidia en la Indiana Nación,
 y bien pronto en recíproca guerra
 A los Incas incautos metió ¹.

Mucho más frecuente es la acepción de *americano*, con una tonalidad afectiva que parece convertir al término en sinónimo de *patriota*. En estos versos tal sinonimia aparece en forma expresa :

Unidas marchan las indianas huestes
 Contra el Hispano, que en horrendo fuego
 Inflamando sus líneas, las recibe ;
 Mas el jefe ha ordenado, y nada puede
 La carga detener con que se avanzan
 A destrozár las fuerzas enemigas.
 El valor frío, la constancia asombra
 De los patriotas ²

El vocablo alude otra vez a San Martín y a su ejército :

Consultado el oráculo declara
 Prodigio tal en pro de los Indianos ³

En los ejemplos que siguen es también evidente la referencia a los americanos :

Como el redil acecha el lobo hambriento,
 Que en tempestuosa noche sed rabiosa
 De sangre lo devora y embravece ;
 Así se halla el Hispano, y en mil iras
 Se abrasa por destruir la indiana hueste ⁴.

¹ « Canción Nacional Guaraní. Marcha », en *El Censor*, N° 61, del 24 de octubre de 1816.

² Esteban de Luca, « La secretaría de estado en el departamento de gobierno al vencedor de Maipo. Canto », *La lira argentina*, pág. 170.

³ *Ibidem*, pág. 166.

⁴ *Ibidem*, pág. 168.

Como plagas fatales sus columnas
Se mueven arrasando las campiñas,
Hasta acercarse rápidas al campo
Del ejército indiano ¹

Ceda Esparta en Termópilas la palma,
Cédala a los indianos,
Que hollaron en Suipacha a los tiranos ².

Llegad y leed el lema que escribieron
Con sangre de los monstruos, los indianos ³

El sonoro clarín del bravo Indiano ⁴

La memoria

De tan bravos campeones
Tendrá por templo indianos corazones ⁵.

Esa legión de indianos generosos
Los aceros no esgrime,
Sino en sostén del que oprimido gime ⁶

Precipitan del Desaguadero
Al Indiano que supo triunfar ⁷

El bizarro Leonidas que al Indiano
Valor y orden encarga,
Sus falanges alinea ⁸

¹ *Ibidem*, pág. 169.

² Vicente López y Planes, « Oda a la victoria de Suipacha », *La Gaceta*, N° 29, 27 de diciembre de 1810.

³ Juan Ramón Rojas, « A las provincias del interior oprimidas. Silva », *El Grito del Sud*, N° 3, 28 de julio de 1812.

⁴ Esteban de Luca, « Canto lírico a la libertad de Lima », *La lira argentina*, pág. 388.

⁵ Vicente López y Planes, « Oda a la victoria de Suipacha », *La Gaceta*, N° 29, 27 de diciembre de 1810.

⁶ *Ibidem*.

⁷ Bartolomé Hidalgo, « Marcha Oriental », Ángel Justiniano Carranza, *obra citada*, pág. 8.

⁸ Juan Ramón Rojas, « A la heroica victoria de los Andes, el 12 de febrero de 1817, en la cuesta de Chacabuco. Oda », *La lira argentina*, pág. 140.

« ... Jove destina
 Hoy la palma al Indiano,
 Y a San Martín coronará mi mano »¹

¿ Quién, como él, en el Órbe fue inflamado
 De un fuego tan heroico, tan sublime,
 Cuando, previniendo el porvenir dichoso,
 Que el cielo al Nuevo Mundo preparaba,
 Decide en su alta mente
 Su esfuerzo unir al de la indiana gente ?²

¿ Qué os detiene, Patriotas Indianos ?³

En virtud de cierta ambigüedad implícita en su sentido amplio de americano, *indiano* adquiere mayor precisión cuando es usado como denominación geográfica :

Cantas con faz serena,
 Y con furor divino,
 De San Martín el triunfo, que resuena
 Por el inmenso indiano continente⁴.

En el indiano suelo⁵

los pueblos

Confiesan de hoy la independencia indiana⁶

¹ Juan Ramón Rojas, « El Estado Mayor General de los Ejércitos de las Provincias Unidas del Río de la Plata, al triunfo de las armas americanas en las llanuras de Maypo, el 5 de abril de 1818. Oda », *La lira argentina*, pág. 184.

² Esteban de Luca, « Al triunfo del vicealmirante Lord Cochrane sobre El Callao, el 6 de diciembre de 1820 », *La lira argentina*, pág. 320.

³ « Canción Nacional Guaraní. Marcha », *El Censor*, N° 61, 24 de octubre de 1816.

⁴ Esteban de Luca, « A don Juan Cruz Varela », en *Poesías*, de Juan Cruz Varela, Buenos Aires, 1879, pág. 125.

⁵ Esteban de Luca, « Canto lírico a la libertad de Lima », *La lira argentina*, pág. 386.

⁶ Juan Ramón Rojas, « Canción heroica, en que se describe la situación de Montevideo, y la ruina que aguarda a su tirano por el valor de las tropas de Buenos Aires », *La Gaceta*, N° 60, 1° de agosto de 1811.

Héroe de Chacabuco, tú presides
La independencia del indiano suelo ¹

Por ellas lucirán los bellos días
Que en medio del Indiano Continente
Levantemos el ara sacrosanta ²

A nosotros nos toca
La dominación
De cuanto en sí encierra
La indiana nación ³.

Las Provincias Unidas del Río de la Plata son el *Sud-Indiano* :

Pues que caber no puede en mi cabeza
Que se trate, señor, con tal baja,
Y tanta ingratitud al gran Belgrano,
Gloria, timbre, y honor del Sud-Indiano ⁴

Y una vez en cada año con canciones
De tan heroica vida las acciones
Recordará enlutado el Sud-Indiano
Al pie del monumento de Belgrano ⁵.

Sud-Indiano, como denominación del territorio que integró el antiguo virreinato, ofrece la variante de *Sud-americano*:

¹ Bartolomé Hidalgo, « Unipersonal con intermedio de música. El triunfo », *La lira argentina*, pág. 207.

² Esteban de Luca, « A la muerte del señor brigadier de los ejércitos de la patria, y general de los ejércitos auxiliares del Norte y Perú, D. Manuel Belgrano », *La lira argentina*, págs. 292-293.

³ « Letrilla con que recibió el pueblo de Salta al representante de la Junta Don Juan José Castelli », *La Gaceta*, N° 24, 15 de noviembre de 1810.

⁴ « Señor Teofilantrópico », en *El Despertador Teofilantrópico Misti-copolítico*, N° 17, 12 de agosto de 1820. La composición, que es una carta en verso, está firmada por « Una gaucha de Morón ».

⁵ « Contestación », en el mismo número del citado periódico. Lleva la firma de « El Teofilantrópico ». Pertenece, sin duda, lo mismo que la composición anterior, al director del periódico, fray Francisco Castañeda.

Y las Tribus del Sud-americano
Proclaman un Congreso Soberano ¹

Cuando se refiere a personas, *indiano* involucra y confunde las acepciones de *indio* y de *criollo*. En muchos casos esa ambigüedad torna difícil captar su sentido exacto y determinar con precisión a quién o a quiénes se refiere: si a unos, a otros o a los dos a la vez. Repetido con insistencia en aquellas composiciones que exaltan los triunfos militares obtenidos en regiones muy pobladas por indios o en batallas en que algunos núcleos indígenas colaboraron con los patriotas, el término revela en ellas su ambigüedad con más relieve que en otra parte. Y es también en ellas donde con mayor frecuencia se invoca y estimula la unión de todos los pueblos americanos en la lucha contra el opresor:

¡ Incomparable capital ! ¡ Gloriosas
Provincias, que su alianza
Con denuedo jurasteis ! ¿ Qué alabanza
Bastará a las virtudes generosas
De vuestros defensores,
Al hollar la cerviz de los traidores ? ²

Oye los claros hechos,
Que del héroe pregonan
Los pueblos libres en sagrada alianza,
Y une a los cantos, que a su gloria entonan,
El debido tributo de alabanza ³.

¹ Antonio José Valdés, « Por el juramento de la Independencia », *El Censor*, N° 56, 19 de setiembre de 1816.

El vocablo *Tribus*, utilizado para aludir a los habitantes de las distintas provincias de la nueva nación, refleja claramente la valoración de lo indígena, muy visible en esos momentos.

² Vicente López y Planes, « Oda a la victoria de Suipacha », *La Gaceta*, N° 29, 27 de diciembre de 1810.

³ Esteban de Luca, « Canto lírico a la libertad de Lima », *La liña argentina*, pág. 385.

Indiano parece tener, pues, un sentido deliberadamente amplio de *americano*: americano en la acepción lata que enlaza y funde lo indio y lo criollo. El vocablo realizaría, de este modo, en el terreno de la expresión, la unión y alianza que reclamaban las odas y cantos de los poetas como las proclamas de los guerreros y gobernantes revolucionarios.

INDO

Igual significación que *indiano*, con la misma eventual ambigüedad e idéntica tonalidad afectiva, tiene otra palabra de la misma familia: *indo*. Su utilización, empero, es menos frecuente. Con la acepción de *indio* la encontramos en un pasaje en que se describe un presagio:

el Indo sacerdote
Ve entonces desde el seno de las aguas
Levantarse a los cielos una nube ¹

La imprecisión y ambigüedad son evidentes en este ejemplo, en que no sabemos si alude a los indios o a los criollos:

Ved al mandón, en su entrañal encono
Acechando el momento
De echar al Indo otra feroz cadena,
Y perpetuar su servidumbre dura ².

En la acepción de *americano*:

¹ Esteban de Luca, « La secretaría de estado en el departamento de gobierno... », *La lira argentina*, pág. 166.

² Juan Ramón Rojas, « A las provincias del interior oprimidas, para que no desmayen en sus esfuerzos, con la marcha del ejército de Buenos Aires a la Banda Oriental, en cuyos triunfos se cifra su absoluta libertad. Silva », *El Grito del Sud*, N° 3, 28 de julio de 1812.

¡ Cual fiero
 Conmina en vano ante sus puertas mismas
 Al indo dulce que ha excedido al griego !¹
 Ya abandonados al feliz destino
 Forman nación, los pueblos de la Plata :
 Indos, vivid ...²
 Ya estaba el Indo postrado,
 Sin vida, pérdida el alma,
 Cuando en Maipú has arrancado
 A Iberia la excelsa palma,
 Que hace feliz nuestro Estado³.
 Del indo fuerte al formidable amago,
 Su existir libran a ominosa fuga⁴

En la misma acepción, como denominación geográfica :

El clamor *libertad* va discurriendo,
 Cual veloz rayo el Indo Continente⁵
 ¡ Oh padre de los vientos !, favorable
 Encadena a los fieros aquilónes,
 Mientras navega por los altos mares
 El ínclito Brejón, que ya traspasa
 El ecuador ardiente
 En demanda del indo continente⁶.

¹ Juan Ramón Rojas, « Canción heroica... », *La Gaceta*, N° 60, 1° de agosto de 1811.

² Juan Ramón Rojas, « Oda a la apertura de la Sociedad Patriótica », *La Gaceta*, N° 20, 17 de enero de 1812.

³ « Quintillas », en Estanislao Zeballos, *Cancionero popular*, pág. 206.

⁴ Francisco Araúcho, « Oda a la libertad de la Patria », en Ángel Justiniano Carranza, *obra citada*, pág. 17.

⁵ Esteban de Luca, « Montevideo rendido. Oda », *La lira argentina*, pág. 41.

⁶ Esteban de Luca, « Al triunfo del vicealmirante Lord Cochrane sobre El Callao... », *La lira argentina*, pág. 321.

INCAS

Los incas, de grata memoria para los criollos por su elevada civilización, de la cual quedaban claros e imponentes testimonios, son evocados a menudo. La mención, con frecuencia acompañada de calificativos afectuosos o compasivos, está impregnada del dolor o la indignación que suscita el recuerdo de las violencias y vejaciones que les infligió el conquistador. Aunque es siempre un acicate para la lucha, suele tener también un tono nostálgico en el que parecen palpar reminiscencias de las páginas del Inca Garcilaso.

Esteban de Luca los nombra muchas veces. Así, en la vigorosa composición en que personifica a América y la describe sentada sobre una cumbre de los Andes :

en su seno
Hondamente grabadas permanecen
Las atroces heridas, que inundaron
De sangre el trono de los dulces Incas ¹

Al trazar la figura del victorioso Cochrane :

Vuelta la faz al septentrión helado,
De las brillantes Osas se despide,
Y tendiendo al Antártico la diestra,
Como en acción de señalar las tumbas
Del Inca virtuoso,
A sus manes promete dar reposo ².

Aludiendo a un episodio de la conquista del Perú :

¹ Esteban de Luca, « La secretaría de Estado... », *La lira argentina*, pág. 164.

² Esteban de Luca, « Al triunfo del vicealmirante... », *La lira argentina*, pág. 321.

Ved ya destruido
Para siempre el contrato
Que en ruina de los incas celebraron
La vil codicia y ambición sangrienta ¹

Al dolerse por la muerte del general Belgrano :

Grande siempre y sublime en sus empresas,
En el Alto Perú sobre los restos
Del arruinado imperio de los Incas
Consultaba a sus manes el origen,
Y sagrado carácter de sus leyes ².

Como un grito de guerra :

tiembla el tirano de temores lleno,
más que si oyera el trueno ;
y venganza retumba
también del Inca la sagrada tumba ³.

Versos que parecen resonar en los tan conocidos del Himno Nacional, escritos por Vicente López y Planes al año siguiente, en los cuales afirma la identidad de criollos e indios :

Se conmueven del Inca las tumbas,
Y en sus huesos revive el ardor,
Lo que ve renovando a sus hijos
De la patria el antiguo esplendor ⁴.

¹ Esteban de Luca, « Canto lírico a la libertad de Lima », *La lira argentina*, págs. 394-395.

² Esteban de Luca, « A la muerte del señor brigadier de los ejércitos de la patria, y general de los ejércitos auxiliares del Norte y Perú, D. Manuel Belgrano », *La lira argentina*, pág. 290.

³ Esteban de Luca, « Oda al Superior Gobierno de estas provincias en loor de los valientes cochabambinos », *La Gaceta*, N° 5, 8 de mayo de 1812.

⁴ Vicente López y Planes, « Marcha patriótica », *La lira argentina*, pág. 2.

También el poeta y militar Juan Ramón Rojas, al incitar al combate, llama « Hijos del Inca » a los americanos :

Retumba ya la selva silenciosa,
 Y la caverna umbría
 Sólo repite : guerra, americanos ;
 Monstruos, temblad ; hijos del Inca, guerra ¹.

La misma filiación es sostenida en un soneto de autor desconocido y estilo gongorino, que ensalza el triunfo de los patriotas en San Lorenzo :

Excelso Paraná, a quien Sarracena
 Descomunal barbarie más que altiva
 La frente hollar pretende alta y serena...
 Con larga de bajeles comitiva,
 Los respetos admite a mano llena
 De los nietos del Inca Atabaliva ².

La « Marcha » o « Canción Nacional Güaraní » antes mencionada dice, en su segunda estrofa :

El tirano Pizarro introduce
 Su perfidia en la Indiana Nación,
 Y bien pronto en recíproca guerra
 A los incas incautos metió.
 De este modo los pueblos destruye,
 Y su tropa traidora alarmó ;
 A los Incas y nobles inmola
 Y de la India su cetro empuñó ³.

¹ Juan Ramón Rojas, « A las provincias del interior oprimidas... », *El Grito del Sud*, N° 3, 28 de julio de 1812.

² « Soneto a la victoria conseguida por las armas de la Patria en el campo de San Carlos, puerto de San Lorenzo, sobre el Río Paraná, contra la expedición de Montevideo, el día 3 de febrero », en Ángel Justiniano Carranza, *obra citada*, pág. 31.

³ « Canción Nacional Guaraní. Marcha », *El Censor*, N° 61.

Un versificador anónimo responde así, en nombre del ejército de San Martín, a las damas chilenas que lo despiden en vísperas de la campaña del Perú :

¡ Oh Chilenas amables ! ¡ De vosotras
Una y mil veces es el alto encargo
De la seguridad de nuestra Patria
Mientras la de los Incas libertamos !¹

ARAUCANOS

Es frecuente, asimismo, el recuerdo de los araucanos, los hijos del « libre Arauco », símbolo del espíritu de independencia y del valor en la lucha contra los españoles. La invocación, pues, armonizaba con la exhortación a defender la libertad :

Confirmadlo también, y haced que todos
Los que a vuestra presencia se acercaren,
En vuestro labio, y vuestros pechos dulces
Aprendan antes a morir como héroes,
Que el pie besar del orgulloso Ibero.
Que aqueste juramento grande y noble
Con constancia Araucana sea cumplido,
Y en muralla de acero
Cada uno de nosotros convertido².

¡ Cenizas inmortales de Araucanos,
Del sepulcro salid, venid guerreros,
Oh, Tucapel, Caupolicán valiente,
Cuyos brazos temibles persiguieron

¹ « Contestación del Ejército Libertador del Perú a la despedida de las chilenas », en Ángel Justiniano Carranza, *obra citada*, pág. 212.

² Vicente López y Planes, « Loa », *El Censor*, N° 141, 30 de mayo de 1818.

Al déspota español con bizarría ;
 Mirad a San Martín que defendiendo
 Vuestros derechos justos, libre deja
 El país más hermoso y más ameno ! ¹

Despertad la alta gloria
 Del Araucano nombre,
 La fama y el renombre
 De esfuerzo y de virtud ².

El suelo pisa ufano
 Que inmortal gloria dio al Araucano ³.

Por extensión, *araucano* se convierte en sinónimo de *chileno* :

Con que el gran San Martín, el ciudadano
 A quien fortuna concedió su influencia,
 De la patria ha ostentado la potencia
 Para timbre inmortal del araucano ? ⁴

Llegó el feliz momento en que socorra
 Al araucano el adalid triunfante ⁵.

¹ Bartolomé Hidalgo, « El triunfo. Unipersonal con intermedio de música », *La lira argentina*, pág. 209.

² Versos que encabezan el N° 5, del 15 de abril de 1813, del periódico chileno *El Monitor Araucano*. Pertenecen a la composición « Al patriotismo chileno », de Camilo Henríquez, director del citado periódico.

³ Miguel Ravelo, « Oda en loor del americano, reconquistador del reino de Chile, don José de San Martín », en Ángel Justiniano Carranza, *obra citada*, pág. 127.

⁴ Bernardo Vera y Pintado, « Soneto a O'Higgins », en Ángel Justiniano Carranza, *obra citada*, pág. 195.

⁵ Juan Cruz Varela, « En elogio de los señores generales D. José de San Martín y D. Antonio González Balcarce, por el triunfo de nuestras armas a su mando, en los llanos del río Maipo, el 5 de abril de 1818 », en *Poesías*, pág. 53. Los versos citados son una modificación de los que

¿ Será que al fin no asomará la mano
Que enjague, patria mía,
Ese llorar que te brotó del día
Que en Rancagua halló tumba el Araucano ?¹

Donde son insultados
Nuestros caros derechos,
Los Araucanos pechos
Harán sentir su ardor².

A un tiempo el Araucano, el Argentino
Despliegan su energía :
A un tiempo su valor y bizzarria
A Penco y al Perú se abren camino :
Su ardimiento y vehemencia
Harán continental la independencía³.

En una composición, el término, utilizado primero con sentido lato, tiene después la significación original :

¿ Veis estos llanos,
Delicia un día de Araucana gente ?⁴

figuran en el texto publicado en *La lira argentina*. En esta recopilación aparecen así : « Llegó a Chile el momento en que socorra/ Al araucano el adalid triunfante ». (Pág. 144).

¹ Juan Ramón Rojas, « A la heroica victoria de los Andes, el 12 de febrero de 1817, en la cuesta de Chacabuco. Oda », *La lira argentina*, pág. 137.

² Versos que encabezan el n° 4, del 13 de abril de 1813, de *El Monitor Araucano*. Pertenecen a la composición « Al patriotismo chileno », de Camilo Henríquez.

³ Bernardo Vera y Pintado, « Brindis » (pronunciado en un banquete con que se festejó en Santiago de Chile, el 2 de mayo de 1813, el triunfo de Yerbas-Buenas), *El Monitor Araucano*, n° 15, 11 de mayo de 1813.

⁴ Juan Cruz Varela, « A los generales de los ejércitos unidos de Chile y de los Andes, D. José de San Martín, y D. Antonio González Balcarce. Canto », *La lira argentina*, pág. 145.

A veces revela también, del mismo modo que *indiano*, cierta ambigüedad :

Todo nos pronostica sucesos y laureles
Si amamos a la Patria invariables y fieles,
Con patriotismo firme y heroicos sacrificios,
Dignos de nuestro nombre y de Araucanos pechos ¹.

Arauco, nombre de la provincia o región que habitaron los araucanos, es mencionado en algunos casos con ese significado :

Los pacíficos dioses, que presiden
A los valles y fértiles comarcas
Del abundoso Chile, se refugian
Al libre Arauco, al oír que fiero ruge
Herido el león soberbio de Castilla ².

Habéis visto la fuerza de la Patria,
Y el generoso ardor de nuestros héroes
Recordar a la América y al mundo
Los nobles sentimientos, las hazañas
Y la gloria inmortal del claro Arauco ³.

Otras veces designa, por extensión, a todo Chile :

Vedlo ya en las nevadas Cordilleras
Causando espanto al opresor de Arauco ⁴

¹ Versos que encabezan el N° 8, del 22 de abril de 1813, de *El Monitor Araucano*. Pertenecen a la composición « Gloria a Chile », de Camilo Henríquez.

² Esteban de Luca, « La secretaría de Estado... », *La lira argentina*, pág. 167.

³ Camilo Henríquez, « Brindis » (contestación al pronunciado por Vera y Pintado durante la celebración del triunfo de Yerbas-Buenas), *El Monitor Araucano*, n° 15, 11 de mayo de 1813.

⁴ « Alocución del pueblo de Buenos-Ayres, por un niño, por la feliz restauración de Chile », *La lira argentina*, pág. 203.

La misma guerra
 Con que el suelo de Arauco han redimido,
 Conducen hoy a la domada tierra
 Que el yugo aborrecido
 De vuestra tiranía
 Sacudir sin su auxilio no podría ¹.

En ocasiones, la mención resulta ambigua :

En sus ojos hermosos la patria
 Nuevas luces empieza a sentir,
 Y observando sus altos derechos
 Que ha incendiado en ardor varonil,
 De virtud y justicia rodeada,
 A los pueblos del orbe anunció
 Que con sangre de Arauco ha firmado
 La gran carta de emancipación ².

« Hijos de Arauco » o « progenie de Arauco » aluden, lo mismo que « araucano », a todos los chilenos :

¡ Oh, progenie de Arauco gloriosa,
 Respirad heredado valor,
 Que el ocaso del vil despotismo
 Es la aurora del más bello sol ! ³

¹ Juan Cruz Varela, « A la libertad de Lima, por el Ejército Libertador del Perú, al mando del Exmo. señor General D. José de San Martín, el día 10 de julio de 1821 », en *Poesías*, pág. 112. En *La lira argentina* la composición lleva el título « Por la libertad de Lima, el 10 de julio de 1821. Oda »; en ella los versos citados aparecen así: « La misma guerra/ Que al despotismo ibérico han jurado./ Conducen hoy a la domada tierra,/ Que el yugo abominado/ De vuestra tiranía/ Sacudir sin su amparo no podría ». (Pág. 33g).

² Bernardo Vera y Pintado, « Canción Nacional de Chile », *Gaceta Ministerial de Chile*, N° 11, 25 de septiembre de 1819.

³ Bernardo Vera y Pintado, « Al aniversario de la instalación del nuevo gobierno, el 18 de setiembre de 1812. Himno », en Juan María Gutiérrez, *Colección de poesías americanas, antiguas y modernas: impresas, manuscritas y autógrafas*, T. II, pág. 552.

Descendencia de Arauco gloriosa,
 Despertad el heredado ardor,
 Que os esperan laureles triunfales
 Y alto nombre en los campos de honor ¹.

CONCLUSIONES

Los indígenas americanos son citados frecuentemente en la poesía de la Revolución y de la Independencia. Sea como mención, sea como alusión, su presencia es casi constante en las composiciones de la época ².

Durante casi todo el período de la lucha por la emancipación, tales citas y alusiones tienen un franco acento de simpatía y de exaltación. Sólo en los últimos años de ese período, a partir de 1822, aparece, en la poesía de Juan Cruz Varela, un grupo indígena que despierta el furor del poeta y contra el cual descarga los más violentos epítetos: son los indios pampas.

De este modo, quedan perfilados dos grupos de aboríge-

¹ Versos que encabezan el N° 1, del 6 de abril de 1813, de *El Monitor Araucano*. Pertenecen a la composición « Al patriotismo chileno », de Camilo Henríquez.

² La palabra *indio*, sin embargo, no aparece con frecuencia. Más bien, como hemos visto, se disimula y transforma en *indiano*. ¿Era demasiado vulgar para los cánones clasicistas reverenciados por esos poetas? Se creería, mejor, que la evitan cuidadosamente quienes, distintos en esto a Bartolomé Hidalgo o a Juan Cruz Varela, no asumen nunca una actitud apasionada, en cualquier sentido, ante el personaje. ¿Estaba cargada de resonancias desfavorables y resultaba, por ende, incómoda e inoportuna en esos momentos de necesaria fraternidad americana? ¿Compartían, acaso, los cantores de la Revolución la hostilidad y los prejuicios que habían convertido a esa palabra en sinónimo de *bárbaro* y de *salvaje*?

nes: por un lado, los incas y los araucanos, antiguas víctimas de la conquista; por otro, los salvajes del desierto, enemigos del blanco y terror de las nuevas poblaciones.

Los primeros son meros recuerdos, meras sombras de un pasado definitivamente muerto. Se los resucita para utilizarlos como nuevas banderas en la lucha revolucionaria y despertar o estimular la adhesión de las comunidades indígenas. Los indios del desierto, en cambio, eran una dramática realidad. Por ello, la invocación de los incas y araucanos, aunque reiterada, es rápida, superficial, tal vez retórica; nunca alcanza la hondura de una verdadera evocación. Por el contrario, el vigor con que irrumpen en la poesía argentina, a través de los versos de Juan Cruz Varela, los indios del malón, revela la intensa pasión que sólo pueden encender las experiencias vividas y sufridas.

La evidente intención antiespañola con que se invoca a incas y araucanos, la identidad o el parentesco que entre éstos y los criollos se intenta entonces establecer, y el empleo repetido de vocablos derivados de *indio* o de *las Indias*, tales como *indiano* e *indo*, configuran un aspecto de esa inclinación hacia lo indígena, convencional y de circunstancias, que constituye el indianismo ¹.

¹ Los conceptos de indianismo e indigenismo en la literatura hispanoamericana han comenzado a diferenciarse a partir del escritor peruano José Carlos Mariátegui. « Pero lo que subconscientemente busca la genuina corriente indigenista en el indio — afirma — no es sólo el tipo o el motivo. Menos aún el tipo o el motivo pintoresco. El « indigenismo » no es aquí un fenómeno esencialmente literario como el « nativismo » en el Uruguay. Sus raíces se alimentan de otro humus histórico. Los « indigenistas » auténticos — que no deben ser confundidos con los que explotan temas indígenas por mero « exotismo » — colaboran, conscientemente o no, en una obra política y económica de reivig-

Tal es la actitud que prevalece. Sólo en Bartolomé Hidalgo asoma el auténtico indigenismo : verdadera indentificación

dicación — no de restauración ni de resurrección ». (*Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Lima, 1928, pág. 250).

Moisés Sáenz, por su parte, expresa : « Puede intentarse una clasificación de los intelectuales, los directores de la opinión pública y los promotores de la acción nacional sobre la base de los matices de su interés por el indio. Un grupo estaría formado por los indianistas que representan más o menos la tendencia clásica, la que ha estudiado al indio, la que ha hecho de él un objeto de investigación y curiosidad científicas. Indianistas son entonces los historiadores, los arqueólogos, los etnógrafos y, en términos generales, los antropólogos. Quedan también en este grupo los historiadores-sociólogos que han pretendido estudiar desde el punto de vista histórico evolutivo las instituciones indígenas, o bien los regímenes políticos a que el indio ha estado sujeto en las diferentes etapas de su desarrollo histórico. Los indianófilos forman la segunda categoría, y quedan en ella comprendidos casi todos los artistas, publicistas, ensayistas, poetas, los pintores y los músicos. Forman escuela en el Perú los que se nutren en el venero indígena o los que se ocupan de difundir la apreciación por lo indio, o los que van forjando una estética indiana o andina, que en un sentido resultan términos casi equivalentes. El tercer grupo puede designarse con el nombre un poco bárbaro de indigenistas. Son los promotores de una política relacionada con el indio, o los ejecutores de programas que buscan su « redención ». Estos tres grupos no son exclusivos : el indigenista es casi siempre indianófilo y puede ser indianista, así como este último puede reunir a veces las cualidades características de los otros grupos. No se excluyen, pero sí se distinguen. Huelga decir que hay indianófilos débiles en su indianismo, indianistas carentes de toda emoción, elemento esencial de los indigenistas, e indigenistas ignorantes de la ciencia del indio o poco apreciativos de los valores de la vida indígena. Las tres clases están ampliamente representadas en el Perú ». (*Sobre el indio peruano y su incorporación al medio nacional*, México, 1933, págs. 278-279).

Concha Meléndez, quizás porque el periodo abarcado por su estudio no incluye las expresiones más claras y vigorosas de la tendencia indigenista, ignora las citadas distinciones y funde los dos conceptos en uno : « Hemos aislado en nuestro estudio un aspecto de la literatura romántica en la América española : las novelas indianistas. Incluimos

con el indio, real comprensión de sus injustos padecimientos y decidido propósito de luchar contra la injusticia. No se

en esta denominación todas las novelas en que los indios y sus tradiciones están presentados con simpatía. Esta simpatía tiene gradaciones que van desde una mera emoción exotista hasta un exaltado sentimiento de reivindicación social, pasando por matices religiosos, patrióticos o sólo pintorescos y sentimentales ». (*La novela indianista en Hispanoamérica*, 2ª edic., Puerto Rico, 1961, pág. 13. La primera edición se publicó en Madrid en 1934). Después de señalar, en diversos escritores indianistas, la inclinación a lo exótico, la actitud antiespañolista, el sentimentalismo intrascendente o el pintoresquismo espectacular, agrega este rasgo significativo en la caracterización del indianismo: « Todos ellos, empero, simpatizan con el indio, que describen embellecido o estilizado, en contraste con aquella literatura antiindianista — los poemas argentinos Santos Vega, de Ascasubi, y Martín Fierro, de Hernández, por ejemplo — de indios holgazanes, crueles y abyectos ». (Pág. 14).

Aída Cometta Manzoni, siguiendo a Mariátegui y a Sáenz, recalca que la literatura indianista « se ocupa del indio en forma superficial, sin compenetrarse de su problema, sin estudiar su psicología, sin confundirse en su idiosincracia. La literatura indigenista, en cambio, trata de llegar a la realidad del indio y ponerse en contacto con él. Habla de sus luchas, de su miseria, de su dolor; expone su situación angustiosa; defiende sus derechos; clama por su redención ». (*El indio en la poesía de América española*, Buenos Aires, 1939, pág. 20).

María José de Queiroz también acepta la diferenciación indicada: « O indianismo pondera no índio a beleza, a fôrça, o heroísmo. Detém-se, sobretudo, em exterioridades. Funda-se no mito do bom selvagem, enquanto projeta no tempo o passado brilhante dos impérios maia, asteca ou inca ». (*Do indianismo ao indigenismo nas letras hispano-americanas*, Belo Horizonte, 1962, pág. 22). « Morto o indianismo, surge o indigenismo. Corrente muito mais legítima e concreta, foga as considerações estéticas, ao exotismo, ao espetáculo. Indaga pelo homen. Nem mito, nem símbolo, nem herói. Criatura triste e miserável, espoliada e explorada pelos brancos, esquecida pela civilização. O indio, como ele é ». (Pág. 95).

En la actualidad, la distinción parece generalmente aceptada. Pedro Lastra S., por ejemplo, después de afirmar que *Aves sin nido*, de Clorinda Matto de Turner, « es el primer documento del indigenismo his-

trata ya de incas, araucanos o aztecas. Para el autor de los *cielitos* el indio es, sencillamente, el hombre oprimido y expoliado.

FERNANDO ROSEMBERG

panoamericano », anota : « De acuerdo con la distinción habitual en los estudios de literatura hispanoamericana, se entiende aquí el *indigenismo* como expresión de protesta social, a diferencia de la corriente romántica denominada indianismo, que mostró, deformándolos, un ambiente idílico y unos personajes estilizados ». (« Notas sobre el cuento hispanoamericano del siglo XIX », en *Revista Nacional de Cultura*, N° 161, noviembre-diciembre de 1963, Caracas, pág. 148).

HOMENAJE A LA MEMORIA DE DON ENRIQUE LARRETA

EN LA CIUDAD DE ÁVILA

En brillante ceremonia, la Academia Argentina de Letras ha cumplido su propósito de honrar la memoria del gran escritor que fue miembro de número de la Corporación, don Enrique Larreta, al colocar una placa recordativa en el Torreón de los Guzmanes. hoy propiedad de los marqueses de Crescente, mansión abulense que el autor de « La gloria de don Ramiro » dio por morada a su protagonista.

El acto se realizó el 9 de octubre, y el programa, que circuló impreso en un tarjetón, decía así :

PROGRAMA DE ACTOS

12.30. Llegada al Gobierno Civil de los representantes oficiales del Gobierno de España, jefes de Misiones Diplomáticas, Académicos españoles y argentinos y del Señor Embajador de la República Argentina en España, señoras y séquito.

13,00 Acto de descubrimiento de la placa de bronce que ofrenda la Academia Argentina de Letras a la memoria de Enrique Larreta, en el Torreón de los Cepeda (Palacio de Crescente) donde el autor de « La Gloria de Don Ramiro » dio por morada al personaje central de su admirable novela.

1. Discurso de ofrecimiento a cargo del Académico argentino Dr. Atilio Dell'Oro Maini.

2. Discurso homenaje a Larreta, del Académico español Excmo. señor D. Joaquín Calvo Sotelo.

3. Descubrimiento de la placa e interpretación de los himnos nacional y español.

4. Palabras de S. E. el señor Gobernador Civil recibiendo la placa en nombre de Ávila y exaltando la memoria de D. Enrique Larreta.

5. Discurso de clausura del acto a cargo de S. E. el Señor Embajador de la República Argentina en España.

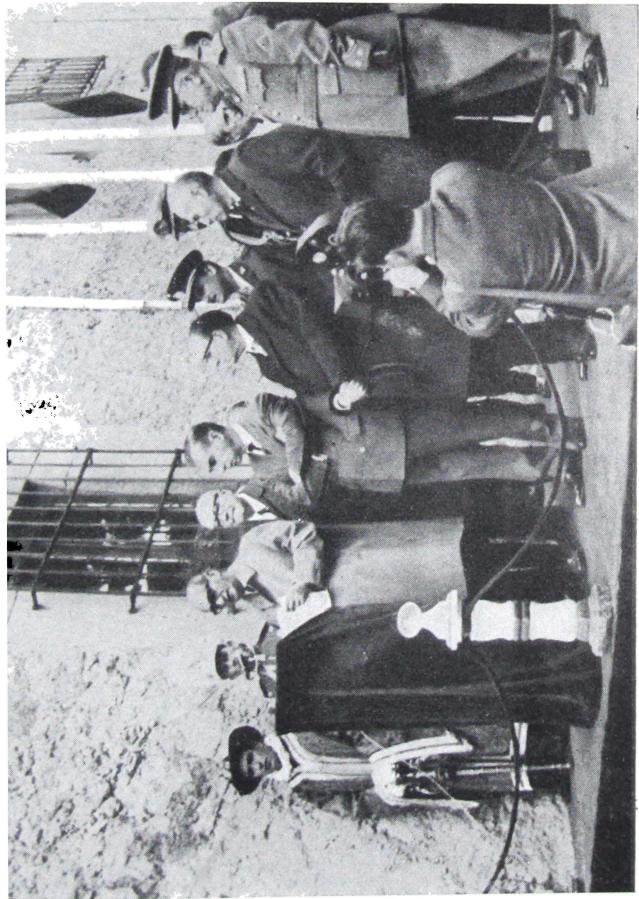
14.30. Almuerzo ofrecido por las autoridades de Ávila en honor de los ilustres visitantes, en el Palacio de los Serranos.

16.30. Visita a los monumentos de Ávila especialmente relacionados con Santa Teresa, la Reina Isabel la Católica y don Enrique Larreta.

18.30. Recepción en el Ayuntamiento de Ávila, en cuyo salón de Actos se impondrán las insignias de honor de la Ciudad al Exmo. Sr. Embajador de la República Argentina en España, Don Juan O. Gauna, y al Académico representante de la Academia Argentina de Letras, Dr. Atilio Dell'Oro Maini, firmándose a continuación en el libro de Oro de Ávila.

19.15. Actuación del Grupo de Coros y Danzas en el Salón de Actos de la Casa de Cultura.

20.15. Recorrido en automóvil de las iluminaciones de la Ciudad (Murallas, Catedral, San Vicente ...) y regreso a Madrid.



El embajador argentino en España, doctor Juan O. Gauna, pronunciando su discurso.
Detrás de él aparece el Académico doctor Atílio Dell'Oro Maini



El embajador argentino descubre la lápida en el Torreón de los Guzmanes

El Embajador de la Argentina en España, doctor Juan O. Gauna, que tan decidido auspicio y activa colaboración prestó a los preparativos y a la realización del homenaje, asistió al frente de todos los funcionarios y el personal de la Embajada, y el Académico de número don Atilio Dell'Oro Maini hizo un paréntesis a sus obligaciones en París, donde desempeña la vicepresidencia de la Unesco, para trasladarse a España y representar con singular relieve a esta Academia. Otras dos destacadas personalidades argentinas que por afortunada coincidencia se encontraban en aquel país, el doctor Ricardo Zorraquín Becú, presidente de la Academia Nacional de la Historia, y nuestro representante de la O. E. A. en Europa, Embajador don Luis Migone, participaron también con la espontánea adhesión de su presencia. Del mismo modo, concurrieron muchos estudiantes argentinos que cursan estudios superiores en la península.

El señor Embajador del Perú en Madrid, general don Nicolás Lindley López, viajó a Ávila para testimoniar su adhesión al homenaje en memoria del autor que concedió a Don Ramiro, en las últimas líneas de su novela, la gloria de una plegaria de Rosa, la piadosa doncella de Lima.

Entre las autoridades españolas se contó con la presencia del subsecretario de Instrucción Pública, don Luis Legaz Lacambra; el director general de Relaciones Culturales, don Alfonso de la Serna; el director del Instituto de Cultura Hispánica, don Gregorio Marañón Moya; la delegada nacional de la Sección Femenina de F. E., doña Pilar Primo de Rivera y los representantes de las autoridades locales.

Al final de la jornada, el alcalde de Ávila, don Antonio Sánchez Gonzáles, entregó al Embajador Gauna y al Académico Dell'Oro Maini, el título de ciudadanos de honor.

Damos a continuación los discursos pronunciados :

DISCURSO DEL SEÑOR ACADÉMICO
DON ATILIO DELL'ORO MAINI

La Academia Argentina de Letras me ha encomendado la honrosa misión de entregar la placa de bronce que ofrece a la ciudad de Ávila, para ser colocada en la austera fachada de este palacio, como homenaje de su admiración y gratitud a Enrique Larreta, figura ilustre de las letras argentinas, que fue miembro de la Corporación, y de cuyo nombre se envanecen con justo título, para gloria nuestra, todos los pueblos de habla hispana.

El pensamiento estampado en esta placa es una síntesis feliz del homenaje ; pero, para alcanzar su pleno significado, es preciso dar más explícita razón de la fórmula que lo expresa. Porque no se trata de recordar un hecho ocasional y externo como es el de que transcurre en el recinto de este palacio la vida de Don Ramiro, el protagonista de la célebre novela ; algo mucho más profundo y valedero lo justifica, y es la relación de esta ciudad toda entera con la inspiración que iluminó el nacimiento de aquella obra. No solamente la ciudad fue el escenario del suceso novelesco, y están en la trama sus castillos y sus murallas, sus costumbres y sus leyendas, la hondura de su vida mística y el esplendor de su vocación imperial, sino que ella misma encierra el secreto de la originalidad lograda por el autor.

La novela de Larreta pertenece a un género literario muy difícil y controvertido por causa de su latente contradicción interna, cuyo riesgo no han podido evitar o vencer los más famosos autores : por un lado, los cánones rígidos de la exactitud histórica ; por el otro, las exigencias de la invención poética cuyo apremio da alas a la fantasía. Goethe y

Manzoni señalaron ya con agudeza este problema al que Amado Alonso, más recientemente, le ha dedicado prolijo y decisivo estudio. La ambición de proporcionar al lector el cuadro fidedigno de la realidad pretérita, haciéndola vivir artísticamente con una fuerza que no alcanzan los expositores de la historia, reduce el vuelo del acto creador de la obra literaria, sin el cual decae y se defrauda la propia naturaleza del arte de novelar. No se logra, en verdad, hacer historia, ni hacer novela; lo primero, porque la historia, aun considerada como fondo de la novela, exige en el autor un comportamiento consigo mismo, una actitud de riguroso control de la verdad que lo obliga a un discernimiento cuyas reglas son ajenas al arte que cultiva; y, con respecto al lector, éste recibe una comunicación de carácter informativo, en la cual, aunque puede ser admirable el estilo literario, no se alcanza fácilmente la plenitud de la emoción poética; y lo segundo, porque si el novelista se entrega íntegramente a su inspiración se ve llevado a franquear los límites de una realidad que siempre resulta estrecha para su vuelo.

Cuando Larreta, a comienzos del siglo, publicó su obra, este género de la novela histórica se hallaba en una de sus crisis más agudas. La escuela realista había recogido y continuado la rica tradición romántica, extremando por un lado, bajo la influencia del naturalismo triunfante, el rigor de la información histórica documentada y concreta, y por otro, los refiuamientos del estilo literario; y, de tal suerte fue el alarde, que, no obstante los innegables hallazgos del intento, éste vióse frustrado por las pretensiones de guardar estricta fidelidad a la reconstrucción artística del pasado, cercenándose de ese modo, las frescas esperanzas de la ficción.

Larreta no desdeña ninguno de los valores de aquella tra-

dición : se los asimila y los incorpora a una concepción original que abraza, por igual, el argumento de la novela y el arte de su creación.

X El proceso mediante el que Larreta concibe su novela, y del cual tenemos noticia por glosas y referencias suyas, hechas al correr de los años, es un apasionante itinerario de su imaginación creadora. Sabido es que, joven estudiante Larreta se siente atraído por la vocación de las letras y aspira a escribir una novela cuyo personaje central es Santa Rosa de Lima. Profesor novel de historia de la Edad Media y Moderna se apasiona tanto en el estudio de España, que la fascinación de su literatura opulenta y la curiosidad por sus crónicas le hace pensar en trasladar a la tierra de Cervantes todo o gran parte de su argumento.

Los maestros del renacimiento avivan su imaginación. En los grandes pintores españoles, sobre los cuales se propone también escribir un libro, encuentra, además de la atracción de los valores técnicos, materia para evocar diferentes sectores de la España del tiempo de los Austria. Velázquez le sugiere, a través de sus aplomados y brillantes retratos el boato de la corte, con su política y sus intrigas. En la pintura del Greco, tan honda y tan sutil, cielo y tierra, descubre los secretos del hidalgo, religioso y heroico. Zurbarán le presta el silencio de los conventos, de sus claustros y refectorios, de sus blancas celdas, de sus monjes, tranquilos o apasionados. En Murillo encuentra los rasgos de la devoción popular, las vírgenes cándidas, los adorables pilluelos. En Ribera, el otro tipo del español, fuera de la patria. suavizado por el blando influjo de la vida libre de Italia.

Con estos fervores llega a Ávila, después de recorrer Europa, cuando tiene 28 años. Sólo conocía la ciudad por

estampas y descripciones escritas. Nos imaginamos la alucinación de su asombro. Era otoño como ahora, « cuando barbechos y labrantíos toman en torno suyo el aspecto de un remendado sayal del mismo color de sus murallas. En el ocaso, por detrás de las almenas, asomaba el oro de una gran nube tranquila ». Atisba al pasar por plazas y callejuelas la oscura fachada del templo, los altivos palacios sumergidos en una penumbra, en una sombra sin tiempo. De pronto, las solemnes badajadas del Ángelus, lanzadas sobre el recinto estrecho, resonaron en su alma como un sagrado turbión, que le arrebatava todo el ser en una misteriosa posesión. En ese instante comienza el sortilegio del que nace su novela. Dice adiós a tablas, lienzos y pintores. La ciudad admirable le brinda el símbolo y el sentido de su obra. Él mismo lo ha reconocido: « la idea del conflicto interior que encarna mi protagonista, conflicto primordial, a mi ver, del alma humana, en todos los tiempos, echómela en la mente la ciudad misma, esa ciudad anhelosa que parece haber vivido tan solo para su doble exaltación, ciudad de almenas y de cirios ».

Larreta fijó en un soneto memorable ese momento de aquella tarde otoñal en que vislumbró el desarrollo de su novela, o mejor dicho, el nacer de su protagonista, publicado en el libro que lleva por título precisamente *La calle de la vida y de la muerte*, el extraño y misterioso nombre del antiquísimo camino que, desde las puertas de esta ciudad va a morir al pie de la iglesia mayor... Sigue andando — « y no sé si soy yo quien va soñando — o es Ávila quien sueña. La fortuna — rondaba. Tú me diste, ciudad fuerte, — ciudad santa, la llave alternativa — Tu calle de la Vida y de la Muerte — finge, al paso, en mi sombra agigantada — penf-

tente sayal o capa altiva. — Y en capa o en sayal, rabo de espada ».

Larreta quiso, entonces, penetrar en el misterio de la ciudad. Estudió su historia, recogió sus leyendas, holló sus piedras, admiró sus monumentos y desde las murallas se impregnó del paisaje castellano. Descubrió en las páginas de Carromolino las crónicas más sabrosas de cada iglesia, de cada convento, de cada casa. Autobiografías, cartas, ejecutorias, y toda clase de documentos fueron, sus fuentes predilectas. Nada escapaba a su mirada atenta y descubridora. « Cuadernos y cuadernos de anotaciones que revelan a menudo en su temblorosa escritura el zangoloteo del carruaje por las antiguas carreteras de España » — más de una vez las rutas de la santa de Ávila — son testimonio de su amor a la verdad. No acumula datos por simple afán de erudición ni con el propósito de reconstruir artísticamente un pasado distante: busca símbolos esenciales, quiere desentrañar de crónicas y leyendas, de paisajes y ciudades, la substancia ideal de las cosas, el sentido oculto y simbólico que concede a su obra, por la fuerza de la evocación y la contextura del estilo, el sello de una alta expresión poética, reveladora, al mismo tiempo, de una realidad.

Larreta procede con espléndida libertad: ni la intención de buscar un cuadro veraz y real lo arrastra a la reconstrucción arqueológica de un pasado, ni la ubicación de sus criaturas de ficción en esa perspectiva le impone el banal discernimiento de lo que pueda ser verdad o conjetura. Él recrea poéticamente el material histórico y vive personal y experimentalmente sus personajes, descubriendo por propia iluminación, por el juego sutil de sucesivas intuiciones y evidencias, las íntimas conexiones de las vidas y de las cosas,

su ejemplar personalidad y carácter, unas y otras elevadas a la suprema universalidad de los valores humanos, constantes e imperecederos. Todo esto Larreta lo debe a la misteriosa sugestión de Ávila. También ella es toda pasión, encanto y poesía. La gruesa mole de las murallas no acalla el canto de sus campanas. Ella está en el secreto de la inspiración poética de Larreta en cuya obra el peso de la materia también se transfigura como las piedras de esta ciudad que él llamó alada: « No cuesta mucho — decía — imaginarla sostenida en el aire por los dedos finos de dos ángeles góticos, con musical movimiento ».

De aquí surge la novedad, o mejor dicho, la originalidad de esta novela. Ella pertenece al género histórico, es cierto; pero no se propone reconstruir un pasado, representar con cierta vivacidad, colorido y emoción, la historia de una época para ofrecer al lector, bajo los encantos de la fantasía, el espíritu de un pueblo o una colección de tipos de vida ya fenecidos, sin otro valor que el de pertenecer a un tiempo, o a una región más o menos olvidados; tampoco aspira a reproducir el cuadro de determinados sucesos de la historia o la vida de alguno de sus protagonistas enriqueciéndolos con los prestigios del arte para darlos a conocer con la ilusión de una realidad más patética o cautivadora. Larreta alumbra, en el fondo auténtico de la historia de España, sintetizada y simbolizada en esta ciudad, a las criaturas de su fantasía, y éstas se mueven, dentro de su evocación, con un sentido pleno de verdadera unidad poética.

Nuestra imaginación, estimulada por la intensidad vital de sus personajes, los ve ahora recorrer estos lugares, mezclados con los de la historia real, y percibe el taconeo de su paso sobre las losas de la anchurosa puerta « enfática y seño-

rial ». También su majestuoso torreón, « altanero y fosco » fue un símbolo. Lo describe con palabras precisas y esculturales, destacando el estilo austero, severísimo, típicamente abulense de sus líneas. Los blasones que decoran el ancho arco adovelado de la puerta denuncian las gentes principales que lo habitaron. Por una extraña y feliz coincidencia, el ofrecimiento de esta placa ha sido iniciativa, en nuestra Academia de Letras, de un escritor, también él eximio novelista, don Manuel Mujica Láinez, cuya familia desciende de la rama castellana de García Ibañez de Muxica, de la que es uno de los escudos de la portada. En su biblioteca están, regalo del mismo Larreta a su joven amigo, algunos de los libros que le sirvieron para conocer la historia de la casona.

Larreta hace transcurrir la infancia de su héroe, movido por las memorias de la suya, en la cuadra del último piso del torreón donde, entre el zumbo de las ruedas, se entretenía con las añejas historias y las parlerías de las criadas. Allí se presentaba todas las tardes el viejo escudero Medrano, con cuya espada jugaba el niño, mientras escuchaba de sus labios hazañas y bravatas que enardecían su ánimo. Larreta reprodujo en esta figura la de un turco de gran estatura, pómulos salientes, bigotes caídos, que deslumbraba con sus dichos y extravagancias a las criadas españolas de su casa. El autor transfundía a su argumento en este caso, como en muchos otros, las experiencias de la propia vida, dándole aliento con el calor de su presencia actual. Desde los pozos de las estrechas ventanas por donde el aire llevaba, en los días templados, « el vago perfume de las fogatas compesinas y el rumor lejano de los molinos y batanes », Ramiro solía contemplar el paisaje; a veces por el lado del caserío; incli-

nado sobre el Adaja desde el macizo roquero de la ciudad amurallada ; otras, por el del valle Amblés, cuya vista grandiosa le ofrecía, fuera de los sotos ribereños, aquellos planos de « coloración austera, sequiza y mineral de un paisaje hurraño y apacible como el alma de un monje ».

La infinitud y simplicidad de la meseta castellana — donde la unidad del suelo y la anchura de la luz espiritualizan cada cosa — arrebatan el alma y la precipitan, tras la alucinación de una imagen que siempre huye, en el amor de las grandes aventuras del más allá, sea por las vías arduas de la escapada mística, sea por la dura vocación de la guerra. La novela de los moradores del torreón está envuelta y traspasada de esta iluminación, casi sobrenatural, que se le mete por las ventanas desde los vastos páramos de esta tierra inverosímil.

La intensa y vital transubstanciación poética del argumento histórico-novelesco se produce, en verdad, por obra de la maravillosa prosa del escritor. La novela tiene una extraordinaria belleza. Aquella prosa se desenvuelve con un ritmo seguro, tenso y sostenido, que proviene de la precisión y riqueza del vocabulario, del movimiento ordenado, elegante, de la frase, de la plástica figuración de una fantasía nunca desbordada. El autor extrema el empeño de la ejecución artística y hace gala de un refinamiento superior, sano y no rebuscado. En sus páginas se manifiesta en su esplendor el triunfo del modernismo que desató Rubén Darío con sus *Prosas Profanas*. Larreta abraza sus mismos ideales, no por imitación o seguimiento, sino por el estrecho parentesco de una misma vocación espiritual. Rubén Darío saluda en la obra maestra de Larreta a un príncipe de armonía y de belleza. Éste, naturalmente, no es extraño a los principios literarios de su época pero los asume en la personalidad del

propio estilo, viviéndolos con fluida espontaneidad, y su arte incorpora todos los matices de las diferentes escuelas, románticas, impresionistas, parnasianas, simbolistas, no para desfigurar el propio idioma, sino para afinarlo y enriquecerlo. Y en esto, que es tan importante para la conservación de la buena tradición de la lengua castellana, se manifiesta una vez más la influencia fecunda de los hábitos literarios vigentes en el habla culta y popular de la ciudad abulense. Larreta ha confesado con gracia cuánto debe en su manejo del idioma a las criadas españolas de su infancia, todas hijas de labriegos y pastores, « El castellano — decía — es una lengua eminentemente agrícola. Sus vocablos, tan metafóricos y al mismo tiempo tan realistas y exactos huelen a menudo a terrón y a humo de campo ». Por eso, hizo aquel conocido soneto a las buenas mujeres del cuarto de plancha y costura, y a su linda manera de nombrar cada cosa. « Érase que se era — un juglar que les debe toda su nombradía, — gaita sentimental y sonaja parlera ».

La substancia de su expresión literaria le viene de los místicos españoles. Le atraía de ellos el inspirado y sutil conocimiento de las pasiones y « ese lenguaje espiritado y al mismo tiempo jugoso y realista, continuo contraste de ideal y de prosa, de sol y sombra, de alucinación y de cordura, según la manera esencial de toda cosa ibérica y del cual el mejor emblema será siempre el éxtasis de Santa Teresa en la cocina de su convento sin dejar caer la sartén ». Por eso, en sus páginas no hay alardes de retórica, de pompa o de pedantería. La estructura del lenguaje, a pesar del rancio sabor y del anhelado purismo, tiene forma muy ceñida y precisa, concentrada y tensa, digna de su fantasía creadora, diversa y elada, sometida siempre a medidas áticas que, a veces esti-

mulan el movimiento de la frase y otras, lo contienen con la perfección de un equilibrio ejemplar. Es una prosa rica y múltiple, en la que se refleja el sortilegio de Ávila, sobria, vigorosa y densa como sus murallas, con el empaque, a veces, de sus arcaicos escudos nobiliarios; dulce, arrulladora y fresca cual su río; como su paisaje, cargado de silencios; llena de las reminiscencias del prolijo buril del arabesco; tiene de sus planicies, la escueta y viril desnudez; y del cielo trasparente, el aire de su substancia luminosa donde entre alegre resonar de campanas, vuelan como nubes, lentas, coloreadas, arremolinadas, las brillantes metáforas de su ingenio.

La visión larretiana de España surge del armonioso conjunto de sus páginas, inspiradas como es patente por la sugestión de la ciudad-símbolo.

« Soy español de sangre y de idioma, pero no de nacimientos », decía. Su formación intelectual, como la de todos los escritores rioplatenses, por un lado adolecía de la deformación escolar inspirada en la saña difamadora de algunos historiadores y, por otro, habíase nutrido de abundante cultura francesa. Esta última le proporcionó su varia y profusa visión de España, desmesurada, casi mitológica; « la España cristiana, de pasiones violentas, elementales y sombrías; la España musulmana, de exaltación poética y sensual ». Larreta recoge esta tradición, pero la supera, con una evocación llena de historia auténtica, no por sabida intelectualmente menos poética, y, por eso mismo, saturada de una severa y valiosa objetividad, prenda de un juicio sereno e imparcial.

El estudio prolijo de la historia le ha descubierto la verdad, triunfante, al fin, de la larga y oscura ingratitud que padecieron los hijos desgarrados del regazo materno. La

sonada decadencia se le antoja la más grande gloria de España. « Para hacer antaño — dijo en un artículo publicado en 1925 — lo que España hizo; era menester arrancar al hombre de su cotidiana y vulgar condición, aplacar en él sus instintos terreros, bajunos, exaltando sobre todo el desinterés, la abnegación, el ensueño, la honra. Larreta proclama la poesía, la gloria, el amor de esa grandeza. Para él, España es la nación alada y armada, la nación arcángel, la única que podía trasponer las columnas de Hércules y conquistar el nuevo mundo y « acaso, la más grande de todas en la era cristiana, porque así como otras, muy admiradas, continuaron a Grecia, España, su reverso, la complementa y forma con ella la esfera cumplida en el mundo de los valores estéticos y morales ».

En su novela, escrita muchos años antes de estas expresiones, está ya patente la certera visión, mejor dicho, la comprensión plena e íntima del alma española, intrépida y vehemente, que hizo, al cabo, de aquel pueblo una de las experiencias más singulares de la historia, « en busca siempre de la gloria máxima, tocando a cada paso, en uno y otro sentido, los límites opuestos de la pasión, el sí y el no, igualmente rotundos, igualmente recios » ante las solicitaciones del cielo y de la tierra.

Hace pocos años, tuve el privilegio de ofrecer a Enrique Larreta, en « Amigos del Libro », el homenaje que se le tributara con motivo del cincuentenario de *La Gloria de don Ramiro*. En su respuesta, conmovida y conmemorativa, tuvo diversas alusiones, ricas de ingenio, a la vida de su novela; y de su discurso sobrio y conmovedor, recuerdo los párrafos finales. Refirióse a su ya conocida admiración de escritor, al filósofo Nietzsche, y contó cómo desveló su ceguera. Ha-

llándose de nuevo en España, después de la segunda guerra mundial, al volver una tarde de otoño a Ávila, sucedió que en el momento preciso de traspasar la muralla, resonaron en su memoria, de misteriosa manera, las palabras del terrible filósofo contra la religión cristiana, bajo la cual, según él, no era posible concebir nada intrépido, nada verdaderamente grande. Vino a su mente entonces algo que constituye un complemento histórico y psicológico de la vida y de la obra de Santa Teresa de Jesús, aquella mujer prodigiosa: sus siete hermanos varones, ora en la Florida o en el Ecuador, o en el Perú, o en Chile, ora en el Río de la Plata, inflamados por el fuego religioso de la Santa, tomaron parte en la conquista de América. No puede hallarse — decía — más expresivo resumen de lo que hizo España en aquellos tiempos ni símbolo más completo que la ciudad en que ella y ellos nacieron. « Bendigo la hora — concluía — en que movido tan sólo quizá por motivos estéticos, escogí esa ciudad de Castilla como escenario de la parte principal de mi creación novelesca. A ella, a sus murallas y a sus claustros, debo sin duda la idea de concretar dentro de una sola alma, el fundamental conflicto de la ambición y el renunciamiento. Debo también a sus viejas crónicas de monjes y de conquistadores, la evocación de ese momento admirable en que el hombre, bajo las banderas de España, alcanzó una plenitud a que no había llegado nunca y cuyo sentido místico, cuyo sentido profundamente cristiano, lo dice una flor en la mano de América al final de mi libro ».

Esa flor fue la gloria de don Ramiro...

Este homenaje a un argentino ilustre que honró tanto a su patria cuanto a toda la cultura hispana, se convierte, por mérito de la evocación de su obra, en una ofrenda a la gloria

inmarcesible de España. De las lejanas playas americanas, donde encendiéronse, con paralelo fervor, iguales afanes, por el verbo de Enrique Larreta llegó a estas alturas, renovado y enriquecido, el eco del idioma común, depósito, custodia y símbolo de la unidad incomparable de nuestra solidaridad.

Esa es su gloria, la gloria de él ; y en ella nos unimos todos, españoles y americanos, para proclamar el pacífico imperio de una lengua en cuyo uso se exalta nuestro más íntimo patriotismo.

En nombre de la Academia Argentina de Letras, al dejar descubierta esta placa dedicada al insigne escritor, expreso el más vivo agradecimiento a las autoridades civiles, a la Real Academia de la Lengua por la cordial generosidad de su acogida y, en particular, a la gentilísima propietaria del palacio, la señora Marquesa de Crescente por la fina hospitalidad con que ha hecho posible que, para siempre, quedara incorporado a esta noble ciudad el recuerdo de nuestro homenaje a un argentino ilustre que la amó « con toda el alma ».

DISCURSO PRONUNCIADO

POR EL SEÑOR GOBERNADOR DE LA PROVINCIA DE AVILA
DON JOSÉ ANTONIO VACA DE OSMA

Excmos. Sres., Señoras y Señores :

La clave y la causa del presente está siempre en lo que pasó ayer, en lo que pasó anteayer. El hombre, — según decía nuestro insigne Ortega y Gasset —, no es más que historia y no le comprenderemos si no lo situamos en su momento ni nos comprenderemos a nosotros mismos si no nos aprehendemos nuestra propia razón histórica.

Llevado de esa delicia, de esa incomparable delicia que es el pensar he encontrado la raíz de este acto de hoy, su razón esencial, en la generosidad.

De ahí la satisfacción con que acogimos desde el primer instante la idea de un homenaje a Larreta en Ávila y con motivo de él, de un acto de confraternidad hispano-argentina, porque pocos pueblos están más necesitados de la generosidad que los nuestros, precisamente para contrarrestar en grandes dosis los desvíos a que nos lleva la elevada temperatura pasional-común.

Generoso fue el esfuerzo de Larreta por penetrar en el alma de España del siglo XVI, como decía Unamuno, y ampliamente generoso es vuestro gesto al venir hoy hasta estas tierras altas de Castilla.

Permitidme también que os diga que los tres momentos personales de mi razón histórica hispano-argentina, mis tres modestas experiencias de relación pública con vuestro gran país, son una sucesión de generosidades mutuas.

La primera fue hace ya bastantes años al participar en representación del Ministerio de Asuntos Exteriores español en un acto en el que el entonces Embajador de la República Argentina, al frente de toda la representación diplomática, fue al cogollo de La Mancha, a la aldea de El Toboso, para rendir homenaje a ese símbolo de lo hispánico que es Don Alonso Quijano el Bueno. En la inmensa llanura manchega, parada en el tiempo, soñando su eterna historia imaginaria, sonaba vuestro dulce verbo criollo con acentos tan cálidos que casi nos hacían ver acercarse desde el horizonte a Martín Fierro cabalgando al lado de Don Quijote por una Pampa de molinos, hecha para la andadura de grandes caballeros.

La segunda, fue poco después, con igual honrosa representación y la misma ilustre compañía, esta vez al borde de la salina claridad de las playas malagueñas, donde España entregaba a la veneración de la Argentina los restos de los padres de vuestro San Martín, el de Chacabuco y de Maipú, el que antes fue nuestro en la gran jornada de Bailén y ahora es gloria común de nuestra stirpe.

Generosidad española que por aquel entonces era correspondida con algo que nunca podremos olvidar, con algo que nos dio la Argentina y que aquí, en Castilla, adquiere resonancias germinales y casi sacramentales: pan. Ahí es nada, señores. Porque teníamos hambre y nos dísteis de comer. Sin políticas, sin retóricas, pueblo a pueblo, de hermano a hermano.

Con vuestro homenaje a Larreta de hoy tengo la fortuna de participar en este tercer reencuentro de generosidades en este acto en el que la Academia Argentina de Letras confirma y afirma en placa de bronce el vínculo que hace más de cuatro siglos nos une: el idioma, « que es tal vez la más radical esclavitud del hombre y al propio tiempo su mayor ventura ».

Y concretamente hoy, el idioma en la obra de Don Enrique Larreta que llegó a Ávila sin más bagaje que aquel de saber que la nobleza es un privilegio de obligaciones y acabó sus días tan henchidos de Ávila los sótanos de su alma, que unidas quedarán ya sus memorias.

Quisiera sin embargo, y ya que antes hablaba de Don Quijote, romper una lanza para que desaparezcan ciertos prejuicios que durante años han enturbiado para determinados espíritus abulenses esa magnífica entente vital y literaria, hombre-obra-ciudad, que es « La gloria de Don Ramiro ».

Sé que Larreta ofreció suprimir algunos pasajes de su novela, que describen ciertos ambientes, episodios y personas que dan una idea equívoca acerca de la espiritualidad abulense, tan cara en la ciudad de Santa Teresa. El escritor buscaba un ambiente, la España de Felipe II. Su imaginación trazó un argumento, y Ávila, en principio, no fue para él más que el escenario accidental.

Una ciudad es un conjunto de secretos, un difícil arcano casi imposible de penetrar para el que de fuera viene. Ávila, si cabe, es más recóndita. El Ávila de Don Ramiro, personaje novelístico, es un escenario, casi siempre fiel en lo físico, no siempre en lo profundo.

Porque el Ávila del hombre al que hoy rendimos homenaje, el Ávila de aquel a quien pudiéramos llamar Don Ramiro Larreta « el Bueno », esa, viene después. Cuando al vivirla, al revivirla, al sentirla, al empaparse de ella, la empieza a comprender y por la comprensión llega a amarla y a apenas poder vivir sin ella. Si en algo pecó Larreta en el Ávila — imagen de su novela — bien puede perdonársele por el amor.

Téngase en cuenta también que todo lo humano, personas, acciones, ideas y pasiones, obras y construcciones, tienen su edad y su tiempo. Las palabras significan infinitas cosas, según quien las diga, según quien las oiga.

El tiempo de Larreta fue el de Flaubert y el de Valle Inclán, el de Blasco Ibáñez, el de D'Annunzio. Su obra fue una reconstrucción histórico-novelesca a la moda de la época. En su género, un verdadero modelo. El juego del amor y de la muerte, el combate del cuerpo y el alma, adquieren tono mayor. Don Ramiro nace un año antes de Lepanto. La acción de la novela empieza dos días después.

de morir Santa Teresa, de su vivir auhelado junto al Esposo.

Si antes he dicho que Larreta en Ávila se salva por amor, se salva también por el esfuerzo heroico, dificilísimo, de su empresa. « ¡ Podrán los encantadores quitarme la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo, imposible! », como dijo el Caballero de la Triste Figura ya viejo y ya molido de palos infinitos, ¡ Ahí es nada, reconstruir la España del siglo xvi! Su obra pasa a las antologías. Pero la mayor victoria de este Don Ramiro Larreta el Bueno, como la de todas las almas grandes y nobles, está en el amor desinteresado, post-novela, al Ávila de sus pensamientos, y en la humildad con que ofrece al Prelado abulense suprimir aquellos párrafos de su libro que hubieran podido parecerle inconvenientes.

Por eso, aún entrando en terreno escabroso, creo que el mejor homenaje que puedo presentar a la memoria de Larreta, al agradecerlos, señores, esta placa de bronce, noble y grande también, es el de este sincero análisis de su intención, este desvelamiento, este procurar rasgar el velo que separaba al insigne argentino de algunos recónditos entresijos de su amada inmóvil.

Puedo aseguraros también, señores, que con visitas tan gratas y honrosas como ésta de hoy, Argentina el gran sueño blanco y azul de España en el corazón de Castilla, Ávila va abriendo cada día más su pecho a las cosas, ocupándose y preocupándose de ellas « directamente y sin más, en vez de vivir a la defensiva, de tener un tanto trabadas sus potencias espirituales, que son egregias. Su curiosidad, su perspicacia, su claridad mental, secuestradas por los complejos de lo personal, empiezan a romper amarras ».

Porque debemos darnos cuenta que para « ir de vuelo »

como Teresa y Juan hace falta el soplo divino. A nuestras pobres naves hay que empujarlas con esfuerzo de remo y con viento de esperanza. Como hizo Don Ramiro al ir a América, de donde vosotros venís.

Que todos tengamos, como el héroe de Larreta, una Santa Rosa de Lima que nos acoja, que nos rece el Padrenuestro al morir en sus brazos.

Esa será nuestra gloria, como fue « La gloria de Don Ramiro ».

DISCURSO DE DON JUAN O. GAUNA, EMBAJADOR ARGENTINO

Como Embajador de la República Argentina en España, debo decir pocas y precisas palabras en este homenaje que la Academia Argentina de Letras rinde a Enrique Larreta, pues las piezas oratorias, de registro antológico, dichas aquí por dos señores de las letras, de eminencia académica y señeros representantes de la intelectualidad de nuestros países, han dado ya a este acto la relevancia evocativa y el encumbramiento espiritual, digno de la memoración de un príncipe del idioma.

Pero sí me corresponde decir que en este bronce y en el mensaje de que ha sido portador el doctor Atilio Dell'Oro Maíni, se reconocen una expresión del alma argentina; una afirmación emocional y de lealtad de un pueblo, que la Academia Argentina de Letras, como alta intérprete de su sensibilidad nacional, deja depositada en esta ciudad — corazón amurallado de la vieja estirpe — para enaltecimiento de un hijo preclaro de la Argentina, que aquí encontró el recogimiento, la inspiración y el gozo creador del artista.

Que aquí recogió las confidencias de estas piedras ilustres y los latidos existenciales de Don Ramiro para proyectarlo a la sensibilidad de nuestra raza, como una angustia y una voluntad debatiente al servicio del hombre y de Dios, con la riqueza, el encantamiento y la armonía expresivos que yacen en las canteras de nuestra lengua.

Mi patria sabe que este bronce ha de permanecer en la Torre del Palacio de Crescente, al amparo de la fineza fraternal de Ávila y de la cuidadosa advertencia del tuétano de España, pues trae en la forja — a través de la proceridad de Larreta — una respuesta simbólica a la convocante identidad de nuestros pueblos, que proviene de la continuidad de la sangre y del idioma; de profundas sugerencias de la raza y de trascendentes compaginaciones históricas.

Por ello, el sentido y la brevedad de mis palabras apuntan a señalar un reconocimiento argentino hacia España que, con delicada intimidad, nos ha abierto las puertas de Ávila, para este peregrinaje que se realiza tras las huellas de Don Enrique Larreta.

Agradezco a las autoridades nacionales, provinciales y municipales la cordialidad de su gesto colaborador y amigo con nuestra Academia de Letras y con la Embajada Argentina, para la posibilidad de este acto y su destacada brillantez.

Igualmente a la Real Academia de la Lengua Española, que se ha hecho presente con uno de los más prestigiosos valores de la intelectualidad hispánica: el Exmo. Académico D. Joaquín Calvo Sotelo.

Entrego a la Exma. Señora Marquesa de Crescente y hermanas, sensibles cultoras de la prosapia española, nuestra reverencia y gratitud, por ceder el Torreón — donde Larreta

dio morada a Don Ramiro — para que luzca este mensaje argentino, en homenaje a su artífice.

Señor Gobernador Civil :

Si hay una versión cabal de la caballeridad y nobleza del espíritu español, vuestra persona sabe expresarlo.

En nombre de la República Argentina, os entrego su agradecimiento, por la significativa amplitud con que supisteis entender y servir con grandeza y hermandad, esta recordación a Enrique Larreta.

DISERTACIONES ACADÉMICAS *

I

UNIVERSALIDAD Y LOCALISMO

DE UNA COPLA A UN REFRÁN

A muchos el estudio del folklore les hace incurrir en un dañoso cuando no divertido error de perspectiva. Ello particularmente entre nosotros, donde no carecemos, por suerte, de contados pero seguros maestros en esta disciplina.

Como el folklore atiende de preferencia a las manifestaciones de la cultura más ceñidamente referidas a un determinado rincón geográfico, parece que no faltan quienes entienden que cuanto a ese rincón se encuentre en materia de actividad literaria o artística, con catadura popular, todo ello no puede menos que constituir el folklore propiamente dicho de la comarca. Se les olvida — no siempre se sabe si por malicia metódica, escasez de noticias, o alarde localista — las ininterrumpidas interferencias y los continuos y sutiles intercambios que existen, en lo popular y lo culto, entre las manifestaciones folklóricas de una región y las ma-

* Como en otras ocasiones, los autores disertaron al terminar sesiones ordinarias que correspondieron, respectivamente, al 16 de septiembre y al 14 y 28 de octubre.

nifestaciones similares de otras muchas regiones, insospechadamente lejanas, a veces, en el tiempo y en el ámbito topográfico.

No nos es dado comprender lo local sino por oposición y contraste. Puesto que los temas y los motivos folklóricos son por sí mismos bastante limitados pero mudables y ubicuos, la originalidad de ellos radica, con no poca frecuencia, sólo en las variantes o en el juego no siempre perceptible de los matices: en la peculiar entonación con que vuelve a colorearlos la sociedad o el ambiente dentro de cuyos límites el aficionado y el técnico folklorista aciertan a sorprenderlos.

De ahí que en cuestión de folklore, materia en apariencia lugareña, o por lo menos localista, nada cobra sentido si no se procede con un amplio criterio comparativo y no dejan de lado las restricciones de los métodos de alcance precisamente sólo « lugareño ». Sin estar ejercitados en disciplinas humanistas de proyección más vasta, y sin afirmar la estimación de los datos locales en la base de un amplio y verificado material de procedencia varia, poco o nada es lo que puede lograrse con rigor y provecho. Faltos de esa base, aun los esfuerzos meritorios suelen aparecer casi invalidados. Sin visión de conjunto y capacidad de síntesis, todo viene a quedar como a mitad de camino: todo concluye por verse reducido, en otros términos, a una poco útil cuanto laboriosa acumulación de materiales, mera compilación, no ciencia.

Antes de ahora, y en otro sitio¹, hemos señalado algunos

¹ ÁNGEL J. BATTISTESSA, *De stirpe nativa* (reseña del libro de este título, de D. José Ramiro Podetti, Buenos Aires, Editorial campera, 1925), en *Boletín del Instituto de Filología*, Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires, 1926, I, pág. 126 y siguientes.

de los inconvenientes que implica el darse a estas disciplinas sin el previo y holgado conocimiento de otras muchas que las complementan y circunscriben. Porque bien puede el folklore ser algo así como la ciencia de la cultura popular localmente acotada, pero a la ciencia — incluida la ciencia folklórica — en nada le está permitido ser lugareña. El hecho de que una copla se diga o se cante entre la gente llana de nuestras provincias, no autoriza, pongamos por caso, suponerla, sin más, originaria de la zona. A lo mejor cabe sorprenderla también en España, y aun más lejanamente en el quintaesenciado mundillo trovadoresco de Francia.

Sin mencionar, por conocido, el caso de Pedro de Urde-malas, el personaje del entremés cervantino cuya divertida hazañería tanto se ha enriquecido más tarde en algunas regiones de nuestra República (en Córdoba y Santiago principalmente, donde vive junto a otros temas populares de extracción española como el de la Cueva de Salamanca), en el libro aquí recordado en nota a pie de la página, sobre todo en el capítulo de coplas y cantares, figuran algunas estrofas que, encaradas desde adecuado punto de vista, ofrecen buenos elementos para determinar la procedencia de bastantes motivos populares, con su insospechada reiteración histórica y su enorme difusión geográfica.

Por ilustrativo, basta un ejemplo.

En la página 35 del libro señalado, sin ninguna clase de comentario se lee la siguiente copla, recogida por el meritorio colector, de boca de viejos habitantes, en la provincia de San Luis :

Tienes una garganta
tan clara y bella,
que hasta el agua que tomas
se ve por ella.

De casta le viene al galgo. Esta copla, cuya agudeza alambicada transparente remotos orígenes literarios, no es autóctona como en la misma colección se supone. Nos vino de España. Lo afirma esta antigua variante, acopiada por Francisco Marín en sus *Cantos españoles* :

Tu garganta
tan clara y tan bella,
todo lo que bebes
se clarea en ella.

Y esta otra :

Tiene una garganta
muy suave y fresca,
cuando bebe el vino
todo se clarea.

y esta otra, recogida por la novelista de costumbres Cecilia Böhl de Faber, « Fernán Caballero ». De las que conocemos, es la que presenta más acentuado parecido con la recogida en tierra puntana :

Tienes la garganta
tan clara, tan bella,
que hasta lo que bebes
se trasluce en ella.

Pero es preciso ir más lejos y buscar fuera de la Península la génesis de este reiterado motivo poético. En 1884, ya Manuel Milá y Fontanals, en un *compte-rendu* del citado libro de Rodríguez Marín, se inclinaba a considerar ese pensamiento poético, inserto con una que otra variante en las estrofas en cuestión, como proveniente del pasaje de un antiguo trovador. No decía el ilustre filólogo catalán en qué

fundaba su sospecha, aunque es de suponer que lo hiciera en atención al tono conceptuoso, propio de la *poésie courtoise*, que aún conservan esas coplas. Mas, haya sido por esta o por otras razones, lo cierto es que la sospecha de Milá y Fontanals puede acreditarse con sólo reproducir aquí un delicado texto del siglo XIII, publicado por P. Meyer en el *Jahrbuch für romanischen und englischen Literatur* (v. pág. 400, 1864) y recogido en las páginas de *Romania* (XIII, pág. 150, 1884), el que dice :

*Quant vous buvés le vin vermeil
et la couleur descent à val,
parmi la gorge reluit com' par cristal,
et descent jusq' en la couraille.*

Lo que mudado del antiguo francés al español de ahora nos viene a dar de aproximativa manera :

Cuando bebes el vino bermejo,
y el color va descendiendo,
a través de la garganta reluce como en un cristal,
y descende hasta la corada.

Los refranes, aun supuesto que sus transmigraciones y mudanzas son en general bastante conocidas por todos, se prestan, de igual manera, para parecidas observaciones orientadoras². Todos — estudiosos o no — los saben propios, por así decirlo, del fondo común universal de la sabi-

² ÁNGEL J. BATTISTESSA, « En torno a un refrán », en *Boletín del Instituto de Cultura Latinoamericana*, de la Facultad de Filosofía y Letras, año III, núm. 16, Buenos Aires, julio-agosto 1939, págs. 161-164. Cf., además, JOSÉ HERNÁNDEZ, *Martín Fierro*, edición crítica de Ángel J. Battistessa. Buenos Aires, Peuser, 1958, págs. 23-26. °

duría del pueblo, o más precisamente de los pueblos. Sin embargo, es bastante frecuente la cómoda tentación de asignarlos, en todo o en parte, a un determinado país o comarca : así se oye hablar, en ocasiones no sin énfasis patriótico, de refranes españoles, franceses, italianos, ingleses, alemanes, picardos, catalanes, andaluces, piemonteses, etc. También se habla de refranes *argentinos*. Claro está que los hay, si no siempre por el origen, al menos por la aludida matización que le viene del medio en que han prosperado luego de los azares o de las ventajas del trasplante.

Descontados los que proceden de traducción o de calco, por poco que se tenga alguna familiaridad con la literatura popular de otros países, pronto se advierte que los más de nuestros refranes son de neta procedencia española : en su caudaloso desprendimiento, el torrente idiomático no pudo menos que acarrearlos hasta nosotros. Pero a través de España — como en el caso de la copla sobredicha — ese acarreo procede, no pocas veces, de mucho más lejos.

Sea que el escritor lo recoja del pueblo, sea que excepcionalmente el mismo escritor acierte a acuñarlo por su propia cuenta, y después el pueblo sepa apropiárselo, entre nosotros es en las páginas de *Martín Fierro* donde acaso puede sorprenderse algún refrán ajeno al gran fondo común universal. pero los más de esos refranes, aun aquellos a los que el contexto « localiza » y hace nuestros, no constituyen excepción de la capital regla expuesta. Los ejemplos surgen patentes con sólo hojear el poema de Hernández. Sin tiempo ni espacio para atender a otros, por el momento — como en la antecedente oportunidad — limitémonos al estudio de uno sólo :

Mas quien manda los pesares
 manda también el consuelo ;
 la luz que baja del cielo
 alumbrá al más encumbrao,
 y hasta el pelo más delgao
 hace su sombra en el suelo.

(Obr. cit., Segunda parte, vv. 397-372)

Este es el tipo — ya se advierte — de lo que entre nosotros suele llamarse un refrán de *Martín Fierro* y, por de contado, un refrán argentino. ¡ Pocos tan españoles, sin embargo ! Sin detenernos para entresacar muestras en autores diversos, debe advertirse que, con otros paremiólogos, como tal, esto es, como propiamente español, lo recoge Gonzalo Correas en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* : « Cada cabello hace su sombra en el suelo »³. En términos idénticos lo registra el famoso Hernán Nuñez⁴. Con nota de francés lo asienta el conde Henri de Vibraye, en su *Trésor des proverbes français anciens et modernes* : *Il n'y a de poil qui n' ait son ombre*⁵. En el acervo de la lengua de Francia circula esta graciosa variante : *Il n'y a si petit buisson qui n' ait son ombre*. Existe la enunciación inglesa : *Even a hair casts its shadow*, y también la italiana : *Ogni pelo ha la sua ombra*⁶. Los alemanes lo tienen por suyo, pues no solo se lo oye en boca de personas pueblerinas

³ *Obr. cit.*, Madrid, 1906, núm. 328. (Recuérdese que el *Vocabulario* del maestro Correas data del siglo xvii).

⁴ *Refranes glosados por Hernando Núñez Pinciano...*, Madrid, Juan de la Cuesta, 1618, pág. 21 r., col. a.

⁵ *Obr. cit.*, París, Emile Hazan, 1934, pág. 346.

⁶ AUGUSTO ARTHABER, *Dizionario comparato di proverbi...* Milán, Hoepli, 1929.

y burguesas de la región renana — *Auch ein Haar hat seinen Schatten* —, si no que inclusive Goethe — ¡ según idéntico procedimiento al que luego utilizaría Hernández! — no desdénó apropiárselo para su repertorio de tono refranero pero de intención tan particularmente personal como la de sus demás escritos: *Das kleinste Haar wirft seinen Schatten* ⁷.

Inútil agregar que asimismo en otros tiempos y lugares es posible indicar el uso y la difusión del refrán susodicho. Para abreviar citas digamos tan sólo que ese refrán de aparente exclusivo sesgo martiniferresco es anterior... a nuestra Era. Podía oírse en las calles de Roma y ya se lo encuentra en los escritos de Publilius Cyrus, el sugestivo poeta gnómico latino que vivió entre los años 85 y 43 antes de N. S. J. C.: *Etium capillus unus habet umbram suam*, según se registra textualmente en la edición conjunta de sus obras (Bickford-Smith, *Publilius Cyrus Opera*, Londres, 1895) y aun en otros textos mucho más accesibles y manuales ⁸.

No nos pongamos tristes. Contrariamente a lo que de primera intención podría sospecharse, estas confrontaciones, si restringen en algo aquel concepto tan difundido y trivial de lo autóctono, en poco amenguan la justa estimación que se debe a lo que únicamente en cierto sentido es dado considerar como « nuestro ». Después de todo, así se trate sólo de materia folklórica, nada parece más grato que este saberse con una tan dilatada y prestigiosa ascendencia... Se hace pues un deber — un deber científico — descubrir y declarar

⁷ *Sprübhe*, en *Goethes Werke*, Leipzig, Insel-Verlag, s. d., t. VI, pág. 487, núm. 9.

⁸ Cf. MAÛRICE RAT, *Anthologie des poètes latins*, París, Garnier, s. d. t. I, pág. 326; GIUSEPPE FUMAGALLI, *L'ape latina*, Milán, Hoepli, 2ª ed., 1949, pág. 79, núm. 677, etc.

tales filiaciones. Los que ocultan a sus parientes — decía Rodin — es porque se saben mal emparentados.

ÁNGEL J. BATTISTESSA

II

SOBRE « LA CAUTIVA »

En ameno tono de conversación, el Secretario General, don Leonidas de Vedia, recordó antecedentes de la erección de la estatua de Esteban Echeverría. Evocó así las tareas de su señor padre, D. Enrique de Vedia, cuando siendo rector del Colegio Nacional de Buenos Aires, en 1901, formó una comisión de alumnos destinada a trabajar en favor del homenaje que se proyectaba tributar al autor de « La Cautiva ». Se refirió en seguida a la obra escultórica de Torcuato Tasso, autor de la estatua del poeta, cuyos bocetos fueron presentados al general don Bartolomé Mitre, amigo juvenil de Echeverría en el destierro de Montevideo, para que juzgase y testimoniase el valor evocativo y artístico de la obra. Mencionó al respecto las opiniones favorables y las observaciones pertinentes del General, y después de otras referencias que destacaron cómo D. Enrique de Vedia se preocupó, a comienzos del siglo, por hacer justicia al poeta representativo del primer romanticismo en las letras argentinas, comentó el criterio de su padre, expuesto en un trabajo publicado en 1904 y reproducido siete años después en su libro *El arte de leer*, a propósito de lo que consideró una intención política, transparente en el simbolismo del poema « La Cautiva ».

En este aspecto de su evocación se detuvo especialmente el disertante, y leyó partes del estudio mencionado así como versos de Echeverría que en el poema recordado permiten apreciar en qué medida la opinión que les atribuye intención simbólica, se funda en una presunción de indudable interés y de importancia histórica.

Finalmente, exhibió el medallón de bronce con la efigie del poeta, obra del mencionado escultor, y donó la valiosa pieza a la Academia.

III

HOMENAJE A JOSÉ ORTEGA Y GASSET

Se ha cumplido en este mes de octubre el décimo aniversario de la muerte de José Ortega y Gasset. Él y Miguel de Unamuno fueron en lo que va del siglo, por consenso general, los dos pensadores españoles cuyas meditaciones alcanzaron mayor extensión, densidad y penetración, y por tanto autoridad, así sobre los problemas relativos al ser y destino del hombre como sobre los sociales y morales originados en las colectividades modernas, entre las cuales su España, que tanto los afligía, era una viva y continua presencia.

En las breves palabras que he de decir, respondiendo a un pedido de nuestro Presidente, siempre atento a las emociones de la vida intelectual, no cabe, por supuesto, delinear siquiera en forma esquemática los diferentes caminos seguidos por el pensamiento de Ortega y Gasset para explorar las materias en que se entró con gallardía, cuando no descubriéndolas, marcándolas al menos con su sello personalísimo, que lo eran a la vez el pensamiento y el estilo.

Queden, pues, por fuerza, sin examinar, al margen de esta recordación, el pensamiento complejo del filósofo, del sociólogo, del político, del moralista, del crítico de arte y de letras, fuente todo ello, por conducto del estilo precioso y sutil, de nobles emociones intelectuales, materias todas que piden el ensayo meditado y extenso.

Pero, como conmemoro al pensador ilustre en una academia de letras, y academia argentina, debo recordar ineludiblemente al ensayista que iluminó la lengua castellana con su particularísimo estilo, alumbrado por reflejos de la gracia platónica, prosa la suya que perdurará en la línea de las más altas cumbres de la española y americana. Ni tampoco hemos de olvidar la influencia ejercida por el pensador sobre nosotros gracias a una persuasiva docencia que, iniciada en su primer viaje a la Argentina en 1916, aún obra por vía de su prosa ejemplar y de los estímulos de un pensamiento abierto a todos los rumbos, así como por otra de las empresas de cultura fundadas por el filósofo: la *Revista de Occidente* y la biblioteca que llevó el sello de ésta, destinada a ensanchar la curiosidad filosófica y científica siempre alerta del mundo hispanohablante.

Para contemplar a Ortega y Gasset hay, sin duda, una perspectiva que nos es propia, genuinamente argentina, por más que coincida en muchos ángulos con la peninsular y la de otros países de América. Surge esa perspectiva el día en que de labios del joven filósofo recogimos (autoríceseme emplear aquí por ajustada a la verdad, la ya cansada imagen) el mensaje de la « nueva sensibilidad » que él nos traía con palabras seductoras. Desde entonces *El Espectador* fue para los jóvenes más despiertos, rector y maestro, y todavía conserva para las nuevas generaciones su prestigio de tal;

vuelto a crecer en los últimos años. Pero nosotros los argentinos, los « hombres a la defensiva », según su definición, que yo me atreví a discutirle respetuosamente; nosotros, desde la simbólica pampa, henchida, según él la veía, de promesas, también fuimos algo desde entonces en su vida. Con patética vivencia, sobre todo después de su segunda visita hecha en 1928, él comprendió, como lo escribió en *El Espectador*, que el habla castellana había adquirido un volumen mundial y que, por tanto, convenía que se hiciera el ensayo de henchir ese volumen « con otra cosa — repito palabras suyas— que emociones y pensamientos de aldea... » Que es lo que el Cuarto Congreso de Academias de la Lengua, celebrado en este recinto el año pasado, ratificó por la voz de veinte naciones.

ROBERTO F. GIUSTI.

TEXTOS Y DOCUMENTOS

El autor de « La gloria de Don Ramiro » habla de su obra *

Todos, aquí, seguramente, os acordáis de aquella escena última en que Don Quijote recobrado el juicio y al sentir que se iba muriendo a « toda prisa » hace llamar a su escudero para pedirle perdón. El libro dice : « ¡ Ay !, respondió Sancho llorando, no se muera Vuesa Merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años ». Como veis, yo, por mi parte, he seguido, al pie de la letra, el consejo de Sancho. Esto me permite conocer, por fin, la gran serenidad, la serenidad del anochecer, la serenidad de ese instante en que los vientos sosiegan su turbulencia, los pájaros retornan a sus nidos y todo se envuelve en una penumbra soñadora, como si el cielo nos enviara, con los últimos rayos del sol, un mensaje de conformidad y de recogimiento.

A esta altura, ¡ quién lo hubiera dicho !, los muchos años suelen convertirse en una presunción, en un nuevo cosmético, si se me permite la palabra, y es entonces nueva ele-

* La asociación Amigos del Libro celebró en el Salón Kraft, el 25 de octubre de 1957, un homenaje a don Enrique Larreta, con motivo de cumplirse cincuenta años de la publicación de *La gloria de don Ramiro*. En ese acto, el autor de la famosa novela leyó el trabajo aquí reproducido.

gancia decirle el guarismo exacto a cualquier vecino y aun a cualquier vecina, aunque no lo pregunten. Paralelamente, resulta para mí satisfacción muy verdadera poder recordar, ahora, con vosotros, mis queridos compañeros de Amigos del Libro, que muy pronto hará medio siglo que yo entregué en Madrid, a la casa editora de Victoriano Suárez, los originales de mi novela *La gloria de Don Ramiro*.

* * *

Debo agregar, a este respecto, que siempre me pareció muy natural, muy lógico, que algunos se preguntaran, entonces: ¿Por qué en el extranjero y no en su patria?, atribuyéndolo, probablemente, a falta de confianza en mi tierra. Sin embargo, no hubo tal cosa. Mi propósito fue publicar ese libro aquí en Buenos Aires, como lo sabían mis amigos y lo saben aquellos a quienes, por afectuosa excepción, leí muchas páginas a medida que las iba escribiendo. Pero: « El hombre propone... ». Después de un año de continuo y agitado peregrinar por pueblos y tierras de España regresé a Buenos Aires en 1902 y, en seguida, con fervorosa impaciencia como un fraile medioeval, me encerré en mi biblioteca, sin más ocupación, durante seis años consecutivos que la de escribir, por fin, la novela con que venía soñando de tiempo atrás. Trabajaba a veces hasta diez horas diarias, leyendo y escribiendo frenéticamente e internándome poco a poco, en una sobreexcitación que llegaba a veces a los bordes del delirio, convertido yo mismo en fantasma, en estantigua de una época tan diferente de la nuestra. Al hablar, en el capítulo cuarto de la segunda parte, de cierto personaje, le atribuyo síntomas enfermizos no muy diferentes de los que yo mismo experimentaba. Un penetrante crítico

francés diría, más tarde, que mi novela era un libro de evidente alucinación. Sobrevino el agotamiento nervioso que era de esperarse. y los médicos me prescribieron, según la sabia terapéutica de aquellos tiempos, un viaje a Europa. He ahí la explicación de la publicación en el extranjero. Por otra parte ¿qué más daba que mi obra apareciera allá o aquí? ¡ Estaba yo tan lejos, tan lejos de atribuirle especial importancia! Mis ilusiones, lo recuerdo muy bien, eran harto modestas; se contentaban con haber dado forma escrita a mis sueños y con la posible aprobación de algunos amigos y, entre ellos, naturalmente, mi admirado, mi querido maestro, mi único maestro, Paul Groussac, a la sazón en París, donde yo entonces residía. No exagero, no, al decir que mi sorpresa fue inmensa cuando empezaron a llegar los juicios de los más famosos escritores españoles, a quienes yo sólo conocía por sus escritos y sus retratos. Todo ello se debió seguramente a la simpatía que hubo de inspirarles el que un hombre de América escogiera para su primer trabajo de aliento un asunto puramente español.

* * *

Fuera lo que fuera, España me abrió desde entonces sus brazos. Mi gratitud es muy grande y cada vez más justificada. ¿Cómo no aprovechar esta ocasión para expresarlo, especialmente ante vosotros? La he llamado hace poco: Regazo. Namen, Verónica. En 1950 me otorga, por mi novela *Orillas del Ebro*, el Premio Nacional de Literatura, que lleva el nombre de Miguel de Cervantes, y ahora recibo desde allí una invitación a la que espero poder concurrir en el curso del año próximo.

En Francia, en la Francia de 1910, que era todavía la

tierra de la más egregia literatura (se ha hablado muchas veces de « el milagro griego » ; hubo también « el milagro francés ») ; en Francia, digo, me esperaba una sorpresa aún mayor, por no ser país del mismo idioma.

¿Qué hacer ante aquellas noticias? Siempre hay algo que hacer y no faltó quien me dijera también, « Buen Señor », « Noble Señor », como si hubiésemos estado en Venecia o en Chipre. Desengaños ... que ya me había pronosticado, con generosas palabras, el admirable poeta, el Divino Darío, como lo habrían llamado en el « Siglo de Oro ». Desengaños, tal vez, necesarios. Biología. Contrastes naturales que enrodrigan y fortalecen al árbol.

Si en estos casos interviniera un poco de candor, me dirijo ahora a los escritores jóvenes, no os arrepintáis, Las grandes cosas las hacen los cándidos, no los precavidos.

* * *

Nadie ignora que el renombre literario es asunto ondulante, mudable, tornadizo, como todo lo que existe. En ocasiones la fama de un libro, asomándose al mismo filo, a la misma boca del proscenio, acapara todos los aplausos ; luego, como dando lugar a otras mudanzas, aléjase un momento, más o menos largo, girando en la sombra, para reaparecer, más adelante, en la punta de los pies, hasta conquistar de nuevo la iluminación de las candilejas ; coreografía de toda clase de gloria. Sin embargo, y esto lo digo con personal inquietud, sucede muy a menudo que aquella danzante figura no vuelva a aparecer nunca más. Bueno es, pues, que, en medio de tanta inconstancia, una novela marchitada su fábula y, a falta de méritos verdaderamente superiores, como la mía, deje, al menos, un residuo de posible provecho, de posible

utilidad a manera del rugoso y resistente hueso, cuando el fruto cae y se pudre.

* * *

La Historia no nos perdona nombre de Rey, ni de Reina, ni de Ministro, ni de General, ni de Príncipe, nos habla con genealógicos pormenores de alianzas dinásticas, nos describe minuciosamente asedios, batallas, etcétera. etcétera, cosas que no conviene ignorar, sin duda alguna y que hoy día llegamos a conocer de modo más completo que los hombres comunes que vivieron en la misma época, quienes, a lo mejor, lo ignoraron del todo o lo miraron con indiferencia, sumidos en sus afanes cotidianos y lugareños, materia para ellos mucho más importante. Yo quise evocar, primeramente como base de mi fantasía, lo que fue o más bien dicho, lo que pudo ser la existencia de aquellos hombres comunes, en una de las viejas ciudades de Castilla, en el siglo XVI, sus pasiones, sus pensamientos, lo que pasaba en sus almas, cuando mi sangre ancestral palpitaba, también por allí, en las tierras cantábricas. No fue por cierto mi información lo que suele llamarse información de segunda mano, sino, más bien, un modesto husmear, un modesto hurgar personal en lo positivo y lo auténtico: crónicas locales, cartas, autobiografías, novelas picarescas, papeles privados, ejecutorias, testamentos, concertado después, claro está, en una ficción dramática, sin lo cual no hubiera hallado lectores. En fin, lo que dije antes, un libro útil. Y es, seguramente, por éso que se le sigue leyendo.

* * *

Creo haber escrito después otros libros, superiores a aquél por la destreza de la composición y la calidad del estilo,

especialmente la novela de argumento argentino español *El Gerardo*, que acabo de publicar ; pero, por lo visto, los lectores siguen prefiriendo el primero y, esta vez, probablemente « Monsieur tout le monde », como dicen en Francia, tiene también razón, porque, a pesar de una menor experiencia, fue en aquel libro, *osex ossibus meis et caro de carne mea*, donde volqué lo más profundo y esencial de mi ser ; estallido volcánico de la personalidad, que rara vez se repite en la obra de un inventor literario, según la expresión del mismo Cervantes. Los ejemplos abundan.

* * *

Verbo, Idea, Logos, o como quiera llamársele, anterior a la vida, anterior a la materia, sigue señoreándolo todo, y, entre nosotros, los hombres, fabricando la historia.

Yo admiraba mucho, desde mi posición de escritor, al filósofo Nietzsche ; le admiraba por sus sorprendentes hallazgos, por su gran estro lírico, por su joyería perfecta de mitos y de imágenes ; y para poder disfrutar tranquilo el placer de leerlo, me hacía el desentendido, ante mi propia conciencia, cuando topaba con sus invectivas contra el Cristianismo o sus teorías en favor de un retorno dionisiaco a los instintos, vale decir a la desenfrenada animalidad. Servíame, creo, de excusa, excusa un tanto capciosa por cierto, la esperanza de verle enredarse en sus propias serpientes, como un Laoconte de la paradoja. Sólo cuando sobrevino la guerra mundial, comprendí, por fin, mi ceguera.

* * *

Hallándome de nuevo en España y al volver en una tarde de otoño a la ciudad de Ávila, sucedió que, en el momento

preciso de transponer su muralla, resonaron en mi memoria, de misteriosa manera, las palabras del terrible filósofo, al referirse a la religión cristiana: « Religión negadora de la vida, religión de enfermos, religión de esclavos », y bajo la cual, según él, no era posible concebir nada intrépido, nada verdaderamente grande.

* * *

Los comentadores de Santa Teresa suelen olvidar un hecho que, a mi ver, significa un complemento histórico y psicológico de la vida y la obra de aquella mujer prodigiosa. Teresa tuvo siete hermanos varones: Hernando, Rodrigo, Lorenzo, Antonio, Pedro, Jerónimo y Agustín. Ora en La Florida o en el Ecuador o en el Perú; ora en Chile o en el Río de la Plata, todos ellos, inflamados por el fuego religioso de la Santa, tomaron parte en la conquista de América. No creo que pueda hallarse más expresivo resumen de lo que hizo España en aquellos tiempos, ni símbolo más completo que el de la ciudad en que ella y ellos nacieron. « Ávila de los caballeros », « Ávila de los santos », como también se la llama, « la ciudad profunda », según la feliz expresión de nuestro poeta Bernárdez.

Bendigo la hora en que, movido, tan sólo, quizá por motivos estéticos, escogí esa ciudad de Castilla como escenario de la parte principal de mi creación novelesca. A ella, a sus murallas y a sus claustros debo, sin duda, la idea de concretar, dentro de una sola alma, el fundamental conflicto de la ambición y el renunciamiento. Debo, asimismo, a sus viejas crónicas de monjes y de conquistadores la evocación de ese momento admirable, en que el hombre, bajo las banderas de España, alcanzó una plenitud a que no había llegado

nunca y cuyo sentido místico, cuyo sentido profundamente cristiano lo dice una flor, en la mano de América, al final de mi libro.

Enmiendas y adiciones a los diccionarios de la Real Academia Española *

I. ENMIENDAS Y ADICIONES AL DICCIONARIO COMÚN

ABARROTAR. (2º artículo) ... // 3. ... ; [adición :] llenar, ocupar totalmente un determinado espacio, lugar, etc., personas o cosas.

ABARROTE. ... // 3. *Amér.* Artículos comestibles.

ABONAR. ... // 10 bis. *Méj. Com.* Pagar la cantidad correspondiente a cada uno de los vencimientos de una venta o un préstamo a plazos.

ABONERO, RA. m. y f. *Méj.* Comerciante callejero y ambulante que vende por abonos, principalmente entre las clases populares.

ABONO. ... // 5 bis. *Méj. y Nicar. Com.* Cada uno de los pagos parciales de un préstamo o una compra a plazos.

* En sesión de 23 de marzo de 1964 la Real Academia Española resolvió dar a conocer periódicamente las nuevas voces y acepciones cuya incorporación al Diccionario acordará en lo sucesivo, así como las enmiendas a las definiciones que figuran en las ediciones actuales. En cumplimiento de tal resolución, el Boletín respectivo incluyó la relación de cuanto la Academia había aprobado con destino a sus diccionarios entre la fecha del acuerdo y el 31 de diciembre de aquel año. En adelante cada número de dicho Boletín publicará la relación correspondiente a las actividades de un cuatrimestre.

Reproducimos esas voces y adiciones y haremos oportunamente lo mismo con las sucesivas.

- ABOTAGARSE.** ... Hincharse, inflarse el cuerpo o parte del cuerpo de un animal o persona, generalmente por enfermedad.
- ABRA.** ... // 6. *Niear*. Trocha, camino abierto entre la maleza.
- ABRIDOR.** ... // 7. **ABRELATAS.** // 8. Herramienta para arrancar las tapas de hojalata de las botellas.
- ABRUMAR.** ... // 3. fig. Causar a uno encogimiento o empacho prodigándole alabanzas, atenciones, reconvenciones, burlas, etc.
- ABSOLVER.** ... // **ABSOLVER POSICIONES.** V. **POSICIÓN.**
- ABUSAR.** ... Usar mal, excesiva, injusta, impropia o indebidamente de algo o de alguien. // 2. Hacer objeto de trato deshonesto a una persona de menor experiencia, fuerza, poder, etc.
- ACAL.** ... ant.
- ACALOTE.** (Del nahua *acalohtli*, zanja o canal por donde navegan las canoas, de *acalli*, canoa, y *ohtli*, camino.) m. *Méj.* Parte de las aguas que se limpia de hierbas flotantes en los ríos y lagunas para dar paso a las embarcaciones remeras.
- ACAMADO, DA.** (De p. p. de *acamar*.) adj. *Blas.* Se dice de la pieza o figura colocada sobre una u otras.
- ACATECHILI.** [*En vez del erróneo acatéchili.*]
- ACCIÓN.** ... // 10. *Com.* V. **PAQUETE DE ACCIONES.**
- ACCIONAR.** ... // 2. tr. Dar movimiento a un mecanismo o parte de él.
- ACCIONARIADO.** (De *accionario*.) m. Conjunto de accionistas de una sociedad anónima.
- ACCIONARIO, RA.** adj. Perteneciente o relativo a las acciones de una sociedad anónima. // 2. m. y f. Accionista^o o poseedor de acciones.

- ACERVO. ... // 3. Conjunto de bienes morales o culturales acumulados por tradición o herencia.
- ACOCIL. [*En vez del erróneo acocili.*]
- ACOCOTE. (Del nahua *acocohlli*, de *atl*, agua, y *cocohlli*, garguero.)
- ACORAZADO, DA. ... // 3. V. DIVISIÓN ACORAZADA.
- ACUATIZAJE. m. Acción y efecto de acuatizar.
- ACUATIZAR. intr. AMARAR.
- ACHIOTE. (Del nahua *achiotl*.)
- AGRUPACIÓN. ... // 3. *Mil*. Unidad homogénea, de importancia semejante a la del regimiento..
- AGUAJE. ... I bis. *Nicar*. AGUACERO, lluvia repentina.
- AHOGADOR, RA. ... // 3. f. *Nicar*. AHORCADORA, avispa.
- AHUATE. ... *Hond.*, *Méj.* y *Nicar*.
- AHUIZOTE. ... // 3. *C. Rica* y *Nicar*.
- AISLANTE. adj. AISLADOR. Ú. t. c. s.
- AJAR. [Enmienda a la acep. 1ª del 2º art.] Maltratar, manosear, arrugar, marchitar.
- AJO. [1º art.] ... // PELAR EL AJO. fr. fig. *Nicar*. Morirse.
- ALA. ... // 17 bis. Unidad del Aire de importancia equivalente al regimiento del Ejército terrestre. Es mandada normalmente por un coronel.
- ALISTADOR. ... // 2. *C. Rica* y *Nicar*. ...
- ALISTAR. [2º art.] ... // 2. *C. Rica* y *Nicar*. Acoplar y coser las piezas de que consta el calzado.
- ALJÉBANA, ALJÉBENA. [*En vez de los erróneos aljebana, aljebena.*]
- ALUMBRAMIENTO. ... // 2 bis. *Obst*. Expulsión de la placenta y membranas después del parto.
- ALUMNADO. m. Conjunto de alumnos de un establecimiento docente.

- AMBIENTE.** ... // 3. Condiciones o circunstancias que rodean a las personas, animales o cosas.
- AMERITADO, DA.** p. p. de **AMERITAR.** // 2. adj. *Amér.* Merecedor, benemérito.
- AMERITAR.** tr. *And.* p. us., y *Amér.* Dar méritos. *Ú. t. c.* prnl. // 2. *Amér.* Merecer.
- APEAR.** ... // 12. prnl. *Amér.* Tomar las viandas con la mano, prescindiendo del cubierto.
- APELATIVO.** ... // 2. m. *Amér.* Apellido, nombre de familia.
- ARMONIZADOR, RA.** adj. Que armoniza, *Ú. t. c. s.*
- ARTESANADO.** m. Artesanía, clase social constituida por los artesanos. // 2. Artesanía, arte u obra de artesano.
- AUTOPROPULSADO, DA.** adj. Movido por autopropulsión.
- AUTOPROPULSIÓN.** (De *auto-* y *propulsión.*) f. Acción de trasladarse hacia adelante una máquina por propia fuerza motriz.
- AVIARIO, RIA.** adj. Perteneciente o relativo a las aves, y especialmente a sus enfermedades. // 2. m. Colección de aves distintas, ya vivas, ya disecadas, ordenada para exhibición o estudio.
- AYATE.** (Del nahua *ayatl*, tela de hilo de maguey.) m. *Méj.* Tela rala de fibra de maguey, de palma, henequén o algodón.
- AZTECA.** (Del nahua *aztecatl*, habitante de Aztlán, síncopa de *Aztatlan*, lugar de garzas, compuesto de *áztatl*, garza, y *tlan*, locativo.)
- BAJONAZO.** (aum. de *bajón*, 2º art.) m. Bajón en la salud, caudal, facultades, etc. // 2. [*La actual acepción 1º.*]
- BATALLÓN.** ... Unidad compuesta de varias compañías, y mandada normalmente por un teniente coronel o un comandante.

- BATERÍA.** ... // 2. Unidad de tiro de artillería, que se compone de un corto número de piezas y de los artilleros que las sirven. Es mandada normalmente por un capitán.
- BECADO, DA.** p. p. de BECAR. // 2. m. y f. BECARIO, RIA, persona que disfruta de una beca.
- BECAR.** tr. Conceder a alguien una beca.
- BLINDADO, DA.** p. p. de BLINDAR. // 2. adj. V. DIVISIÓN BLINDADA.
- BOCAJARRO.** (A). loc. adv. V. A BOCA DE JARRO.
- BOLETO.** (De *boleta*.) m. *Amér.* Boleta. billete, cédula. / ... // DE VENTA O DE COMPRAVENTA. *Argent.* Promesa, contrato preparatorio de compraventa.
- BOTAR.** ... Arrojar, tirar, echar fuera.
- BRIGADA.** ... Gran unidad homogénea, integrada por dos o más regimientos de un arma determinada: *brigada acorazada, brigada aérea*, etc. // 2. ... // 3. *Mil.* Categoría superior dentro de la clase de suboficial. // ... // MIXTA *Mil.* Gran unidad equivalente en efectivo a la BRIGADA de un arma sola, pero formada con fuerzas de diferentes armas.
- CADUCIFOLIO. LIA.** adj. Dícese de los árboles y plantas de hoja caduca, que se les cae al empezar la estación desfavorable.
- CALICHE.** ... // 6. *Bol., Chile y Perú,* ... // 7. *Bol. Chile y Perú.*
- CALICHERA.** ... *Bol., Chile y Perú.*
- CAMPESINADO.** m. Conjunto o clase social de los campesinos.
- CARTEL.** ... Papel, pieza o tela o lámina de otra materia escrita que contiene noticias, anuncios, propaganda, etc. y que se exhibe con determinada ocasión. // 2. ...
- CICLISTA.** ... // 3. adj. CICLÍSTICO.

- CICLÍSTICO, CA. adj. Perteneciente o relativo al ciclismo.
- COLUMNA. ... // 9. Unidad de tropas independiente y constituida provisionalmente, sin sujeción a normas reglamentarias. Dícese también *columna mixta*.
- COMERCIALIZACIÓN. f. Acción y efecto de comercializar.
- COMERCIALIZAR. tr. Dar a un producto industrial, agrícola, etc., condiciones y organización comercial para su venta.
- COMPAÑÍA. ... // 9. *Mil.* Unidad de infantería, de ingenieros o de un servicio, que casi siempre forma parte de un batallón. Es mandada normalmente por un capitán.
- COMPRAVENTA. ... // 2. V. BOLETO DE COMPRAVENTA.
- CONQUILIOLOGÍA. ... Parte de la zoología que trata de las conchas de los moluscos.
- CONTADO. ... // AL CONTADO. ... // 2. Con pago inmediato en moneda efectiva o su equivalente.
- CONTRACTURA. f. *Med.* Contracción involuntaria, duradera o permanente, de uno o más grupos musculares. // 2. *Arg.* Disminución que sufre el diámetro del fuste de una columna en su parte superior.
- CONTRAER. ... // 3. Tratándose de costumbres, vicios, enfermedades, resabios, deudas, etc., adquirirlos, caer en ellos; tratándose de obligaciones o compromisos, asumirlos. // 4. ... // 5. *prnl.* Reducirse a menor tamaño. Ú. t. c. tr.
- COPARTIDARIO, RIA. adj. Que pertenece al mismo partido político. Ú. t. c. s.
- COPLANARIO, RIA. adj. Dícese de los puntos, líneas y figuras que están en un mismo plano.
- COSMOGONISTA. com. Persona que profesa la cosmogonía.
- CUERPO. ... // DE EJÉRCITO. Gran unidad integrada por dos

o más divisiones, así como por unidades homogéneas y servicios auxiliares.

CHILE. n. p. V. NITRATO DE CHILE.

DENDRITA. ... // 3. *Med.* Prolongación protoplásmica ramificada de la célula nerviosa.

DESAGUAR. ... // 4 bis. Dar salida un recipiente o concavidad a las aguas que contiene. Ú. t. c. prnl.

DESALACIÓN. f. Acción y efecto de DESALAR, 1^{er} art.

DESALAR. [1^{er} art.] ... // 2. Hablando del agua del mar, quitarle la sal para hacerla potable.

DETECCIÓN. (Del lat. *detectio*, -*ōnis*, descubrimiento.) f. Acción o efecto de detectar.

DETECTAR. (Del lat. *detectus*, p. p. de *detegere*, descubrir.) tr. Poner de manifiesto, por métodos físicos o químicos, lo que no puede ser observado directamente.

DIAGNOSIS. (Del gr. *διάγνωσις*, discernimiento, distinción, diagnóstico.) f. *Med.* Conocimiento diferencial de los signos de las enfermedades. // 2. *Biol.* Descripción característica y diferencial abreviada de una especie, género, etc.

DISCRIMINATORIO, RIA. adj. Que discrimina.

DIVISIÓN. ... // 5. *Mil.* Gran unidad formada por dos o más brigadas o regimientos homogéneos y provista de servicios auxiliares. // ACORAZADA O BLINDADA. *Mil.* La que está constituida fundamentalmente por carros de combate o fuerzas transportadas en vehículos blindados. // MOTORIZADA. *Mil.* Aquella en que las tropas son transportadas sobre camiones o vehículos especiales.

ECLOSIÓN. (Del fr. *éclosion*.) f. En el lenguaje literario o técnico, acción de abrirse un capullo de flor o de crisálida. // 2. fig. Hablando de movimientos culturales o

de otros fenómenos históricos, psicológicos, etc., brote, manifestación, aparición súbdita. // 3. *Med.* Acción de abrirse el ovario al tiempo de la ovulación para dar salida al óvulo.

EDÁFICO, CA. (Del gr. *εδάφος*, suelo.) adj. Perteneciente o relativo al suelo, especialmente en lo que respecta a la vida de las plantas.

EJÉRCITO. ... // 1 bis. Gran unidad integrada por varios cuerpos de ejército, así como por unidades homogéneas y servicios auxiliares. // 2. Conjunto de fuerzas aéreas o terrestres de una nación.

EMPLEO. ... // 2 bis. *Mil.* Jerarquía o categoría personal.

EMPRESARIADO. m. Conjunto de empresas o empresarios.

EMPRESARIAL. adj. Perteneciente o relativo a las empresas o empresarios.

EROSIONABLE. adj. Susceptible de erosión.

EROSIONAR. tr. Producir erosión.

ESCUADRA. ... // 3. *Mil.* Corto número de soldados de cualquier arma o servicio, a las órdenes de un cabo.

ESCUADRÓN. ... *Mil.* Unidad de caballería, que puede ser independiente o formar parte de un grupo, y que es mandada normalmente por un capitán. // 1 bis. *Mil.* Unidad aérea equiparable en importancia o jerarquía al batallón o grupo terrestre.

ESQUÍ. ... 2. **ESQUIAJE.**

ESTRADO. ... // 4 bis. Sitio de honor, algo elevado, en un salón de actos.

ESTUDIANTADO. m. Conjunto de estudiantes de un establecimiento docente, alumnado.

FAUNESCO, CA. adj. Perteneciente o relativo al fauno; propio del fauno.

FÁUNICO, CA. adj. Perteneciente o relativo a la fauna.

FILOGENIA. (Del gr. *φῦλον*, raza, y *γενεά*, generación.) f. Historia de la evolución de un grupo de organismos.

FLUIDEZ. ... // 2. Facilidad de movimiento y operación de los factores económicos (de la mano de obra, del mercado, del transporte, etc.).

FREÁTICO, CA. (Del gr. *φρέαρ*. -*ατός*, pozo.) adj. Dicese de las aguas acumuladas en el subsuelo sobre una capa impermeable y que pueden aprovecharse por medio de pozos. // 2. Dicese de la capa del subsuelo que contiene estas aguas.

GENERAL. ... // 5. m. Jefe militar perteneciente a las jerarquías superiores del ejército, de la aviación y de algunos cuerpos de la armada. Estas jerarquías son, de superior a inferior, capitán general, teniente general, general de división y general de brigada.

GRUPO. ... // 3. *Mil.* Unidad compuesta de varios escuadrones o baterías y mandada normalmente por un comandante.

GUACHAR. tr. HUACHAR.

GUACHO. m. HUACHO.

GUACHO, CHA. [*Se suprime la 7ª acepción.*]

HEDIONDO, DA. ... // 6. V. ZORRO HEDIONDO.

HELMINTOLOGÍA. ... Parte de la zoología que trata de los gusanos.

HERMAFRODISMO. (Del fr. *hermaphrodisme*.) m. *Med.* HERMAFRODITISMO.

HERMAFRODITA. ... // 2. Dicese del individuo anormal de la especie humana cuyas anomalías anatómicas dan la apariencia de reunir los dos sexos.

HUACHAR. (De *huacho*.) tr. *Ecuad.* Arar, hacer surcos.

HUACHO. (Del quechua *huachu*, camellon.) m. *Ecuad.* Surco, hendidura que se hace con el arado en la tierra.

HUELGA. ... // DE O DEL HAMBRE ...

IMPLEMENTO. (Del ingl. *implement.*) m. Utensilio. Ú. m. en pl.

INFLACIONARIO, RIA. adj. Perteneciente o relativo a la inflación monetaria.

INFLACIONISTA. adj. INFLACIONARIO.

INVOLUCIÓN. [*Añadir a la definición :*] en especial del útero después del parto.

LATINOAMERICANO, NA. adj. Perteneciente o relativo a los países de América que fueron colonizados por naciones latinas, esto es, por España, Portugal o Francia.

LINOTIPIA. ... // 2. Arte de componer con esta máquina.

LINOTIPO. m. *Impr.* Máquina de componer llamada también linotipia. Ú, t. c. f.

LIQUIDEZ. ... // 2. *Com.* Calidad del activo de un banco que puede fácilmente transformarse en dinero efectivo. // 3. *Com.* Relación entre el conjunto de dinero en caja y de bienes fácilmente convertibles en dinero y el total del activo, de un banco u otra entidad.

LUNETAS. ... // 3. ... frente al escenario en planta inferior. // 4. Sitio del teatro en que están colocadas las LUNETAS.

MAGDALENENSE. adj. *Colomb.* Perteneciente o relativo al Departamento de Magdalena, en la República de Colombia.

MAGDALÉNICO, CA. adj. *Colomb.* Perteneciente o relativo al río Magdalena, en la República de Colombia.

MALEZA. ... // 3. *Colomb. y Chile.* Cualquiera hierba mala. // 4. *Nicar. y Sto Domingo.* Achaque, enfermedad. // 5. ant. Maldad, iniquidad. // 6. Mala condición, mala constitución.

MARATÓN. (De *Maratón*, gr. *Μαράθων*, lugar situado a unos

42 kilómetros de Atenas, donde los griegos obtuvieron una gran victoria sobre los persas; según la tradición, llevó a Atenas la noticia un soldado que hizo el camino corriendo y murió de fatiga al llegar.) m. Carrera pedestre de resistencia practicada por deporte en una longitud que ha variado entre los 40 y los 42 km. 750 m. Hoy está fijada en 42 km. 195 m. // 2. Por extensión designa algunas otras competiciones deportivas de resistencia.

MAREAL. adj. Pertenciente o relativo a las mareas: *hipótesis mareal*.

MARINERO. ... // 6. V. NUDO MARINERO.

MARTILLERO. m. *Argent. y Chile*.

MINARETE. (Del fr. *minaret*.) m. ALMINAR.

MIXTO, TA. ... // 14. *Mil.* V. BRIGADA MIXTA.

MONOTIPIA. (De *mono-* y el gr. *τύπος*, tipo, letra.) f. *Impr.* Máquina de componer que funde los caracteres uno a uno a medida que son necesarios. // 2. Arte de componer con esta máquina.

MONOTIPO. m. *Impr.* Máquina de componer llamada también monotipia.

MOTORIZADO, DA. p. p. de **MOTORIZAR.** // 2. adj. V. DIVISIÓN **MOTORIZADA.**

MULLO. [2º art.] m. *Ecuad.* Abalorio; cuenta de rosario o collar.

NÁGUATLE. adj. NAHUA.

NAHUA. (Del nahua *nāhuatl*.) adj. Aplicase a la lengua principalmente hablada por los indios mejicanos. Ú. t. e. s. m.

NÁHUATLE. adj. NAHUA.

NAHUATLISMO. m. Giro o modo de hablar propio y privativo de la lengua nahua. // 2. Vocablo, giro o elemento fonético de esta lengua empleado en otra.

- NEBULAR.** adj. Perteneciente o relativo a las nebulosas: *hipótesis nebular, anillo nebular.*
- NITRATO.** ... // **DE CHILE.** Abono nitrogenado natural extraído del caliche, que se encuentra en yacimientos situados en la zona desértica del Norte de Chile. Consiste, principalmente, en nitrato sódico, nitrato potásico y pequeñas cantidades de sales de boro, yodo y otros elementos.
- NORTEÑO, ÑA.** adj. Perteneciente o relativo al Norte. // 2. Que está situado en la parte Norte de un país.
- NUDO.** [1^{er} art.] ... Lazo que se estrecha y cierra de modo que con dificultad se pueda soltar por sí solo, y que mientras ... // **MARINERO.** El muy seguro y fácil de deshacer a voluntad.
- OBSTÉTRICO, CA.** adj. Perteneciente o relativo a la obstetricia.
- OPALIZAR.** tr. Dar a alguna cosa color opalino.
- OPERACIONAL.** adj. Relativo a las operaciones, y especialmente a las militares.
- OSTEÓLOGO.** (Del gr. ὀστέον, hueso y λόγος, tratado.) m. Médico especialista en las enfermedades de los huesos.
- PANCARTA.** (Del fr. *pancarte*.) f. Cartelón de tela; cartón, etc., que sostenido adecuadamente en una o varias pértigas se exhibe en reuniones públicas, y contiene letreros de grandes caracteres, con lemas, expresiones de deseos colectivos, peticiones, etc.
- PAQUETE.** ... // **DE ACCIONES.** Conjunto grande de acciones de una compañía perteneciente a un solo titular.
- PASCANA.** (Del quechua *pashana*.) f. *Argent. Bol., Colomb., Ecuad., y Perú.* Etapa o parada en un viaje: // 2. Posada, tambo, mesón.
- PASEANA.** [*Suprímese: es error por pascana.*]
- PELOTÓN.** ... // 4. *Mil.* Pequeña unidad de infantería que

- forma parte normalmente de una sección. Suele estar a las órdenes de un sargento o de un cabo.
- PERENNIFOLIO**, LIA. adj. Dicese de los árboles y plantas que conservan su follaje todo el año.
- PIQUERO**. ... // 2. *Chile, Ecuad. y Perú.*
- POLIFACÉTICO**, CA. (De *poli-* y *faceta.*) adj. Que ofrece varias facetas o aspectos.
- POLIFÁSICO**, CA. (De *poli-* y *fase.*) adj. De varias fases.
- POSAR**. (Del fr. *poser.*) intr. Permanecer en determinada postura para retratarse o para servir de modelo a un pintor o escultor.
- PROPICIAR**. ... tr. Lograr de uno que se incline a hacer bien o a favorecer. // 2. Favorecer uno la realización de algo provechoso.
- PROPICIO**, CIA. ... adj. Favorable o inclinado a hacer un bien : *hombre propicio al perdón.* // 2. Favorable para que algo se logre : *ocasión propicia, momento propicio.*
- PROTOPLANETA**. (De *proto-* y *planeta.*) m. Planeta recién formado.
- PROTOSOL**. (De *proto-* y *sol.*) m. Masa cósmica que dio origen a un sistema planetario.
- RALEAR**. [*Adición a la acep. 1ª*]: Ú. t. c. tr.
- RALO**, LA. [*Enmienda a la acep. 1ª*]: Dicese de las cosas cuyos componentes, partes o elementos están separadas más de lo regular en su clase.
- RECUADRO**. ... // 2. En los periódicos, espacio encerrado por líneas para hacer resaltar una noticia.
- REGIMIENTO**. ... // 4. *Mil.* Unidad homogénea de cualquier arma o cuerpo militar. Se compone de varios grupos o batallones y su jefe es normalmente un coronel.
- REVISADA**. f. *Amér.* Revisión, acción de revisar.

- RONDADOR.** ... // 2. *Ecuad.* Especie de zampoña, siringa.
- ROTO, TA.** ... // 7. [*Se suprime la acepción.*]
- ROZA.** ... // 5. [*Se da como de uso general y, por tanto, se suprime la indicación de áreas geográficas.*]
- SALITRE.** ... // 2. *Chile.* NITRATO DE CHILE.
- SALIFRERO.** ... // 3. *Chile.* Perteneciente o relativo al nitrato de Chile.
- SALÓN.** [1^{er} art.] ... // 2. Pieza de grandes dimensiones donde celebra sus juntas una corporación: *salón de actos, salón de sesiones.*
- SALVAGUARDAR.** (De *salv guarda.*) tr. Defender, amparar, proteger.
- SAPONITA.** (Del latín *sapo*, -*ōnis*, jabón, e -*ita*, sufijo usado en la nomenclatura de la mineralogía.) f. Hidrosilicato de magnesio y aluminio; substancia amorfa, muy blanda, blanca grisácea, untuosa al tacto. Se usa en la fabricación de porcelana.
- SAPOTINA.** [*Se suprime el artículo: error por saponita.*]
- SECCIÓN.** ... // 6. *Mil.* Pequeña unidad homogénea, que forma parte de una compañía o de un escuadrón. Es mandada normalmente por un teniente o un alférez.
- SECRETARIADO.** m. Secretaría, destino o cargo de secretario.
// 2. Secretaría u oficina donde despacha el secretario,
// 3. Cuerpo o conjunto de secretarios.
- SECRETARIAL.** adj. Perteneciente o relativo a la profesión o cargo de secretario.
- SECUENCIA.** ... // 2. Continuidad, sucesión ordenada. // 3. Serie o sucesión de cosas que guardan entre sí cierta relación. // 4. *Mat.* Conjunto de cantidades u operaciones ordenadas de tal modo que cada una determina la siguiente. // 5. *Mús.* Progresión o marcha armónica.

- SECUENCIAL. adj. Perteneciente o relativo a la secuencia.
- SEMPERVIRENTE. (Del lat. *semper*, siempre, y *virens*, -*entis*, verdeante.) adj. Dícese de la vegetación cuyo follaje se conserva verde todo el año.
- SINAPSIS. (Del gr. *σύνψις*, unión, enlace.) f. Relación funcional de contacto entre las dendritas de las células nerviosas.
- SOBREVOLAR. tr. Volar sobre un lugar, ciudad, territorio, etc.
- SOMONTANO, NA. (De *somonte*.) adj. Dícese del terreno o región situados al pie de una montaña. Ú. t. c. s. // 2. [*La actual acepción 1ª.*]
- SOMONTE. (De *so*, 3^{er} artículo, y *monte*.) m. Terreno situado en la falda de una montaña. // 2. DE SOMONTE. [*actual acep. 1ª.*] // 3. [*Actual acep. 2ª.*]
- SUELO. ... I bis. Terreno en que viven o pueden vivir las plantas.
- SULFÚRICO. ... // 3. *Ecuad.* Irascible.
- TRÁFICO. ... // 2. Comunicación, tránsito y transporte, en vehiculos adecuados y por vía terrestre, marítima o aérea, de personas, equipajes y mercancías; además, en vías públicas, el paso de personas y animales.
- TRANSAR. (Der. regr. de *transación*. por *transacción*.) intr. *Amér.* Transigir, ceder, llegar a una transacción o acuerdo. Ú. j. c. prnl.
- TRANSPORTAR. ... [*Enmienda a la acep. 1ª.*]. Llevar cosas o personas de un paraje o lugar a otro.
- UNIDAD. ... 6. *Mil.* Fracción, constitutiva o independiente, de una fuerza militar // ... // GRAN UNIDAD. La de efectivos numerosos y que en general es de constitución heterogénea.
- UNITARIO, RIA. ... adj. Perteneciente o relativo a la unidad.

// 2. [*Actual acep. 1ª*]. // 3. [*Actual acep. 2ª*]. // 4.
Que propende a la unidad o desea conservarla. // 5.
Que toma por base una unidad determinada.

UTILLAJE. (Del fr. *outillage*.) m. Conjunto de útiles necesarios para una industria.

VALONA. ... // 2. ... que cubren el cuello de las caballerías.

VENTA. ... // 3. V. BOLETO DE VENTA.

VISA. (Del fr. *visa*, ingl. *visa*.) m. y f. *Amér.* Visado.

VITRAL. (Del fr. *vitrail*.) m. Vidriera de colores.

VOTAR. ... // 3. tr. Aprobar por votación.

XILOTILA. (Del gr. *ξύλον*, madera, y *πλαί*, plumón, felpa.) f.
[*Suprimese "Ecuad"*.] Hidrosilicato...

ZAFADURA. f. *Amér.* Dislocación, luxación.

ZAFAR. [2º art.] ... // 6. prnl. *Amér.* Dislocarse, descoyuntarse un hueso.

ZAMARRO. ... // 6. pl. *Colomb.*, *Ecuad.* y *Venez.* Especie de zahones ...

ZORRO. ... // 2 bis. *Amér.* ZORRO HEDIONDO. ... // HEDIONDO.
Amér. Zorrillo o mofeta.

II. ENMIENDAS Y ADICIONES AL DICCIONARIO MANUAL

BOTAR. (*Donde dice "En América se abusa de este verbo ..."*
se dirá: "En Galicia y América se usa mucho de este verbo ...")

HUILÓN. [*Suprimido*.]

ICONOSO. [*Suprimido*.]

*JAMPA. f. *Ecuad.* Barbarismo por JAMBA de puerta o ventana.

RAJADURA. f. Raja, grieta, hendidura.

*REVOLETEAR intr. *Amér.* Vulgarismo por REVOLOTEAR.

*ROSQUITUERTO, TA. adj. *Ecuad.* Barbarismo por ROSQUITUERTO.

SABER. (*Se añadirán indicaciones sobre la conjugación.*)

*SALVAGUARDIAR. tr. Barbarismo por SALVAGUARDAR.

SENTAR. ... // tr. *Ecuad.* Parar un caballo por medio del freno haciéndolo sentarse sobre el suelo, resbalando sobre sus patas.

TERCO, CÁ. ... // *Ecuad.* Severo, serio.

TORITO. ... // *Ecuad.* Pajarillo menor que el jilguero, insectívoro, que tiene un copete de plumas eréctiles.

ZAPATÓN. ... // m. *Bol., Colomb., Chile, Ecuad. y Guat.*
Chanco de goma.

ACUERDOS

En la sesión 450 a. del 22 de julio, la Corporación contestó en la siguiente forma las consultas que habían sido sometidas a su estudio :

Mecánicos dentales. — La denominación « mecánicos para dentistas », ha sido adoptada por el Ministerio de Salud Pública de la Nación de acuerdo con la Facultad de Odontología. Por otra parte, en 1937 el Consejo Superior de la Universidad de Buenos Aires resolvió cambiar el nombre del Curso de Laboratoristas de Prótesis Dental, instituido en la respectiva Facultad, por el de Curso de Mecánicos para Dentistas con el cual fue creado en 1937. El hecho de que esta denominación haya sido adoptada oficialmente y confirmada por autoridades competentes en la materia haría ociosa la presente consulta si no hubiera lugar para observar que tal denominación, así como la de mecánicos dentales, designa también, y acaso con más ajustada propiedad, al oficial que tiene por tareas la instalación, el cuidado y el arreglo de los aparatos e instrumentos mecánicos que el dentista emplea. Las de « Protésista dental » y « Técnico Dental » convienen con razón mayor al dentista mismo que es quien practica « la rama de la cirugía que se propone la restauración o suplencia funcional de partes del organismo mutiladas o perdidas » en que consiste la prótesis, según la común definición de los diccionarios usuales. « Técnico dental » también lo es definitivamente el dentista, puesto que la técnica es el conocimiento y el empleo de procedimientos para la aplicación práctica de un arte o una ciencia. Menos apropiado parece el nombre de « laboratoristas »,

porque este desgarrado neologismo supone el trabajo en un laboratorio que es el lugar en que se efectúan labores de investigación y de experimentación, de análisis químicos, microscópicos, electrónicos, etc., de ensayo de materiales y métodos y no comprende la producción de obras de mano o mecánicas, las cuales corresponden a un taller. Por estas razones es adecuada la denominación de « mecánicos de prótesis dental » que es más precisa y más exclusiva que los demás nombres en uso ya mencionados.

Adia. — La palabra *Adia* no se usa en español como nombre propio de persona.

Mireya. — El nombre propio castellano *Mireya*, en francés *Mireille* viene del provenzal *Mireio*, y en provenzal probablemente del latín *miror* 'admirar'. « J. Rebul, dice Baralt, en el *Prólogo* de su traducción de *Mireya*, hizo patente la analogía de *Mireio* con el espejo (en provenzal *mirau*) ». Fue puesto de moda por el poema de Mistral y por la ópera de Gounod.

La Academia Argentina de Letras en su sesión del 30 de octubre de 1958 contestó una consulta similar como sigue: « Se usan en español Silvia..., Mireya... y Leticia ». *Mireya* ya es nombre de tradición castellana.

En la sesión 451 a. del 19 de agosto, la Corporación contestó en la siguiente forma las consultas que habían sido sometidas a su estudio :

Condecito y condesita. — « El diminutivo de *conde* es *condecito* o *condecillo*, porque su incremento es *ecito* con elisión de la *e* final (B. A. E., *Gramática*, 53 e); *condesa* hace condesita porque con pérdida de la vocal *a* de la terminación, agrega el sufijo *ita* conforme a la regla (*Gramática*, 55 a). Y también 180, a, 2° : « Los demás vocablos, si terminan en vocal o diptongo, cuya segunda vocal sea *a*, *e*, *o*, pierden aquélla o éstas ante la vocal del sufijo » (*condes/a/ita*).

La observación de la aparente contradicción ortográfica la pre-

vió el P. Rodolfo M. Ragucci, miembro de número de nuestra Academia, en su libro *Más cartas a Eulogio* (Sociedad Editora Internacional, 1943), al preguntarse a pág. 141, «¿cuál será el diminutivo de los nombres cuyo masculino y femenino no son parasílabos entre sí... por ejemplo de los pares *conde* y *condesa*, *pastor* y *pastora*, *zar* y *zarina* »?, y resolviendo, conforme a las reglas, lo ya expuesto: *cond-ecito* con *c*; *condes-ita*, con *s*».

Género de la voz radical. — La indecisión sobre el género de la voz *radical* en cuanto sustantivo y en su significado gramatical, se origina en la contradicción existente sobre el particular entre la Gramática y el Diccionario de la Real Academia Española. La Gramática la emplea como sustantivo femenino (la radical (86 a-b-c-, y *passim*); el Diccionario, desde la edición 12a. del año 1884, y más precisamente, desde la 14ª del año 1914, en la 9ª acepción, le atribuye en su significación gramatical el género masculino.

La definición coincide en ambos textos; «El elemento que denota la idea general del verbo se denomina *radical*, y el que expresa la persona, el modo y el tiempo. *desinencia* (Gramática, 86, a); y el Diccionario: «Parte que queda de una palabra variable al quitarle la desinencia».

Probablemente tal ambigüedad ha nacido de la indecisión en distinguir el significado de *raíz* y el de *radical*. Mientras para algunos lingüistas y gramáticos *raíz* y *radical* son explícitamente voces sinónimas (por ej. Manuel Seco, *Gramática*, 59), y otros aconsejan no confundirlas: «No hay que confundir la raíz con el radical... Ya en alemán el principio de alternancia introduce en *los radicales* un valor más definido». (Manuel de Montoliú y José M. Casas, trad. de J. Vendries, *El lenguaje*, Barcelona, Ed. Cervantes 1943, pág. 111); y los hay (Bello, Lenz, Montoliú, Berro García, etc.) que prefieren usar una sola voz, *raíz*, sin recurrir a la voz *radical*, para designar la parte que queda de una palabra al quitarle la desinencia.

La sinonimia entre *raíz* y *radical*, que ya proponía el Diccionario Académico en su 12a. edición, usado el segundo vocablo

como masculino, apareció sin ninguna ambigüedad en una ponencia presentada en el Cuarto Congreso de Academias de la Lengua Española celebrado en 1964, por D. Salvador Fernández Ramírez, de la Real Academia Española, en la ponencia III, 10/5, en donde la voz *radical* es definida de la siguiente manera: « Se aplica con más frecuencia el nombre de *tema* a la agrupación del sufijo con su base o derivación. Llamamos *raíz* o *radical* a esta base... tanto los morfemas radicales como los morfemas flexivos y derivativos aparecen frecuentemente en español... *Los radicales* y los temas proceden casi siempre del griego y del latín... » (*Memoria del IV Congreso de Academias de la Lengua Española*, t. I, págs. 8-10).

Es de desear que en la futura edición de su Gramática la Real Academia Española revise el género de la voz *radical* concordándolo con el que le atribuye en la ga. definición del Diccionario.

Plural de nombres de tribus indígenas. — El plural de los nombres de las tribus y marcialidades indígenas ha dado origen a importantes debates y ha sido materia de valiosos escritos. La conclusión científicamente correcta es la siguiente: tales nombres ya están en plural, pues expresan una comunidad vinculada con la raza, las costumbres, la lengua, la alimentación y otras modalidades de vida. Es correcto, por consiguiente, decir *los guaraní, los calchaquí, los piélagas, los diaguita, los indios tupí, los querandí* etc. Así se lee en la *Historia de la Nación Argentina*, publicada por la Academia Nacional de la Historia. La pluralización según las reglas gramaticales del español es, por tanto, con riguroso criterio científico y conforme a la práctica cada vez más extendida entre los etnólogos, lingüísticamente errónea; sin embargo, la pluralización de tales nombres según las reglas de la gramática castellana, además de apoyarse sobre una antigua tradición que nos llega desde los cronistas de la Conquista legitimada por el uso, muéstrase ser también válida.

La misma cuestión se ha suscitado en el idioma portugués. En la revista *Runa*, publicada por el Instituto de Antropología de la Facultad de Filosofía y Letras, vol. II, partes 1-2 (Buenos

Aires, 1949), trató el punto ampliamente el profesor José Imbelloni (págs. 156-167) a propósito de una polémica originada en el Brasil los años 1946-47 entre etnógrafos y lingüistas, extractada ampliamente en dicha contribución del sabio etnólogo argentino. A ésta y sus referencias bibliográficas remitimos a la inquiriente. Como expresión de cuán difícil resulta conciliar las exigencias de la etnografía con la tradición y el uso generalizado, basta transcribir estas consideraciones del Prof. Imbelloni, con relación a la polémica brasileña, no obstante colocarse, naturalmente el expositor, del lado de la ciencia etnográfica, señalando además los absurdos lógicos que en ciertos casos derivan de la pluralización conforme a la gramática castellana o portuguesa :

« Mas no sería lícito ocultar, en el caso que tenemos a la vista, la característica negativa que ha presentado el debate, esto es, que las dos tesis A y B estaban planteadas en campos disímiles, absolutamente independientes una de otra en el terreno lógico y técnico, lo que en ningún momento ha permitido que las pruebas de A debiliten las de B, o viceversa. En tales condiciones se hace posible discutir dos mil años sin llegar a la meta, pues no hay terreno para establecer antinomia alguna, o principio de negación recíproca. »

Admítase, sin embargo, aun por los adversarios de la pluralización al modo de las lenguas neolatinas, que siempre que se trate de gentilicios derivados de esas lenguas, aquélla es legítima. « Una porción no indiferente de la nomenclatura gentilicia, lejos de ser creación idiomática indígena, pertenece, en cambio, a la lengua del colonizador. En este caso se encuentra *Araucano*, hombre de la región de Arauco, en la costa meridional de Chile; de ningún modo media impedir que su plural legítimo sea *Araucanos*, y hombres de Arauco. »

La conclusión favorable a la no pluralización salvo casos como el antedicho, es ésta en el referido estudio :

« Concluyendo, diremos que, al evitar la pluralización pura y simple de los gentilicios indígenas mediante la *s*, el etnólogo (así como cualquier otro mortal) 1° evita poner el ajiño del plural a un vocablo que ya tiene significación colectiva (hombres, gente);

2° evita el absurdo que implica la pluralización de un vocablo algonquín, o tupí, o nahua, mediante la terminación propia de la gramática castellana, francesa, rusa, inglesa o de otras lenguas modernas absolutamente extrañas a su peculiar morfología; 3° evita la absurda formación de voces con doble pluralización en cadena y 4° reduce en la literatura histórica, geográfica y etnológica la complicación originada por las inútiles sinonimias que se encuentran acumuladas por la adaptación « procus-tea » a los idiomas modernos, de los vocablos gentilicios originarios, la que constituye un inconveniente que todo lector ha lamentado de seguro al intentar un acuerdo entre los Cronistas, los indígenas sobrevivientes y los libros modernos. »

Aun conociendo con anterioridad la incongruencia de pluralizar nombres de pueblos y tribus que ya están en plural, Paul Groussac optó por ella, pero con una disidencia personal sobre la formación de ese plural según las reglas académicas. Esta se lee en la nota 2 de la pág. 187 del tomo I, en la edición de la Academia Argentina de Letras, de su obra *Mendoza y Garay*. Dice así :

« Escribimos *guaranís, tupís, etc.*, como la mayor parte de los escritores jesuitas, y contra la regla gramatical de la Academia (que, sin embargo, admite *maravedís*, y algunas otras excepciones respecto de los nombres terminados en vocal aguda). Es una *transacción*. En buena lógica, dichos nombres deberían quedar invariables, siendo así que en las lenguas correspondientes (desde luego, en el guaraní) no existe tal formación para el plural. »

Iive, Eumelia, Elvesia y Delmira

Iive no es palabra del idioma castellano ni como nombre propio ni como nombre común.

Eumelia significa, en griego, canto melodioso y música excelente o bellamente ejecutada. *Eumelés* llamábase a quien sobresalía en tales artes. En el idioma de origen es nombre persona. El libro XXIII de la *Iliada* menciona a un Eumeles, rey de Patras, Virgilio a un troyano de ese nombre que fue compañero de

Eneas. Eumelia es palabra bien formada; como que reproduce puntualmente su patrón etimológico. El prefijo *eu* — bueno, bello — le da el sentido decoroso y encomiástico que caracteriza a nombres propios recibidos del griego, muy usados en nuestro idioma, entre otros, Eugenio, Eudoro, Eusebio, Eulogio, y Eulalio, más corriente este último en su forma femenina. Eumelia es, por ello, aceptable como nombre de persona.

Elvesia es una palabra ligeramente incorrecta; es la misma que según la ortografía castellana se escribe Helvecia. y en italiano Elvezia. Es el nombre dado por los romanos a una comarca de la Galia cuyos naturales constituían la tribu de los helvecios, primero denodados enemigos y más tarde aliados de Julio César. Gran parte del territorio poblado por los helvecios es el de la Suiza actual. De aquí que se considere a Helvecia como nombre antiguo de Suiza y que se lo siga empleando en el estilo literario u oratorio con implícita reminiscencia de la tradición histórica del pueblo suizo. En monedas, sellos y monumentos modernos se ha representado simbólicamente a Suiza con la efígie de una mujer armada de lanza a la que se llama Helvecia. De la antigua denominación *Helvetia* deriva el adjetivo helvético, difundido con uso general, — por ejemplo Confederación Helvética, cantones helvéticos — que en algún caso tiene función de sustantivo así como el poco empleado helvecio. Uno y otro son sinónimos de Suiza. En idioma italiano Elvezio y Elvezia se emplean como nombres de bautismo. Nuestro idioma no admite que se aplique a personas el nombre de un país o de una nacionalidad, si bien subsisten algunos nombres propios de ese origen, pero recibidos y usados como apellidos. Referido a personas, helvético o suizo es netamente un gentilicio. Como tal sólo indica nacionalidad, y por lo tanto no parece razonable imponerlo a quien no haya nacido en Suiza.

Dalmiro y *Dalmira*, así como su variante Edelmira y los tres en sus formas masculina y femenina, tienen uso en nuestro país. Corresponde, pues, confirmar la resolución aprobatoria. »

En la sesión 453a. del 16 de septiembre, la Corporación contestó en la siguiente forma las consultas que habían sido sometidas a su estudio :

Planeamiento y planificación. — Ninguno de los vocablos están registrados en el diccionario oficial. El segundo, — planificación, — ha sido admitido por la Academia Española hace corto tiempo, mas aún no se ha divulgado su interpretación autorizada. Uno y otro son de uso corriente entre nosotros, necesitados para reemplazar el sustantivo del verbo planear de derivación más directa — planeo, — que se está dejando de usar en su genuino sentido, para nombrar con él el descenso lento, dirigido, sin acción de los motores, de un avión. No hay duda de que, en el sentir del uso, los dos neologismos se asientan en una sola idea: la de someter a un plan o concretar en planes factibles el proyecto de una obra, — y que ambos comparten por igual el significado de planear en su primera acepción, que es la de trazar o formar el plan de una obra. La acepción es terminante, y, sin embargo, propensa a no poca latitud que depende de los variados alcances de la palabra plan. Como ejemplos responsables del empleo de planeamiento tenemos el de la Facultad de Ciencias Exactas de Rosario de Santa Fe que ha creado un Instituto de planeamiento Regional y Urbano; el de otra institución oficial, de idémico nombre, en Lima. En Buenos Aires funciona, también como dependencia de la administración pública, una Dirección General de Asesoramiento y Planeamiento de Construcciones Escolares.

Estos ejemplos que designan con la palabra planeamiento la función general y superior de planear, señalan ya una distinción entre las dos dicciones examinadas. Admitida tal distinción, la planificación sería la tarea de preparar y coordinar concretamente planes para un fin, pero no el fin mismo, sino un instrumento y la determinación precisa de los medios para alcanzarlo. El planeamiento, en cambio, sería el efecto, que tiene por base la planificación y el resultado ordenado de ella. Previamente se han de establecer las líneas generales, la extensión, el sentido y el propósito de lo que se quiere planear y luego se ha de acordar y proporcionar con esas características la planificación, es decir, la articulación interna con que se llevará a ejecución la idea de conjunto que es el planeamiento.

No obstante, es preciso advertir que en textos directos o traducidos del inglés y del francés difundidos entre nosotros no existe ni se insinúa tal diferencia. La palabra *planificación* se emplea para designar todos los grados de la preparación de un plan así como su proyección definitiva que, según lo ya dicho, puede entenderse como *planeamiento*. Por ejemplo, en reciente número — julio-agosto de 1965 — de la revista *Panorama*, un artículo de John Galbraith, profesor de Economía de la Universidad de Harvard, se titula « La planificación del desarrollo », y en él, luego de mencionar la tendencia a confundir con la planificación propiamente dicha simples expedientes útiles para ella, dice su autor: « La planificación por comunidades nacionales consiste en establecer objetivos o metas e idear un plan para alcanzarlos. »

Gracia. — El nombre *Grazia*, con *z*, está con ortografía italiana; en castellano se escribe *Gracia*.

Kolthen. — El término « *Kolthen* » es una « expresión de fantasía ». La dificultad está en la condición extranjera del vocablo, el cual así, sin tilde, y leído según la fonética castellana, ha de considerarse grave.

En la sesión 455a. del 14 de octubre, la Corporación contestó en la siguiente forma las consultas que habían sido sometidas a su estudio :

Trabajo áulico. — La expresión *trabajo áulico* queda perfectamente contestada con la respuesta académica que dice: « Emplear la expresión *capacidad áulica* por *capacidad del aula* es simplemente una incorrección. *Áulico* proviene no del español *aula* sino del latín *áulicus*. Esta voz, en latín, sólo se usó con la acepción de 'propio o perteneciente a la corte' y, en plural, *aulici, -orum*, para designar a los esclavos de la corte. Por otra parte, en latín, *aula* no tenía el significado que le damos en castellano; precisamente significa lo contrario: un espacio cercado, pero descubierto o al aire libre, como que se tomó del griego,

‘espacio al aire libre, patio de una casa’. Por tanto, « *trabajo áulico* », por trabajo que se realiza en el aula, no tiene la significación que quiere dársele. »

Presidente o presidenta. — *Presidenta*. f. La que preside. Mujer del presidente. RAE, *Diccionario*, 1956).

Presidente. « Algunos nombres terminados en *ante*, *ente* o *iente*, que en su primitivo carácter adjetivo de participios activos no admiten en principio variedad de género. Así, estudiante significa que estudia; por eso admite indistintamente los artículos el o la: el que estudia = el estudiante, o la que estudia = la estudiante. En el mismo caso están contrincante, delincuente, aspirante, conferenciante, adolescente, etc. Sin embargo, muchos de estos van adoptando formas femeninas en *a*, que invaden poco a poco el lenguaje culto: dependiente-dependienta; *presidente-presidenta*. Aun el mismo sustantivo parturiente, en que no había confusión de género, va transformándose en parturienta.

El uso, se inclina « a la que preside » *presidenta*, sin quitarle la denominación, por sus funciones, de *presidente*.

Stella Mary. — Aunque no aconsejable se usa en la República Argentina como nombre propio de mujer con su grafía latina, *Stella Maris*.

La *y* de *Mary* es incorrecta porque *Maris* significa en latín ‘del mar’, no *Mary*, ‘María’ en inglés.

Se llama *Stella Maris* una de las principales iglesias de Mar del Plata. En ella preside el altar mayor la imagen de la Virgen María como *Stella Maris* protectora de navegantes.

Estela es el castellano de *Stella*. Se usa como nombre propio de mujer.

Otón. — *Otho, onis*, del griego Óthon, sobrenombre romano que llevaron, entre otros, L. Roscio Otón, tribuno de la plebe, y M. Salvio Otón que destronó a Galba y fue vencido por Vitelio.

Otón es también nombre propio masculino y corresponde al alemán *Otto*.

Wash and wear. — La palabra *wash* 'lave' pertenece al idioma inglés, lo mismo que *wear* 'use'. El significado de la expresión *wash and wear* 'lave y use' pertenece como las anteriores al idioma inglés.

La Academia Argentina de Letras contestó, en el año 1963, una consulta acerca de si el idioma inglés era un idioma vivo, como sigue: « El inglés es un idioma vivo, hablado por unos 265.000.000 de personas aproximadamente ».

La expresión *washandwear* no es corriente en la Argentina, no debe ser considerada como una unión o combinación, con o sin metaplasmo, de las palabras indicadas en los puntos anteriores, ya que se aceptan para estos casos los términos *wash and wear* muy difundidos en nuestro comercio.

Wash and wear 'lave y use' comenzó a usarse en Norte América. La importación de artículos extranjeros con esta leyenda ha hecho conocer en nuestro país esta expresión actualmente muy en boga.

Designa un procedimiento de fabricación que imprime a las prendas o tejidos calidades que facilitan su lavado y que evitan el planchado de las mismas.

En la sesión 456a. del 28 de octubre, la Corporación contestó en la siguiente forma las consultas que habían sido sometidas a su estudio:

Armazón. — « Armadizo: Armazón de palos. (R. A. E.). armazón f.: armadura 2ª acep. (R. A. E.) *Armadura*, pieza o conjunto de piezas unidas unas a otras, en que o sobre que se arma alguna cosa (R. A. E.). *Quevedos* m. pl. lentes en forma circular con *armadura* a propósito para que se sujete en la nariz (R. A. E.). *Lente* (amb.) cristal para miopes o présbites con *armadura*, etc. cristales de igual clase con *armaduras*, etc. antejo (m.) 4: instrumento óptico compuesto de cristales y *armadura* o *guarnición* que permite tenerlos sujetos o delante de los ojos. »

En la sesión 458a. del 2 de diciembre, la Corporación contestó en la siguiente forma las consultas que habían sido sometidas a su estudio:

La visa. El Visa. El Visado.

La palabra *visa* del latín *visus* p. p. de *videre* ver no figura en el *Diccionario* de la Real Academia Española, edición de 1956.

E. Díaz-Retg en su *Diccionario de Dificultades de la Lengua Española*, Barcelona, 1965, trae esta voz como: «*visa* o *visado*. m. Neologismo usado para expresar el visto bueno en un pasaporte, certificado y otro documento», y Seco, *Diccionario de Dudas*, 1961, la trae como galicismo por visado (de un pasaporte).

Ángel Rosenblat en *Buenas y Malas Palabras*, 1960, considera *visa* como «un curioso tecnicismo reciente, que pertenece, como *memorándum*, al lenguaje de las representaciones consulares y diplomáticas: *visa*, plural neutro de *visum*. En castellano es frecuente *el visa-los visas*; y también *la visa-las visas* (no parece preferible *el visado*, participio sustantivo de *visar*)».

Rodríguez Herrera, *Género de los Nombres*, La Habana, 1947, dice que «al resultado de este examen / de *visar* /, unos dicen *la visa* y otros *el visa*, según sea apócope de *visación* o de *visado*».

Es aconsejable usar *visado* en masculino en lugar del neologismo *visa* de género ambiguo.

Empleo del verbo quedar

«1. Le traje estos libros; quédese los. Lo correcto es: Le traje estos libros, quédese con ellos.

2. Este dinero es mío, me lo quedo. Lo correcto es: Este dinero es mío, me quedo con él.

3. Le gustó mi corbata y se la quedó. Lo correcto es: Le gustó mi corbata y se quedó con ella.

Dice al respecto Seco en su *Diccionario de Dudas y Dificultades de la Lengua Española* (Madrid, Aguilar, 1961), pág. 277: *Quedarse*: Construcción: *Quedarse con el libro*. Es incorrecto omitir la preposición, haciendo transitivo el verbo: me he quedado el libro.»

Nombres extranjeros

Lo más correcto es ceñirse al uso de los nombres extranjeros en nuestra lengua (Londres, Burdeos, Argel). Cuando no han adquirido en ella su escritura uniforme, elegir la que usan las grandes casas editoras de mapas (« Justus Perthes », por ejemplo, en su edición castellana y los editores españoles), como asimismo los grandes diarios. Debe tenerse presente la Gramática de la Academia (Parte II capítulo XXVIII). Tomemos la primera palabra que propone la casa Lasserre : « cree que debe decirse *Alger* por *Argel* », y por supuesto Argeria (Algérie, en francés) por Argelia en castellano. En castellano se dice siempre *Argel* y sería un barbarismo escribir Arger. En Góngora : « Tres galeotas de *Argel* », « Oh *Argel* », etc. Respecto a Libya, se seguiría la ortografía etimológica latina, que ya no se usa en lengua española : debe escribirse Libia, etc. La Academia Argentina de Letras contestó con fecha 30 de noviembre de 1962 una consulta sobre topónimos como sigue :

« Los nombres extranjeros utilizados como topónimos deben escribirse con la grafía originaria y, si es posible, acentuados de acuerdo con la reglas de nuestra acentuación. Es que el habla popular corrompe la pronunciación de muchos de ellos, al adaptarlos a nuestra manera de pronunciar, pero una representación fonética exacta y científica resultaría incomprensible para la inmensa mayoría y una representación fonética aproximada, errónea y, por lo tanto, tan censurable como la deformada al españolizársela. »

En la sesión 459a. del 16 de diciembre, la Corporación contestó en la siguiente forma las consultas que habían sido sometidas a su estudio :

Más y menos. — Aunque hay confusión en el uso correcto de *menos* y de *menor* al que vulgarmente substituye, debe decirse el volumen de la Luna es cincuenta veces menor que el de la Tierra, o la Luna es cincuenta veces más pequeña que la Tierra, y no cincuenta veces *menos* que la Tierra.

Indígena. — Los nombres indígenas que subsisten de la América precolombina, ya en las crónicas de los conquistadores españoles o en la tradición desde Méjico a Tierra del Fuego, no han sido todavía recogidos en diccionarios como los hay tantos de americanismos; depende en cada caso buscar su origen, ya sea entre nosotros, quichua, araucano, etc. o entre los mismos padres que ponen estos nombres a sus hijos.

Envuelo. — Lo correcto es *despegue*, tal como lo define el *Diccionario* de la Real Academia Española de 1956: «Acción y efecto de despegar: 2a. acepción: «separarse del suelo o del agua el avión al iniciar el vuelo.»

Informe presentado por los señores miembros de la Comisión que estudió el término malvinense. — La Comisión estuvo integrada por los señores Académicos don Arturo Capdevila, don Arturo Marasso y don José A. Oría, y se reunió el 16 de diciembre.

«*Malvinense.* adj. U. t. como s. Nativo o domiciliado en las islas Malvinas. Concerniente al archipiélago argentino que lleva dicha denominación geográfica.»

Última sesión ordinaria. — El 16 de diciembre se efectuó la última sesión ordinaria del año, bajo la presidencia ad hoc del señor Académico de número don Arturo Capdevila, por hallarse enfermo el titular don Rafael Alberto Arrieta.

De acuerdo con lo que dispone el Estatuto de la Corporación, se presentó la Memoria y el Balance, que fueron aprobados por unanimidad.

También mereció la misma aprobación el siguiente proyecto presentado por el Académico don Manuel Mujica Lainez:

Buenos Aires, 11 de diciembre de 1965

Al Señor Presidente de la Academia Argentina de Letras
Don Rafael Alberto Arrieta

Presente

Tengo el agrado de dirigirme al Señor Presidente, y por su intermedio a nuestros colegas académicos, con el objeto de some-

ter a su consideración una idea cuya aplicación sería, a mi juicio, tan útil para la difusión popular de los tradicionales valores prestigiosos de nuestras letras — cosas que importa principalmente a los fines espirituales que nuestra Academia persigue — como para divulgar el mejor conocimiento de la Academia misma en los sectores más diversos del país.

Me refiero a la posibilidad de que la Academia Argentina de Letras rinda homenaje público anualmente a un número establecido de escritores descollantes, argentinos o extranjeros de significativa residencia en la República, ya fallecidos, por medio de la colocación de placas recordatorias en lugares del país vinculados con sus obras o sus vidas. Dichas placas, como queda apuntado, serían inauguradas en actos públicos, lo cual nos permitiría llevar a la Academia fuera de la Academia y acrecentar notablemente la propalación práctica de su labor específica.

Creo inútil abundar en detalles acerca de las ventajas obvias de este proyecto. Nuestras ciudades, nuestros paisajes, se enriquecerían con alusiones de valiosa trascendencia. Se ubicaría topográficamente el ámbito de cada escritor, eligiendo un sitio especialmente relacionado con él : su casa natal ; la escuela donde estudió ; el lugar donde compuso determinada obra ; la atmósfera que se la inspiró ; el solar o paraje donde ocurrió su muerte, etc. Ello redundaría en un beneficio apreciable para el turismo nacional, tan carente de esas metas evocativas interesantes que los países europeos establecen con hábil cuidado, y serviría también para componer una especie de historia complementaria y andariega de nuestra literatura, que el pueblo aprendería sin esfuerzo, al enterarse, por la lectura de textos breves diseminados en fachadas, calles y caminos, de acontecimientos espirituales dignos de excepcional memoria. Comprendo perfectamente que lo que proyecto es una tarea que insumirá años, sin cesar renovada, pero debemos esperar que la vida de nuestra Academia sea eterna y que, de afincarse esa costumbre, lo que no hagamos nosotros personalmente será realizado en forma sucesiva, con el correr de las generaciones, por quienes nos reemplacen en la corporación.

Resumiendo, propongo que cada año, al dar comienzo a las sesiones, nuestros colegas sugieran a la Academia cuatro de esos homenajes, que se concretarán en otras tantas placas de similar hechura, adornadas con el símbolo académico y la mención expresa de la entidad. Así — y sólo lo incluyo por vía de ejemplo — en 1966 podría nuestro instituto hacer fijar dichas placas en: a) la Iglesia de Santo Domingo, en la ciudad de Córdoba, indicando que en ese convento falleció, el 10 de setiembre de 1680, Don Luis de Tejeda, primer poeta de relieve nacido en la Argentina; b) en San Isidro, provincia de Buenos Aires, en la quinta de Beccar Varela en los Tres Ombúes, destacando que esa propiedad perteneció, de 1812 a 1828, a Misia Mariquita Sánchez de Thompson y de Mendeville, quien la convirtió en un centro intelectual de notable influencia; c) en nuestra capital, donde estuvo el n° 59 de la antigua calle Victoria, informando que allí se reunió, el año 1837, el Salón Literario de Marcos Sastre, en cuya sesión inaugural Echeverría leyó el canto primero de « La Cautiva »; y d) en la antigua calle del Parque (hoy Lavalle) n° 232, entre Reconquista y San Martín, apuntando que ahí, del 24 al 29 de agosto de 1866, Estanislao del Campo compuso las rimas de su « Fausto ». Son estos, insisto, únicamente cuatro ejemplos. Los señores académicos pueden sugerir otros. Nadie cumpliría con más títulos esa tarea patriótica y justiciera, ya que varios de nuestros colegas han indagado con extraordinaria minucia en nuestro pasado intelectual, y están en condiciones insuperables para suministrar, cada uno dentro de su especialidad, datos concluyentes en lo que atañe a tan nutrida materia. Lo importante, en mi opinión, es que anualmente, en cuatro ocasiones, la Academia se manifieste fuera del estricto ambiente de su palacio, por medio de la inauguración de placas conmemorativas de hechos destacados de nuestra vida espiritual, y por medio del correspondiente discurso de uno de sus miembros. No dudo de que las autoridades nacionales y municipales y los particulares interesados, al apreciar los alcances de este vasto plan enaltecedor de nuestras esencias más nobles, facilitarán un trabajo que se cifrará en bien de todos. En esa forma continua-

remos contribuyendo a ensanchar el conocimiento aleccionador de lo más preclaro con que ha contado y cuenta la Argentina.

Saludo al Señor Presidente con afectuosa consideración.

Manuel Mujica Lainez

NOTICIAS

Homenaje. — En la sesión del 22 de julio se rindió homenaje a la memoria del escritor don Enrique Méndez Calzada, con motivo de cumplirse veinticinco años de su fallecimiento.

Lectura. — Al finalizar la misma sesión, el señor Académico don Manuel Mujica Lainez leyó « Poemas de circunstancia a sus amigos escritores », que fueron muy celebrados.

Designaciones. — El señor Académico don Jorge Luis Borges ha sido elegido miembro correspondiente de la Academia Colombiana, y el señor Académico don Fermín Estrella Gutiérrez miembro correspondiente de la Academia Venezolana.

Representación. — El señor Académico don Fermín Estrella Gutiérrez aceptó, con fecha 20 de agosto, representar a la Corporación en el jurado que debe adjudicar los premios municipales en el concurso Ricardo Rojas.

Libros publicados. — Los señores Académicos don Roberto F. Giusti, don Ángel J. Battistessa, don Arturo Capdevila y don Manuel Mujica Lainez, han publicado los libros *Visto y vivido*, *El poeta en su poema*, *Dios otra vez* y *El unicornio*, respectivamente.

El señor Presidente, don Rafael Alberto Arrieta, en una de las sesiones ordinarias, felicitó a los autores y destacó el valor y la significación de cada una de esas obras.

Representación. — El señor Académico don Manuel Mujica

Lainez representará a la Corporación en el jurado que deberá seleccionar el candidato argentino a la beca para artistas creadores, escritores y compositores, otorgada por la Comisión Nacional de la Unesco,

Recepción académica. — El 9 de septiembre la Academia de Letras celebró sesión extraordinaria y pública para recibir en forma solemne al señor Académico de número don Manuel Mujica Lainez.

El acto se realizó con gran brillo en el salón principal del Palacio Errázuriz ante un público que lo colmaba. Presidió la sesión el señor Presidente titular, don Rafael Alberto Arrieta. Hizo la presentación del recipiendario el señor Secretario General, Académico don Leonidas de Vedia, y a continuación leyó su discurso el señor Mujica Lainez. Ambas piezas se publican en este número.

Asistieron, además de los nombrados, los señores Académicos de número don Enrique Banchs, don Ángel J. Battistessa, don Francisco Luis Bernárdez, don Carmelo M. Bonet, don Arturo Capdevila, don Atilio Dell'Oro Maini, don Fermín Estrella Gutiérrez, don Roberto F. Giusti, don Alfredo de la Guardia, don Alfonso de Laferrère, don Eduardo Mallea, don Pedro Miguel Obligado, don Ricardo Sáenz Hayes, y el señor Académico correspondiente don Antonio de la Torre, quien, como Subsecretario de Cultura, representó al Excmo. señor Presidente de la Nación, doctor Arturo U. Illia. El señor Secretario de Marina fue representado por el Capitán de Corbeta, Auditor don Diego Sánchez Sorondo, y el señor Secretario de Comunicaciones, por don Juan José de Urquiza.

Homenaje a Rémy de Gourmont. — En sesión especial celebrada el 10 de septiembre, presidida por su titular don Rafael Alberto Arrieta, y con la asistencia de los señores Académicos y calificado público, entre el que se contaban miembros de otras Academias Nacionales, el señor Académico de número don Ricardo Sáenz Hayes disertó sobre *Rémy de Gourmont en el cincuentenario de su muerte*, trabajo que se publica en este número.

Donaciones. — Los señores Académicos don Fermín Estrella Gutiérrez y don Roberto F. Giusti han hecho donaciones de diversos libros a la biblioteca de la Academia. El señor Secretario General, académico don Leonidas de Vedia, ha donado con el mismo destino un ejemplar de la magnífica obra *Monumenta Iconographica*.

Visita de un académico chileno. — En la sesión del 16 de septiembre, la Academia tuvo el placer de recibir la visita del eminente escritor chileno don Raúl Silva Castro, miembro de número de la Academia Chilena.

Fallecimiento. — En la misma sesión, el señor Presidente titular invitó a los presentes a ponerse de pie en homenaje a don Alberto Palcos, miembro de número de la Academia Nacional de la Historia, recientemente fallecido.

Homenaje. — El 28 de octubre se realizó en la ciudad de Córdoba un homenaje al señor Académico de número don Arturo Capdevila, hijo ilustre de ella.

Sala de retratos. — Así podrá llamarse en adelante la sala del local de la Academia destinada a sitio de conversación y reunión de comisiones, y que a veces, cuando la sala habitual no está habilitada, suele usarse también para celebrar las sesiones ordinarias de la Corporación.

Desde noviembre, por iniciativa del señor Presidente, don Rafael Alberto Arrieta, aparece ornada por retratos en sus cuatro muros. En el paranteo de cabecera se han colocado el del Libertador general don José de San Martín, y los de don Bernardino Rivadavia y don Mariano Moreno. Durante el ministerio de Rivadavia en el gobierno del general Rodríguez (1821), se creó la primera Academia del país, que fue la de Medicina, y la primera Sociedad Literaria, que pudo ser la Academia de Letras de su tiempo. El doctor Moreno fue el fundador y director de *La Gaceta*, primer periódico de la patria. En las otras paredes figuran distribuidos los retratos de los veinticuatro patrones de

los sillones académicos, y el de don Andrés Bello, éste de acuerdo con lo resuelto por el Cuarto Congreso de Academias de la Lengua celebrado en Buenos Aires. La disposición mural de esos retratos fue dirigida por el Académico don Manuel Mujica Lainez, destacado crítico de arte.

Como es sabido, los retratos de los presidentes fallecidos de la Academia, don Calixto Oyuela, don Carlos Ibarguren y don Mariano de Vedia y Mitre, están colocados en el despacho de la presidencia, y los de Académicos también fallecidos ocupan las paredes del corredor de entrada.

Por resolución de la Compañía en una sesión ordinaria del mes de octubre, el medallón de bronce de Esteban Echeverría, obra del escultor de su estatua, don Torcuato Tasso, que fue donado por el señor Secretario General don Leonidas de Vedia, será colocado sobre un fondo de terciopelo rojo y ocupará un lugar en el despacho presidencial.

Comisión Nacional de Museo. — El 11 de noviembre, poco antes de mediodía, el Subsecretario de Cultura don Antonio de la Torre, en presencia del ministro de Educación y Justicia, doctor Carlos Alconada Aramburú, del Presidente de la Academia Argentina de Letras, de algunos señores Académicos y de varios representantes de organismos culturales, reunidos en su despacho, puso en posesión de sus cargos al presidente de la renovada Comisión Nacional de Museos, Monumentos y Lugares Históricos, don Leonidas de Vedia, y a los miembros que se incorporaban a dicha Comisión.

Fallecimiento del señor Académico correspondiente don Gonzalo Zaldumbide. — El 30 de noviembre de 1965 falleció en Quito el señor Director de la Academia Ecuatoriana de la Lengua y Académico correspondiente de la Academia Argentina de Letras, don Gonzalo Zaldumbide, ilustre escritor hispanoamericano.

Restablecimiento de las Academias. — El 7 de diciembre se efectuó en el gran salón de la Academia Nacional de Medicina el acto de conmemoración del décimo aniversario de la reconstitución de las Academias Nacionales.

Además de los señores presidentes de ellas, se encontraban presentes el señor Ministro de Educación y Justicia doctor Carlos Alconada Aramburú, en representación del Excmo. señor Presidente de la Nación ; el presidente de la Corte Suprema de Justicia, doctor Aristóbulo Aráoz de Lamadrid ; el señor Subsecretario de Cultura, Prof. Antonio de la Torre ; el señor Tesorero General de la Nación, don Gustavo L. Montyn ; el representante del señor Ministro de Marina ; el ex Presidente de la Nación Teniente General don Pedro Eugenio Aramburu ; el ex Vicepresidente de la Nación Almirante don Isaac F. Rojas ; varios ex ministros del Poder Ejecutivo, los rectores de la Universidad de Buenos Aires y de la Universidad Católica, miembros de las Academias Nacionales y un calificado público.

El señor Presidente de la Academia Nacional de Medicina, doctor Pedro A. Maissa, destacó el significado del acto, y el señor Presidente de la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales, y miembro de número de la de Letras, Dr. Atilio Dell'Oro Maini, que como ministro de Educación, en 1955, tuvo participación principal en el hecho que se recordaba, disertó acerca de « El sentido de la responsabilidad en el orden de la Cultura ».

Condolencia. — Con motivo del fallecimiento en la ciudad de Medellín del R. P. Félix Restrepo S. J., presidente de la Academia Colombiana, nuestra Academia expresó su sentimiento de pesar en un telegrama dirigido a aquella Corporación.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

OMISIONES Y ALTERACIONES

Se han observado algunas omisiones y alteraciones en el **ÍNDICE GENERAL DEL BOLETÍN**, tomos I al XXIX, publicado en el último número (115-116) correspondiente al semestre enero-junio de este año. Rogamos a los lectores salvar esas deficiencias en la siguiente forma :

Página 139. En el lugar pertinente de los trabajos que pertenecen a **ARRIETA, RAFAEL ALBERTO**, debe agregarse : *Contribución al estudio del modernismo en la Argentina : Lecturas y traducciones — Miguel Escalada — En torno de Los Raros — Vindicación de la memoria de Poe — Las revistas — Lugones y Gil Paz — Lugones y España — Salvador Rueda y los modernistas — En España — El cisne y el buho*. XXVI (99), 7-48.

Página 160. El artículo *Mendocinismos observados en el habla popular de la ciudad de Mendoza*. XIX (74), 387-390 (y no : 387-457, como figura), atribuido a **MOYA, ISMAEL**, es de **MASCILIANO, LORENZO N.**

En cambio, en **MOYA, ISMAEL**, *Aves de mito, superstición y leyendas en América*. XIX (71), 81-126 ; (73), 307-328, falta agregar la tercera y última parte de ese trabajo : (74), 391-457.

Página 168. Entre las líneas 4 y 5 de los trabajos que figuran como de **SELVA, JUAN B.**, debe intercalarse este otro título : *El neologismo y nuestros escritores*. XXII (83), 21-40.

En la misma página, a continuación del trabajo de **SERRANO, ANTONIO**, debe agregarse este otro : *El idioma de los comechingones y sanavirones*. XIII (47), 375-387.

Agradeceremos a los lectores atentos el aviso de otros probables descuidos que puedan haberse deslizado.

ÍNDICE DEL TOMO XXX

(1965)

ARRIETA, RAFAEL ALBERTO, <i>Andrés Bello y la Argentina</i>	255
BATTISTESSA, ÁNGEL J., <i>Dante y las generaciones argentinas</i>	7
<i>Disertaciones académicas</i>	339
ESTRELLA GUTIÉRREZ, FERMÍN, <i>A los cincuenta años de Las iniciales del misal, de Baldomero Fernández Moreno</i>	29
<i>Homenaje a la memoria de Don Enrique Larreta en la ciudad de Ávila</i>	315
LAPESA, RAFAEL, <i>Los diccionarios de la Academia</i>	39
MARASSO, ARTURO, <i>Don Andrés Bello</i>	267
MORENO BÁEZ, ENRIQUE, <i>El nacimiento de Europa</i>	47
MUJICA LAINEZ, MANUEL, <i>Discurso en su recepción académica</i>	209
ROSEMBERG, FERNANDO, <i>La mención del indio en la poesía de la revolución</i>	283
SÁENZ-HAYES, RICARDO, <i>Rémy de Gourmont</i>	231
URQUIZA, JUAN JOSÉ DE, <i>Rubén Darío y Enrique García Velloso</i>	61
VEDIA, LEONIDAS DE, <i>Discurso en la recepción de don Manuel Mujica Lainez</i>	195

Textos y Documentos :

<i>El autor de La gloria de Don Ramiro habla de su obra</i>	351
<i>Enmiendas y adiciones a los diccionarios de la Real Academia Española</i>	358
<i>Fernández Moreno y la ciudad de La Plata</i>	91
<i>Tres cartas de José Mármol</i> ..	96

<i>Condolencias a la Academia Chilena</i>	124
<i>Designaciones</i>	123 393
<i>Dirección</i>	127
<i>Disertaciones en las sesiones ordinarias</i>	126
<i>Distinción a dos Académicos</i>	125
<i>Donaciones</i>	395
<i>Fallecimiento</i>	395
<i>Fallecimiento de don José Pereira Rodríguez</i>	125
<i>Fallecimiento del señor Académico correspondiente don Gonzalo Zaldumbide</i>	396
<i>Homenaje</i>	393 395
<i>Homenaje a cinco escritores argentinos</i>	126
<i>Homenaje a Dante</i>	126
<i>Homenaje a Rémy de Gourmont</i>	394
<i>Lectura</i>	393
<i>Libros publicados</i>	393
<i>Licencias a dos Académicos</i>	125
<i>Notas de Academias de la Lengua</i>	123
<i>Nuevo Académico</i>	125
<i>Premio al Académico don Arturo Marasso</i>	126
<i>Recepción académica</i>	394
<i>Reelección del doctor Dell'Oro Maini</i>	124
<i>Representación</i>	393 393
<i>Representaciones</i>	125
<i>Restablecimiento de las Academias</i>	396
<i>Sala de retratos</i>	395
<i>Sobre la enseñanza de la lengua francesa</i>	124
<i>Subsecretario de Cultura</i>	123
<i>Visita de un académico chileno</i>	395
Advertencia importante	399

Acuerdos :

<i>Adia</i>	376
<i>Ad referéndum</i>	121
<i>Armazón</i>	385
<i>Condecito y condesita</i>	376
<i>Consulta acerca de la traducción al español del nombre Pierfranco</i>	120
<i>Empleo del verbo quedar</i>	386
<i>Envuelo</i>	388
<i>Formación del plural en los números cardinales sustantivos</i>	121
<i>Género de la voz radical</i>	377
<i>Gracia</i>	383
<i>Hilarío o Ilario</i>	115
<i>Ilve, Eumelia, Elvesia y Delmira</i>	380
<i>Indígena</i>	388
<i>Informe presentado por los señores miembros de la Comisión que estudió el término malvinense</i>	388
<i>Kolthen</i>	383
<i>La visa. El Visa. El Visado</i>	386
<i>Más y menos</i>	387
<i>Mecánicos dentales</i>	375
<i>Mireya</i>	376
<i>Nombres extranjeros</i>	387
<i>Ortografía de la palabra absceso</i>	121
<i>Otón</i>	384
<i>¿ Pensionista o pensionado ?</i>	122
<i>Planeamiento y planificación</i>	382
<i>Plural de nombres de tribus indígenas</i>	378
<i>Presidente o presidenta</i>	384
<i>Psiquis o Psique</i>	117
<i>Stella Mary</i>	384
<i>Stretch y Streech</i>	116
<i>Trabajo áulico</i>	383
<i>Última sesión ordinaria</i>	388
<i>Wash and wear</i>	385

Noticias :

<i>Comisión Nacional de Museos</i>	396
<i>Condolencia</i>	397

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL 28 DE ABRIL DE 1966

EN LA IMPRENTA Y CASA EDITORA « CONI »

CALLE PERÚ 684, BUENOS AIRES